Cuestión de trabajo

Después de dos días de pasión inesperada con el fabuloso Luke Decroix, Miranda ya les estaba poniendo nombre a sus futuros hijos. Pero parecía que aquello solo había sido una aventura, y Miranda tenía que volver a casita… sola.

Entonces Luke le ofreció un trabajo: diseñar su casa. ¡Era el trabajo de sus sueños! ¿Sería capaz de trabajar con aquel millonario que solo había querido una historia pasajera con ella? Aceptó el trabajo con una condición: su relación sería solo de negocios.

Capítulo 1

MIRANDA se detuvo y miró a sus espaldas; después, lentamente, giró un círculo completo. Fue un error, el miedo la invadió al darse cuenta de que estaba completamente aislada. No sabía dónde estaba ni sabía adónde ir. Al esquiar a toda velocidad con el fin de escapar a la avalancha, se había desorientado; ahora, se encontraba en medio de una tormenta de nieve. Y, por si fuera poco, la oscuridad se estaba cerniendo a su alrededor haciendo que el entorno resultara aterradoramente hostil.

Tuvo que hacer un esfuerzo para recordarse a sí misma que era una experta esquiadora, que lo había sido durante veintidós de sus veinticinco años de edad. Podía salir de aquella situación. Lo que tenía que hacer era ir despacio y esperar no equivocarse de dirección.

La irritación dio paso a la autocompasión mientras esquiaba hacia unos pinos que ofrecían el único refugio visual al blanco panorama.

Se había perdido, estaba sola y aterrorizada, y todo por culpa de Freddie, su supuesto novio, que era incapaz de resistirse a unas faldas. No contento con tenerla a ella ahí, había tenido que explorar el voluptuoso encanto de la italiana de dieciocho años que limpiaba su chalet. Y, para colmo, lo había pillado.

¿Cómo se había atrevido a hacerle eso?

Miranda se apoyó contra el tronco de uno de los pinos y cerró los ojos. ¿Cuánto tiempo podría seguir allí antes de que el frío empezara a penetrarle los huesos?

Forzó la vista, en la creciente oscuridad, y logró divisar una arboleda de cierta espesura. La arboleda le ofrecería más protección en caso de tener que pasar la noche allí.

Lanzó un gruñido. No tenía sentido engañarse a sí misma pensando que podía encontrar el camino al chalet donde Freddie y su grupo de quince amigos debían estar abriendo una botella de champán mientras decidían qué iban a cenar. ¿La echarían en falta o se les ocurriría la posibilidad de que se encontrara en peligro en

medio de aquel espacio blanco? Todos eran esquiadores de primera, pero, probablemente, no hubieran tenido noticia de la pequeña avalancha que la había hecho desviarse. Sin duda, Freddie debía haber comentado la discusión que había tenido con ella, reduciéndolo a un incidente sin importancia que había puesto irracionalmente celosa a su novia. Lo más probable era que pensaran que, enfadada, se había ido a uno de los hoteles a pasar la noche sola. Todos sabían que siempre llevaba en el bolsillo del anorak su tarjeta de crédito.

Trabajosamente, se ajustó los esquís y se encaminó hacia la arboleda a paso de tortuga. Con suerte, los árboles la protegerían de la tormenta de nieve y, si se colocaba hecha una bola en medio de la espesura, quizá lograra pasar la noche y salir de aquella situación. Y con más suerte aún, quizá pudiera refugiarse en la guarida de algún animal.

La vasta extensión blanca estaba casi por completo sumida en la oscuridad. De no haber sido por eso, no se habría tropezado con un montículo y no se habría caído cuesta abajo. Uno de los esquís se le soltó automáticamente y, cuando trató de ponerse en pie, sintió un tremendo dolor en el tobillo.

Había perdido un esquí, necesario para salir del atolladero en el que se encontraba. La nieve, que caía abundantemente, lo había cubierto. No tenía tiempo para ponerse a buscarlo.

El miedo se había apoderado de ella mientras, utilizando los bastones a modo de muletas, andaba, arrastrando un pie, hacia los árboles.

De repente, divisó algo brillante entre los árboles.

Casi lloró mientras seguía forzando el paso. Los árboles se habían convertido en una masa oscura e informe. Cuando llegó a la arboleda, empezó a caminar hacia la luz y, de repente, encontró un claro y la fuente de luz se hizo aparente.

Era una cabaña bastante pequeña, pero habitada. Las cortinas estaban corridas.

Miranda llegó hasta la puerta y, agotada, se derrumbó.

Lo primero que vio de su salvador fueron los pies; en realidad, sus usados zapatos de cuero marrón. La voz se le antojó distante. Una voz bonita, pensó ella distraídamente, profunda. Pero no tenía la energía suficiente para levantar la cabeza con el fin de averiguar

a qué rostro pertenecía aquella voz. Cerró los ojos con un suspiro y sintió que él la levantaba y la llevaba a la maravillosa calidez del interior de la cabaña después de cerrar la puerta de un puntapié.

Se preguntó si no estaría soñando y, en cualquier momento, abriría los ojos y se encontraría luchando contra la horrenda tormenta de nieve.

Por eso, mantuvo los ojos cerrados mientras la depositaban en un sofá que parecía tan ancho como una cama.

—¿Quién demonios es y qué estaba haciendo ahí fuera?

No era una pregunta, sino una acusación que exigía inmediata explicación. Miranda abrió los ojos y vio los marcados rasgos de un rostro duro; unos ojos azul cobalto la miraban con hostilidad.

Él llevaba una amplia y usada camiseta a rayas blancas y azules y unos pantalones de chándal grises y gastados.

A Miranda se le olvidó el dolor de tobillo al verse sometida a semejante demostración de rudeza.

¡Nunca, ningún hombre se había dirigido a ella de esa manera! Lanzó un gruñido que provocó aún más furia en la expresión del hombre.

—¿Va a contestarme? — inquirió él en tono exigente.

Miranda trató de incorporarse en el sofá, el dolor del tobillo le subió por la pierna y le hizo exclamar:

—¡Mi pie!

El hombre la miró y, durante un momento, Miranda pensó que iba a ignorar su expresión de dolor, pero no fue así. Él se sacó las manos de los bolsillos y se agachó para quitarle la bota de esquiar cuidadosamente. Después, murmuró algo para sí al ver el hinchado tobillo.

—¿Qué le ha pasado?

Miranda volvió a recostarse en el brazo del sofá y miró al techo.

—Estaba esquiando y me he caído — respondió ella con voz débil.

Él, impaciente, lanzó otro juramento en voz baja.

—Lo siento — añadió ella defensivamente.

—No se mueva. Ahora mismo vuelvo.

Lo vio marcharse y, cuando él desapareció de su vista, logró relajarse.

Era el primer hombre en su vida que había conseguido

intimidarla. Era demasiado alto, demasiado fuerte y demasiado rudo.

—Me parece que no se ha roto el tobillo — dijo él al volver con un botiquín en la mano —. Dislocado, pero no roto. ¿Cuándo ha sufrido el accidente?

—Hace una media hora — Miranda frunció el ceño —. Bueno, no estoy segura, pero creo que ha pasado media hora.

Al verle abrir el botiquín y sacar de él una venda, Miranda añadió:

—No se moleste, soy capaz de cuidar de mi tobillo sin ayuda.

—¿Igual que es capaz de esquiar sin sufrir un accidente? Los principiantes como usted deberían contentarse con esquiar en las pistas de entrenamiento en vez de salirse de ruta porque es más interesante.

Él abrió el paquete de la venda con los dientes y, a continuación, empezó a vendarle el tobillo.

—No soy una principiante — respondió ella fríamente —. Para su información, soy una excelente esquiadora.

El hombre la miró brevemente y con desdeñosa incredulidad antes de volver a la tarea, Miranda apretó los dientes con firmeza. Que ese hombre no tuviera modales no significaba que ella tuviera que caer tan bajo. Además, tanto si le gustaba como si no, dependía de él; al menos, hasta poder llamar por teléfono para pedir que fueran a recogerla.

—¿Cómo sabe que no me lo he roto? — preguntó Miranda, y él volvió a mirarla.

—Porque lo sé — respondió él secamente.

—¿Es médico?

—No, no soy médico.

—En ese caso, ¿quién es y qué es?

Él no respondió. Se dedicó a terminar de vendarle el tobillo mientras ella se sentía más enfadada por momentos. Cuando acabó, él se levantó y se aproximó al sillón más próximo a la chimenea.

—¿Va a contestarme? — Miranda se quitó el gorro de lana y su rubia melena cayó por encima del brazo del sofá.

—Dejemos las cosas claras. Usted está en mi casa y las preguntas las hago yo, ¿de acuerdo?

Miranda se lo quedó mirando boquiabierta.

—Cuando yo acabe de hacer preguntas y me sienta satisfecho con las respuestas, podrá ir a darse un baño. Le prestaré ropa para que se cambie.

La arrogancia de ese hombre la dejó sin habla.

—En primer lugar, dígame cómo es que estaba esquiando por esta zona. ¿Tiene idea de lo peligrosas que son estas laderas?

—Yo… me he visto en medio de una avalancha.

—¿Dónde?

—¿Dónde qué?

—¿Que dónde ha ocurrido la avalancha?

—Cerca de donde nos hospedarnos, en Val d'Isère. Yo… he tenido una pequeña discusión con mi novio y… bueno, he salido a esquiar sola para tranquilizarme, y ha sido cuando me ha pillado la avalancha. No muy grande, pero lo suficiente como para hacer que me desviara del camino…

—Qué mujer tan irresponsable — murmuró él.

Miranda ignoró la interrupción. De poder andar, se marcharía inmediatamente de allí, aunque tuviera que pasar la noche en medio de la nieve. Desgraciadamente, no tenía alternativa.

—Antes de poder ver dónde estaba, me ha sorprendido una tormenta de nieve; después, me ha resultado imposible orientarme. Al ver esta arboleda, pensé que, ya que no me iba a quedar más remedio que pasar la noche al aire libre, los árboles me ofrecerían cierta protección. Estaba tan desesperada por llegar cuanto antes que… había un montículo y me he tropezado, me he caído y me he dislocado el tobillo. Ha sido entonces cuando he visto la luz de la cabaña.

—¿Así que nadie sabe que está aquí?

A Miranda no le gustó la pregunta. De repente, se dio cuenta de que no sabía nada sobre ese hombre. Y, si la atacaba, no tenía defensa contra él. Ella era alta, medía un metro setenta y cinco, pero él le sacaba, al menos, diez centímetros; a lo que había que añadir la fuerza muscular.

Al mirar a esos ojos azules, tuvo la desagradable sensación de que él le había leído el pensamiento.

Miranda se aclaró la garganta.

—Bueno, ¿he contestado a sus preguntas satisfactoriamente?

—Aún no le he hecho la más importante — él sonrió

perezosamente y estiró las piernas.

—¿Cuál es la más importante?

—Su nombre.

Miranda, frustrada, apretó los dientes. Ese hombre había notado su temor y había decidido divertirse a su costa.

—Miranda. Miranda Nash.

—Nash… — él ladeó la cabeza y ella asintió vigorosamente.

—Eso es. Quizá haya oído hablar de mi padre, Lord Geoffrey Nash — su tono implicaba que, aunque nadie sabía dónde estaba, si algo le ocurría, alguien pagaría muy caro las consecuencias.

—Nada menos que Lord Geoffrey Nash…

—¿Ha oído hablar de mi padre?

—¿He dicho yo eso? — él lanzó una ronca carcajada que molestó a Miranda.

—¿Tiene teléfono? Me gustaría hacer una llamada.

—La línea de teléfono está cortada — él se encogió de hombros y continuó mirándola —; por supuesto, gracias a la tormenta de nieve. Y me temo que va a seguir cortada durante un tiempo. El informe meteorológico dice que va a seguir así durante unas dos semanas más.

—¿Dos semanas más? — ¿qué iba a hacer?

—Por suerte, tengo teléfono móvil — él arqueó las cejas expresivamente, ella lanzó un gruñido.

—¿Podría utilizarlo? Por favor. Me gustaría llamar a mi padre para decirle que estoy bien y para pedirle que llame a Freddie y al resto de mis amigos con el fin de que no se preocupen por mí.

—Por supuesto — él hizo una reverencia, que la molestó aún más, y le dio el teléfono móvil.

Rápidamente, Miranda marcó el teléfono de la oficina de su padre y, tras unos segundos, se encontró hablando con él. La excesiva reacción de su padre la hizo sonreír. Su padre y ella se adoraban. Quizá él la mimara demasiado. Por eso, se sintió culpable al no mencionar su discusión con Freddie, causa de su situación actual. Su padre no sentía ninguna simpatía por Freddie, le consideraba un idiota con más dinero que cerebro.

—¿Y quién es ese hombre con el que estás ahora? — preguntó su padre al otro lado de la línea telefónica.

Miranda puso la mano en el auricular y le preguntó el nombre.

—Deme el teléfono.

Él se acercó a ella y le arrebató el pequeño teléfono móvil. Tras unas palabras en voz baja, el hombre salió de la habitación para hablar en privado.

¿Qué quería decirle a su padre que no deseaba que ella oyera? ¿Y por qué tardaba tanto? Impacientemente, esperó a que él regresara. Cuando volvió a verse delante de él, agarró el teléfono, se despidió de su padre y dejó el aparato encima de la mesa de centro que había a su lado.

—¿De qué ha estado hablando con mi padre? — preguntó ella en tono sospechoso —. ¿Y cómo se llama? ¿Por qué no ha querido decírmelo?.

—Le gusta hacer preguntas, ¿eh? — él echó otro leño al fuego y se volvió para mirarla —. Me ha parecido aconsejable convencer a su padre de que está a salvo. Y me llamo Luke Decroix.

—¿Y cómo ha conseguido convencer a mi padre de eso? — preguntó ella secamente —. ¿Le ha dicho que es todo un caballero, inofensivo y encantador?

—Creo que me lo ha notado en la voz. También le he dicho que lo llamará todos los días para decirle cómo se encuentra. La realidad es que no tengo otra alternativa, voy a tener que aguantarla hasta que la tormenta pase…

—¿Que va a tener que aguantarme?

—Eso es lo que he dicho. Se ha presentado en mi casa y, reconózcalo, en su estado, no va a poder hacer gran cosa durante unos días, ¿me equivoco?

—No espero que me cuide, así que no tiene por qué preocuparse.

—¿No me diga? En ese caso, ¿se va a poner a partir leños y va a retirar la nieve de la puerta con una pala?

—Sabe perfectamente que no puedo hacer eso.

—¿Y limpiar?

Por primera vez desde que estaba en la cabaña, Miranda miró a su alrededor. En ese piso, el bajo, había un cuarto de estar bastante grande con estanterías llenas de libros a ambos lados de la chimenea, un sofá y varios sillones desvencijados. Una puerta abierta le permitía ver parte de la cocina, y había otras dos habitaciones al fondo. Unas escaleras de madera llevaban a una galería con vistas al cuarto de estar, y allí debía de haber más

habitaciones.

—Ni siquiera sabe lo que es limpiar el polvo, ¿verdad? — le preguntó él, y ella se sonrojó —. ¿Y cocinar? ¿Sabe cocinar?

—Supongo.

—¿Que supone?

—Nunca he tenido necesidad de cocinar. Ethel cuida de mi padre y de mí… — Miranda se avergonzó de sí misma, antes de echarse el pelo hacia atrás y lanzarle una mirada desafiante—. Supongo que podría intentarlo. No puede ser tan difícil.

—¿Qué es lo que sabe hacer? — le preguntó Luke con mortificante curiosidad.

—Soy… diseñadora, si tanto le interesa saberlo.

Aunque casi no trabajaba, pensó ella sintiéndose culpable. Su padre le había pagado los estudios y le había procurado los primeros clientes, pero el entusiasmo por su profesión se había ido desvaneciendo poco a poco. No había hecho nada en los últimos años. Salir por ahí con amigos le había ocupado su tiempo y, como no necesitaba trabajar para ganarse la vida, no había buscado trabajo.

—Eso debe tenerla muy ocupada, ¿verdad?

—¿Le he preguntado yo qué hace? — le espetó Miranda, consciente de que, si él se enteraba del estilo de vida que llevaba, no se sentiría muy impresionado.

—Así que no la tiene muy ocupada, ¿eh? — contestó él a su vez, con calma.

—¡Yo no he dicho eso!

—Pero, por lo que ha dicho, deduzco que no se gana la vida como diseñadora. Lo que me lleva a suponer que no hace nada, excepto… ¿ir de fiesta en fiesta? ¿Ir de vacaciones con amigos a los sitios de moda? Conozco a la gente como usted.

—La vida es para disfrutar — respondió Miranda, a pesar de ser consciente de que no estaba dando una buena imagen.

—Será mejor que vaya a cambiarse de ropa — Luke se le acercó y le tendió una mano para ayudarla a levantarse —. Se puede poner ropa mía, a pesar de que no va a ser el tipo de ropa al que está acostumbrada. Después, prepararemos algo para cenar.

—Gracias — murmuró ella, por educación.

—Y si necesita ayuda, pídala — comentó él en tono casual

mientras la ayudaba a acercarse a las escaleras.

Miranda, con la mano libre, agarró la barandilla de la escalinata y lo miró. Los ojos de ese hombre eran muy azules, bastante más oscuros que los suyos e infinitamente más opacos. Las cejas eran tan negras como sus cabellos. Y de cerca, pudo observar sus pestañas largas, espesas y muy bonitas.

—Si no le molesta… — dijo ella desviando la mirada.

El comprendió sus palabras e, inmediatamente, la tomó en sus brazos y subió con ella encima las escaleras.

Le gustó que la llevaran en brazos. Sintió la fuerza de ese cuerpo, que parecía de acero. Las manos que la sujetaban eran grandes y fuertes, igual que el resto de él; y, al contrario que la mayoría de los hombres con los que salía, no olía a colonia cara, sino a algo mucho más varonil.

—Solo hay un cuarto de baño — dijo él al tiempo que abría una puerta con un pie antes de dejarla en una silla al lado de la bañera —. Por lo tanto, cuando acabe, déjelo tal y como lo ha encontrado. No tengo intención de limpiar el baño después de que usted lo use.

Sin siquiera mirarla, abrió los grifos para llenar la bañera.

—Será mejor que la ayude a desnudarse.

—¡No, muchas gracias!

—¿Quiere decir que puede hacerlo sola? ¿Con el tobillo como lo tiene?

—Le agradezco mucho que me haya auxiliado, pero si me pone la mano encima…

—¡Qué Dios me libre! Está bien, lo que usted quiera. Pero no olvide limpiar el baño.

A Miranda le llevó una hora entera acabar. Tardó mucho en quitarse la ropa de esquiar, pasó mucho tiempo en la bañera y, después, tuvo que sufrir la humillación de salir al vestíbulo envuelta en una toalla y llamarlo asomándose a la barandilla.

—¿Le importaría prestarme esa ropa que ha mencionado antes? — preguntó Miranda cuando Luke, por fin, salió de la cocina con una cacerola en la mano.

—¿Qué?

—Que si no le molestaría prestarme la ropa — repitió Miranda con voz tensa.

La toalla apenas le cubría el cuerpo. Él debía haberse dado

cuenta de lo incómoda que se sentía, pero no parecía dar muestras de ello. Quizá se estuviera divirtiendo.

—Eso sí lo he oído, pero faltan dos últimas palabras.

—Por favor.

—Ah, así está mucho mejor — Luke dejó la cacerola encima de una pequeña mesa de madera al pie de las escaleras y subió —. Puede quedarse en la habitación pequeña.

Luke abrió una puerta que daba a un dormitorio pequeño, pero acogedor y con chimenea.

Miranda se apoyó en el marco de la puerta y miró a su alrededor. Estaba acostumbrada a dormir en cama de matrimonio, le gustaba tener espacio cuando dormía. Las camas pequeñas le parecían de hospital y los hospitales le recordaban la muerte de su madre, cuando ella era muy pequeña.

—¿No le gusta a la dama?

—Está bien. Gracias.

—Estupendo. La única cama de matrimonio aquí está en mi habitación, y mi hospitalidad tiene sus límites.

Sin darle tiempo para responder, él la agarró de la cintura, por lo que Miranda no tuvo más remedio que sujetarse la toalla con una mano mientras le rodeaba el cuello con la otra.

—Y ahora… — Luke dio un paso atrás y la miró —, será mejor que se cambie. Le subiré a la dama algo de comida dentro de un cuarto de hora.

—¿Podría dejar de llamarme eso?

—¿La dama? ¿Por qué?

—Porque no es mi nombre.

Él no se molestó en contestarle y se acercó a la chimenea.

—Hace frío aquí, ¿verdad? Pero no sabía que iba a tener compañía, de lo contrario, habría encendido la chimenea. Bueno, vístase, está temblando. Pondré su ropa a secar delante de la chimenea del cuarto de estar.

—Gracias.

—Luego subiré unos leños para encender esta chimenea.

—Se lo agradezco. De todos modos, señor Decroix, no se tome demasiadas molestias…

—Luke, por favor. Será mejor que empecemos a tuteamos, ya que vamos a pasar aquí unos días juntos.

—Mi padre te recompensará por las molestias que te estás tomando.

Luke se volvió lentamente hacia ella con expresión de desdén.

—Me alegra saberlo. Pero, dime, ¿en serio crees que necesito que me recompensen?

Miranda, con dificultad, se acercó a la cama y, con solo la toalla, se metió entre las sábanas. Como él parecía estar ignorando el frío que tenía, más le valía solucionar el problema por sí misma.

—Me parece justo. Además, la mayoría de la gente no dice que no a un poco de ayuda económica — respondió Miranda por fin.

Los ojos azules de Luke se clavaron fríamente en los de ella.

—¿Has llegado a esa conclusión debido a la ropa que llevo?

—No me he fijado en la ropa que llevas — mintió Miranda —. No tengo ni idea de cuál es tu situación económica ni tampoco sé cómo te ganas la vida. Pero… en fin, no creo que por esta zona haya muchos trabajos bien remunerados.

Él sacudió la cabeza y lanzó una carcajada.

—No vivo aquí permanentemente, Miranda — Luke se interrumpió un momento y la miró fijamente —. La verdad es que, de momento, estoy cuidando de esta cabaña.

—Ah, comprendo.

Debía ser uno de esos tipos que se dedicaban a viajar por el mundo y se ganaban la vida haciendo trabajos manuales. Por supuesto, debía de ganar una miseria.

Él no dijo nada. Después de unos minutos, su expresión se tomó despreocupada y se encogió de hombros.

—Bueno, voy a subirte algo de comer.

De repente, Miranda se sintió muy cansada. Apenas podía mantener los párpados abiertos, por lo que decidió cerrar los ojos un momento antes de cambiarse de ropa y de que él volviera con la cena.

Capítulo 2

LO primero que Miranda notó al despertarse fue que la habitación estaba caliente y ella llevaba ropa. Abrió los ojos y, momentáneamente, se sintió desorientada. Por fin, recuperó la memoria y una imagen le vino a la mente, era el moreno rostro de Luke.

Justo en ese momento, como si la imagen hubiera conjurado su presencia, Luke abrió la puerta de la habitación y entró con una bandeja en las manos. Miranda, literalmente, contuvo la respiración. Era como si la habitación se hubiera llenado de una fuerza primitiva, de una presencia sumamente poderosa.

—Vaya, por fin se ha despertado — él se acercó a la ventana y descorrió las cortinas. El día era gris y seguía nevando —. El desayuno.

Luke dejó la bandeja encima de la cama y Miranda se incorporó hasta sentarse.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

Miranda se estiró y se le subieron las enormes mangas de la camiseta gris, descubriéndole los pálidos brazos.

—Algo más de diez horas.

—¡Diez horas!

—Cuando anoche te traje la cena, te encontré dormida y roncando.

—¡Yo no ronco!

—¿Cómo lo sabes? — preguntó él con una sonrisa; después, acercó una silla a la cama y se sentó —. No es algo que uno de tus amantes vaya a decirte, no estaría bien. En fin, da igual. La cosa es que encendí la chimenea y me marché.

Luke entrelazó los dedos de las manos y se la quedó mirando mientras ella mordía con hambre una tostada antes de lanzarse al ataque del resto del plato: un huevo frito, panceta y judías. La clase de desayuno que ella siempre evitaba.

—Me marché después de vestirte, por supuesto.

Miranda se quedó inmóvil y le clavó los ojos fijamente.

—¿Después de vestirme?

—Extraordinario, ¿verdad? — Luke se llevó las manos a la nuca, estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos —. ¿Crees que tu padre se negaría a recompensarme si se enterase?

—¡No tienes ninguna gracia!

Ella había supuesto que se había vestido sola, a pesar de no acordarse de nada; pero al fijarse en el brillo de los ojos de ese hombre, se dio cuenta de que no había mentido. Le había quitado la toalla y le había puesto una camiseta… y era evidente que le había tocado los hombros, el vientre y los pechos.

—¡No tenías derecho a hacerlo!

—Le ruego que me perdone, Alteza, pero dormirse con una toalla mojada en una habitación húmeda y con un tobillo dislocado no me pareció aconsejable. Podrías haber contraído una pulmonía.

—¡Sigo diciendo que no tenías derecho! ¡Deberías haberme despertado!

—La próxima vez intentaré recordarlo, si me prometes esquiar en las pistas de aficionados con el fin de evitar que haya una próxima vez. No te has terminado el huevo.

—Se me ha quitado el apetito.

Miranda dejó el tenedor y el cuchillo en el plato y se recostó en la almohada.

—En ese caso, será mejor que lo recuperes. Tienes que recuperar las fuerzas y, para ello, lo primero que tienes que hacer es acabarte ese desayuno tan exquisito que yo mismo he preparado — Luke se inclinó hacia delante —. ¿Quieres que te dé yo de comer lo que te queda?

Miranda se sobresaltó y, rápidamente, se terminó lo que tenía en el plato. Después, se limpió la boca con una servilleta de papel y se cruzó de brazos.

—Y ahora — dijo él implacablemente mientras se ponía en pie antes de agarrar la bandeja —, te aconsejo que veas cómo tienes el tobillo.

—¿Quieres saber lo que yo te aconsejaría a ti?

—No. Vamos, dame la mano y ponte de pie.

—¿Y si no lo hago?

—Ni se te ocurra contrariarme — respondió Luke en tono suave —. Vamos, ponte de pie para ver cómo tienes el tobillo.

Miranda no se movió de la cama y Luke, inclinándose sobre ella, dijo en voz baja y cortante.

—¿Quieres que te recuerde que no te he invitado a mi casa?

—¿Tu casa?

—Mientras la cuido, es mi casa. Y si crees que vas a poder dedicarte a hacer de princesa y a vaguear por la casa durante los días que estés aquí, o las semanas, según el tiempo, estás muy equivocada. No soporto las rabietas ni soporto a las niñas mimadas.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? — su imperioso tono, que no era más que el reflejo de su sorpresa por encontrarse en semejante situación con un hombre tan brusco no surtió el efecto deseado.

Luke, simplemente, se echó a reír.

—Dios mío — dijo él —. Dios mío, Dios mío, Dios mío… ¡Vamos, arriba!

Miranda, a pesar suyo, sacó las piernas de la cama y le dio la mano a Luke. Con alivio, notó que la camiseta le llegaba por encima de las rodillas.

—Vamos, intenta poner peso en el pie.

—No puedo.

—Inténtalo y deja de comportarte como una niña.

Y eso fue lo que Miranda hizo. Con cuidado, puso el pie en el suelo. Pronto descubrió que, al hacer mas presión, el agudo dolor del día anterior era sustituido por una simple molestia.

—Te quitaré el vendaje antes de que te vistas para que metas el pie en agua fría; después, volveré a vendártelo.

—No es necesario, puedo hacerlo yo sola.

—Si te dejara, pasaría el resto de estos días temiendo la venganza de tu papá.

Miranda dejó de mover el pie y se lo quedó mirando.

—Lo que has dicho no me ha hecho ninguna gracia. ¿Por qué eres tan… agresivo conmigo? ¡No sabes quién soy ni la clase de persona que soy! Sin embargo, eres absolutamente desdeñoso conmigo y con mi padre. Mi padre dice que los peores esnobs son los que te juzgan sin darte tiempo a demostrar nada. La gente como tú, la gente que supone que porque alguien tiene dinero es despreciable.

—¿Es esa la opinión que tienes de mí? ¿Crees que soy un esnob?

— preguntó él con curiosidad.

—¿Por qué si no eres tan antipático conmigo? ¡Yo no tengo la culpa de que no tengas dinero!

—No, en eso tienes razón — contestó él con voz extraña.

En vez de sentirse victoriosa, Miranda se sintió inquieta. Inquieta porque se había acostumbrado a la hostilidad de ese hombre, confundía no hallarla.

—Tengo el pie mucho mejor — dijo ella con intención de cambiar de conversación.

Después, apoyándose en el brazo de él, Miranda fue hasta el cuarto de baño. Allí, se sentó en la tapa del inodoro y esperó a que Luke llenara un barreño con agua fría.

—Está helada — se quejó Miranda al meter el pie en el agua.

—Disminuirá la inflamación — comentó él —. No te preocupes, pronto te acostumbrarás al frío.

Luke le levantó el pie y lo examinó como lo haría un carnicero con una pieza de carne antes de cortar un filete. A continuación, se lo secó y volvió a vendarlo.

—Y ahora, cámbiate. Ahí tienes la ropa. Y no te vendría mal recogerte el pelo, no es práctico llevar la melena suelta por aquí.

—La melena es motivo de orgullo para cualquier mujer — le informó Miranda con voz fría.

—¿En serio? Yo creía que era la inteligencia. Me estás enseñando mucho — comentó él con cinismo.

Tras esas palabras, Luke se dio media vuelta y salió del cuarto de baño.

Miranda se puso en pie y se miró detenidamente al espejo. La melena, suave, sedosa, le llegaba a la cintura y le enmarcaba el rostro. Sus grandes ojos azules observaron la belleza de sus rasgos y, cuando se quitó la camiseta, la exquisita y delgada proporción de su cuerpo. Su aspecto físico había hecho que se volvieran muchas cabezas a su paso y le había abierto innumerables puertas en el mundo de la «gente guapa» en el que se desenvolvía. ¿Habría tenido la misma suerte de no ser hermosa? ¿Habría tenido el mismo número de pretendientes, a pesar de la fortuna de su padre? Quizá no. Por primera vez, se dio cuenta de que la hermosura tenía su lado malo: había atraído a hombres como Freddie. Ninguno de los hombres con los que había salido se había tomado la molestia de

querer saber cómo era ella realmente.

Rápidamente, se lavó la cara y se puso otra camiseta limpia y unos pantalones de chándal que tuvo que sujetarse con un cinturón. Luego, salió del baño y se encaminó hacia las escaleras, negándose a pedir ayuda.

Luke estaba en la cocina fregando; durante unos minutos, Miranda se quedó en la puerta, sin saber qué hacer.

—Ponte cómoda — dijo él burlonamente —. No muerdo.

—¿Cuánto tiempo te va a durar el trabajo de cuidar de esta casa? — le preguntó ella por preguntar algo.

—¿Este trabajo? No mucho.

—Y después…

—Me iré.

—¿Te irás adónde?

Sabía cuidar de la casa, pensó ella. La cocina estaba limpia y recogida, y había un montón de leños, bien ordenados, en un rincón.

—A hacer otras cosas — respondió él vagamente —. Normalmente, paso el día fuera, pero esta tormenta de nieve me lo va a impedir; por lo tanto, será mejor que establezcamos una rutina con el fin de que no me estorbes.

Miranda reaccionó con furia.

—Yo no tengo intención de estorbarle. Puedo pasarme el día leyendo sin problemas.

—Estupendo — Luke se sentó en una silla y la miró —. Tengo que trabajar en el ordenador, no me gustaría verte por la casa aburrida esperando a que te entretenga.

—No espero que me entretengas.

—¿No?

—No me aburro sola — respondió Miranda, pero, inmediatamente, pensó en lo absurdo de sus palabras, casi nunca estaba sola —. ¿Qué tipo de trabajo vas a hacer en el ordenador? No me pareces la clase de persona…

—¿Que sabe utilizar un ordenador? A lo mejor pensabas que ni siquiera conocía el significado de esa palabra — Luke sonrió traviesamente, haciéndola sonrojar —. Las nuevas tecnologías alcanzan incluso a los indigentes como yo. Es más, apuesto a que eres tú quien no sabe utilizar un ordenador.

Miranda enrojeció aún más.

—Mmmmm — murmuró Luke pensativamente —. Los ordenadores no sirven de mucho en las pistas de esquí, ¿verdad? Ni en las carreras de caballos, ni en la playa en el verano, ¿me equivoco?

—Yo…

—¿Tú qué?

—Aprendí a utilizar un ordenador cuando hice el curso de diseño — respondió ella alzando la barbilla para contrarrestar el tono defensivo de su voz.

—Ah, sí, el curso de diseño, ya — dijo Luke sin disimular su tono burlón —. Bueno, no te muevas, ahora mismo vuelvo.

Luke se puso en pie y salió de la cocina. A los pocos minutos, regresó con un ordenador portátil.

—Bueno, vamos a ver — Luke abrió el ordenador y lo encendió —. Entretente un rato con esto mientras yo voy a cortar unos troncos más para la chimenea.

Antes de marcharse, Luke puso en marcha un programa y abrió un archivo que contenía el plano de una casa.

—¿Qué es esto?

—Esto, mi querida diseñadora, es una casa.

—¿De quiénes?

—Es una de las casas de mi jefe. Quiere restaurarla. Como sabe que me gusta jugar con los ordenadores de vez en cuando, me ha dejado el archivo para que le eche un vistazo.

Miranda lo miró empequeñeciendo los ojos.

—¿Por qué?

—Nos conocemos desde hace mucho. Si mueves este artilugio, que se llama ratón, y aprietas aquí, puedes agrandar o empequeñecer la zona del dibujo que quieras.

Miranda apretó los dientes, dejándole que se divirtiera a su costa. Ya le llegaría a ella el turno de reírse cuando le presentara sus ideas, a pesar de que, al final, estaba segura de que serían borradas.

—¿Vienes aquí a cuidar de su cabaña todos los años?

—Sí — Luke, que se había inclinado para manipular el ordenador, le acarició la mejilla con su aliento —. Bueno, haz lo que quieras con el archivo. Diseña lo que te apetezca, siempre se

puede borrar. ¿Por qué no te vas al cuarto de estar y, te pones a jugar con esto delante del fuego?

Cuando Miranda se hubo acoplado en el sofá, con el ordenador portátil encima de las piernas, comentó:

—Supongo que pasas aquí semanas, quizá meses, solo. ¿Cómo demonios te entretienes?

—La soledad es un estado mental — respondió él mientras se ponía unas botas y una chaqueta impermeable —. Solo se puede evitar cuando uno está en paz consigo mismo.

—Bueno, si te vas a poner a filosofar, prefiero ponerme a trabajar con este diseño. No te importa, ¿verdad? — Miranda sonrió para sí; pero, cuando lo miro, vio que él le sonreía.

—Cuando vuelva de cortar los troncos, será mejor que llames a tu padre. Aunque… admito que le he llamado hace media hora; por supuesto, de tu parte.

Miranda se lo quedó mirando perpleja; sin embargo, antes de poder pedirle una explicación, Luke salió de la cabaña y cerró la puerta tras de sí.

Su pobre padre debía de pensar que estaba con un hombre encantador de mediana edad rodeado de su familia. Le daría un ataque al corazón si conociera a Luke Decroix.

Por fin, desechando esos pensamientos, Miranda empezó a experimentar con el diseño.

Cuando, por fin, Luke regresó, llevaba una cesta de leños cargada al hombro. Dejó los leños en el suelo y sin decir nada, se la quedó mirando. Después, se quitó el anorak y las botas. Con copos de nieve en el cabello, se acercó a la chimenea, se agachó y empezó a frotarse las manos para calentarlas.

—¿Todavía no te has aburrido de jugar con el ordenador? — le preguntó él, de espaldas a ella.

Luke se puso en pie y se quitó el jersey antes de preguntar

—¿Qué es lo que has hecho?

Luke se sentó en el sofá, al lado de Miranda, pegando el muslo al de ella.

—No mucho.

—¿Qué te parece la casa? ¿Te gusta?

Miranda movió el ordenador con el fin de que él no pudiera ver la pantalla; de repente, la avergonzaba que él viera su trabajo.

—Me has dicho que podía llamar a mi padre cuando volvieras… Y, a propósito, ¿por qué le has llamado tú y cómo has conseguido su teléfono? ¿Y qué le has dicho?

—Preguntas, preguntas y más preguntas. ¿Es que tu madre nunca te dijo que, cuando un hombre vuelve de realizar un duro trabajo, lo último que quiere es encontrarse a una mujer quejándose?

—Mi madre murió cuando yo tenía ocho años.

—Ah, sí, lo siento.

Luke se recostó en el respaldo del sofá y plantó los dos pies en la mesa de centro. Se había quitado las botas y se había puesto unos zapatos de cuero viejos. Se frotó los ojos, se puso las mano detrás de la nuca y luego la miró fijamente.

Los ojos azules de ese hombre eran hipnotizadores. Cuando ella los miró, se sintió casi mareada; si no tenía cuidado, podía acabar hundiéndose en esas profundidades.

—No me has contestado — le recordó ella.

—No, no lo he hecho. Bueno, si realmente quieres saberlo… el número de tu padre lo he obtenido apretando una tecla del teléfono móvil que me muestra el último número de teléfono que se ha marcado, y como tú llamaste a tu padre anoche… Y lo he llamado para que sepa que su adorada hija está sana y salva. Toma el teléfono, llámalo si quieres.

Luke se metió la mano en un bolsillo y sacó su teléfono móvil.

Desgraciadamente para ella, su padre dio muestras de estar encantado tras la llamada de Luke.

—Puede que no te venga mal pasar unos días aislada en una montaña — bromeó su padre.

Miranda se sorprendió.

—¿Cómo puedes decir eso, papá?

Pero su padre parecía tener prisa; al parecer, el chófer lo estaba esperando. Le dijo que probablemente lo llamaría por la noche, cuando volviera a casa.

—Espero que no esté preocupado por ti — dijo Luke al tiempo que le quitaba el teléfono móvil de la mano para colocarlo encima de la mesa donde tenía los pies —. Esta mañana, cuando lo he llamado, he hecho lo posible por tranquilizarlo. Le he dicho que te estaba cuidando bien.

—No creo que a mi padre le interese mucho lo que tú puedas decirle — le informó Miranda.

—Bueno, dime, ¿qué has hecho? ¿Se te ha ocurrido alguna idea?

—Se te ha olvidado decirme qué tipo de cambios quiere tu jefe. ¿Está dispuesto a tirar paredes?

—Dios mío, ¿tan en serio te lo has tomado?

—Si lo único que quieres es burlarte de mí, ¿por qué no nos olvidamos del diseño? — comentó Miranda —. Te devuelvo el ordenador para que hagas lo que quieras hacer con él y yo me pongo a leer una de esas novelas policíacas que hay en las estanterías.

Luke movió el ordenador hacia sí, hasta que quedó a medias entre un muslo de ella y uno suyo, para ver lo que Miranda había hecho.

—Vaya, así que eres capaz de utilizar un ordenador… Te ruego aceptes mis más sinceras disculpas por ponerlo en duda.

Ella lo miró mientras Luke empezaba a estudiar las distintas habitaciones que ella había diseñado; al parecer, no falto de interés.

—No es necesario que el comedor sea tan grande — murmuró Luke.

—¿Y tú cómo lo sabes? No me digas que tienes tanta intimidad con tu jefe como para saber con qué frecuencia tiene invitados en casa y cuántos de una vez. ¿Estás seguro que tu jefe es un hombre y no una mujer?

—De eso estoy absolutamente seguro — respondió Luke con voz suave mientras seguía manipulando la pantalla.

—Bueno, ¿qué es lo que este hombre quiere hacer con su casa?

—Tiene intención de irse de Londres y trasladarse a esta casa, que también va a utilizar como lugar de trabajo. Por lo tanto, supongo que querrá un estudio bastante grande.

—¿A qué se dedica?

—A las finanzas, según creo.

—¿Quieres decir que no te has molestado en averiguar ese tipo de detalles? — esa vez, fue Miranda quien sonrió burlonamente —. Quizá hayas pensando que aunque te lo explicara, no entenderías lo que implica su trabajo.

—¿Qué es esto? — preguntó Luke indicando una zona en la pantalla.

—Es un arco que une esas dos habitaciones. En ambos lados, se pueden incorporar ventanas con cristales de colores para romper la monotonía de la pared de ladrillos.

—Una idea muy imaginativa. Estoy seguro de que va a gustarle. ¿Y esto qué es?

—Eso, si no logras imaginarlo…

—Muestra las limitaciones de mi cerebro, ¿verdad? — murmuró Luke sin mirarla; al parecer, absorto con el diseño.

—Es una verja de hierro forjado que separa el cuarto de baño de la habitación con el fin de dar impresión de gran espacio — Miranda sintió que tenía las mejillas encendidas debido al entusiasmo, por lo que tuvo que recordarse que, casi con toda seguridad, sus esfuerzos serían en vano.

—Muy imaginativo.

Luke apagó el ordenador y lo cerró; después, se puso en pie. Con movimientos perezosos, echó dos leños más al fuego. Entonces, se acercó a la estantería, agarró un libro y se lo dio a Miranda.

—¿Qué es esto?

—Material de lectura.

—¿Qué hay de mi diseño?

—¿Qué quieres decir?

—¿No quieres que continúe?

—Sí, si te apetece. Pensaba que, después de tanto trabajo, te apetecería leer algo — respondió Luke con una retadora sonrisa.

—Repito, ¿qué quieres decir con eso?

—Lo que quiero decir es que quizá necesites un descanso, lleva tiempo acostumbrarse a hacer algo que no sea solo divertirse.

Miranda lo miró echando chispas por los ojos. Ese hombre no se daba por vencido, había decidido divertirse a su costa. Lo peor de todo era que le dolía. La opinión de Luke sobre ella no debía importarle, pero lo hacía. Y no podía escapar, estaba atrapada.

—Eso no es justo — dijo Miranda.

—¿No lo es? Le he explicado a tu padre que esto no es un hotel de cinco estrellas, que, a pesar de que estás bien y cuidada, espero que trabajes y hagas algo de provecho. Me ha dado la impresión de estar encantado con la idea. Es evidente que tu padre te conoce mejor que tú te conoces a ti misma.

—¿Que le has dicho a mi padre qué? ¡No tienes derecho a hablar

de mí con mi padre! ¿Quién te has creído que eres? — gritó ella.

En vez de reaccionar con irritación por su tono de voz, Luke se limitó a arquear las cejas. Se hizo un prolongado silencio durante el cual Luke se sentó en uno de los sillones y abrió el ordenador. Mientras examinaba algo en la pantalla, dejó patente que estaba ignorando la presencia de ella.

Ni siquiera reconocía haber oído sus protestas. Continuó haciendo lo que estaba haciendo y, en un arranque de ira, Miranda se levantó. Solo le llevó unos segundos acercarse al enchufe y apagar el ordenador.

Esa vez, Luke no tuvo más remedio que hacerle caso. Al momento, se puso en pie y le agarró los brazos.

—¡Ni se te ocurra volver a hacer eso! ¿Me has entendido? No estoy dispuesto a aguantar rabietas de niña mimada porque no te estoy prestando atención.

—Lo siento — dijo Miranda con voz ahogada, avergonzada de lo que había hecho y también de que él la estuviera tratando como a una niña —. ¡Me estás haciendo daño!

Luke la soltó, pero no retrocedió. Se la quedó mirando fijamente y ella se dio cuenta de que Luke estaba haciendo un esfuerzo por controlar la ira.

—Lo siento de verdad — repitió ella.

—Siéntate — le ordenó Luke en tono amenazante.

Miranda, temblorosa, se sentó, dispuesta a recibir una reprimenda. Y se la merecía. Desenchufarle el ordenador había sido un acto infantil como respuesta a la indiferencia de él, un acto de pueril estupidez.

—Miranda, no eres una niña, así que debes dejar de comportarte como tal. Te guste o no, estás aquí conmigo y vas a tener que comportarte como una persona adulta. No voy a consentir una sola rabieta más, ¿entendido?

Miranda asintió.

—Yo…

Se interrumpió al darse cuenta de que estaba a punto de llorar, odiándose a sí misma por su debilidad.

Luke se quedó esperando a que continuase.

—Yo… he disfrutado haciendo ese diseño en el ordenador — fue lo único que se le ocurrió decir a Miranda, mirándolo de soslayo —.

Para ti es fácil.

—¿Qué es fácil para mí?

—La vida. Se te ve satisfecho con tu vida, yendo de un sitio a otro.

Luke pareció incómodo al oír esas palabras, pero fue momentáneamente.

—Al hablar con él, me ha dado la impresión de que tu padre está preocupado por ti — dijo Luke de repente.

Miranda se encogió de hombros, demasiado cansada como para discutir con Luke respecto a haber hablado de ella con su padre. ¿Qué importancia tenía? No iba a estar en esa cabaña toda la vida.

—¿Qué significa ese encogimiento de hombros? — preguntó él.

—A todos los padres les preocupan sus hijas — respondió Miranda —. Sobre todo, cuando no pueden compartir sus preocupaciones con otra persona.

—¿Qué es lo que le preocupa de ti?

—Supongo que mi estilo de vida — admitió ella. Reconocerlo le dejó un mal sabor de boca —. Mi padre piensa que debería sentar la cabeza.

—¿Por sentar la cabeza te refieres a casarte?

—¡Oh, no, nada de eso! ¡Solo tengo veinticinco años! — Miranda lanzó una carcajada —. Además, no se me ocurre nadie con quien quiera casarme. ¡Si se me ocurriera casarme con alguno de los chicos con los que salgo, a mi padre le daría un ataque al corazón!

—Quizá debieras buscarte un hombre en vez de un chico — observó Luke.

Miranda apartó la mirada.

—Por sentar la cabeza me he referido a un trabajo.

—¿Por qué no trabajas? Tienes talento.

—¿Qué?

—Que tienes talento — Luke le lanzó una perezosa mirada —. Te gusta que te halague, ¿verdad?

Miranda enrojeció.

—Me da igual.

Pero esa perezosa sonrisa fue como una caricia.

—Estupendo — murmuró él con los ojos clavados en los de ella —, porque lo último que quiero en el mundo son complicaciones.

Capítulo 3

TAMPOCO ella.

En realidad, lo único que quería era marcharse de esa cabaña e ir a Londres.

Al menos, eso fue lo que se dijo a sí misma. Sin embargo, tuvo que enfrentarse a la verdad cuando, después de tres días de tormenta de nieve, Luke volvió de su rutina cotidiana de cortar troncos y anunció que el cielo había empezado a despejarse.

—¿Y? — preguntó Miranda apartando los ojos de la pantalla del ordenador.

—Y la maldita tormenta nos va a dejar.

Luke se acercó a la chimenea y se quitó el jersey. En esa ocasión, también se quitó la camiseta, que estaba empapada. Miranda, como hipnotizada, observó los movimientos de los músculos de él.

—¿Pronto? — preguntó ella, aliviada de que él estuviera de espaldas a ella y de cara a la chimenea.

—Supongo que sí.

Luke, que llevaba pantalones vaqueros, empezó a hurgarse en los botones.

—¿Qué vas a hacer? — dijo Miranda con pánico en la voz.

—Quitarme la ropa. Me he tropezado con unos troncos y me he caído de bruces en la nieve.

—Es una suerte que no te hayas dislocado el tobillo tú también — observó Miranda, pero el tono de su voz traicionó la tensión que sentía.

Casi no podía respirar. Le estaba resultando prácticamente imposible.

—No eres una remilgada, ¿verdad? — Luke se volvió de cara a ella y la miró.

Luke tenía las manos sobre los botones de la cinturilla de los pantalones, el superior estaba desabrochado, lo que a ella le permitió ver una tentadora imagen del liso vientre por debajo del ombligo.

—Prefiero desnudarme aquí y dejar la ropa delante del fuego en

vez de subir chorreando las escaleras, pero si vas a sentirte incómoda…

—¡No, en absoluto! — dijo Miranda con voz estridente —. Al fin y al cabo, estás en tu casa, yo no soy más que una huésped que no ha sido invitada. Adelante, haz lo que quieras.

Miranda clavó los ojos en la pantalla del ordenador mientras le oía quitarse la ropa.

¿No podía darse más prisa?, se preguntó ella nerviosa.

Lanzó una rápida mirada de soslayo a los pies de Luke y, rápidamente, reanudó su inspección de la pantalla, pero sin enfocar con la vista.

—El tobillo se te ve mucho mejor — comentó él.

—Sí — respondió Miranda a la pantalla.

—¿Qué habitación estás diseñando ahora? — preguntó Luke.

Miranda se aclaró la garganta.

—Creo que la cocina.

—¿Qué crees que la cocina?

—¡Es la cocina! — le espetó ella.

Luke lanzó una suave carcajada y se marchó hacia las escaleras. Miranda, por su parte, recuperó la razón. Y lanzó un suspiro de alivio al quedarse sola.

¿Qué había querido decir él con eso de que la tormenta se estaba alejando? Con cuidado, Miranda dejó a un lado el ordenador, se levantó y se acercó a la ventana.

Seguía nevando, pero Luke tenía razón. Ya se podía ver el cielo, y había claros azules.

—Desgraciadamente — dijo una familiar voz a sus espaldas, y ella se volvió para mirarlo —, que el tiempo esté mejorando no significa que puedas irte inmediatamente. Lo siento.

Luke alzó los hombros y añadió:

—La única forma de marcharse de aquí es con esquís; pero, hasta que no tengas el tobillo mejor, vas a tener que quedarte aquí.

—Mi padre podría mandar un helicóptero para que me recogiera. Es más, supongo que insistirá en hacerlo.

Pero lo cierto era que Miranda no estaba preparada para marcharse. Todavía no. Darse cuenta de ese hecho la dejó confusa.

Luke se encogió de hombros, desentendiéndose del asunto. Miranda lo siguió a la cocina; aunque andar le resultaba incómodo,

podía hacerlo sin ayuda.

—Bueno, ¿qué opinas? — insistió ella mientras Luke ponía agua a hervir.

—Llama a tu padre y pregúntaselo, a ver qué opina él.

—Suponía que te alegraría deshacerte de mí — continuó ella, presionándolo —. Al fin y al cabo, no has dejado de recordarme que mi presencia aquí no es de tu agrado.

Luke se volvió y se sentó en el borde de la encimera de la cocina.

—Lo del helicóptero me parece bien, aunque supongo que no se te ha pasado por la cabeza que aún sigue nevando y que la visibilidad no es excesivamente buena, ¿verdad? O quizá se te haya ocurrido, pero, como tienes tantas ganas de volver a Londres, a tus acostumbradas diversiones, no has pensado en la posibilidad de que haya gente que arriesgue la vida por venir a recogerte. No, ya veo que no has pensado en eso; pero no me sorprende, dado que estás acostumbrada a conseguir lo que quieres y en el momento que quieres.

—¡Eso no me pasa contigo!

—No, querida, conmigo no. Y ahora, a preparar la comida. Creo que es hora de que aprendas algo de las artes culinarias.

A Miranda le dio la impresión de que él la estaba acusando de haber pasado aquellos días aburrida, jugando con el ordenador por distraerse y siendo una perfecta inútil. Sin embargo, ella lo había obedecido en todo, había limpiado el baño después de usarlo y también la habitación al levantarse.

—Creía que te gustaba cocinar — dijo Miranda con voz dulce —. Me has dicho que te gusta cocinar porque lo que menos quieres en esta vida es una mujer que piense que puede controlarte por el estómago.

—¿He dicho yo eso?

—Sí, lo has dicho… después de beber unas copas de vino.

—Será mejor que hagas algo con el pelo si es que vas a servirme de ayuda — dijo él bruscamente —. El pelo largo y la cocina no son compatibles.

—¿Y qué quieres que haga?

—Siéntate, déjalo de mi cuenta.

Miranda obedeció, se sentó y lo vio hurgar en un cajón antes de

colocarse a sus espaldas. Cuando estaba a punto de volver la cabeza, sintió las manos de Luke a ambos lados de su rostro y se quedó paralizada.

Luke comenzó a cepillarle el cabello. En la pequeña cocina, en la que solo se oía el sonido del reloj de pared, con la nieve cayendo fuera, el gesto de Luke le resultó sugestivamente erótico. Las manos de él le aceleraron el pulso, y tuvo que hacer un esfuerzo por relajarse. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Luke le cepilló el pelo con una mano mientras con la otra le recogía la melena.

—Te gusta, ¿verdad? — preguntó Luke con voz suave.

Miranda murmuró una afirmación. Se había relajado completamente, con los brazos caídos y las piernas estiradas.

—¿Tienes una sirvienta que te hace esto todos los días? — la profunda voz de Luke era hipnotizante.

Sin abrir los ojos, Miranda sonrió.

—Un sirviente. Un sirviente con un cuerpo magnífico que me cepilla el pelo dos veces al día, cien cepillados en cada sesión.

—Un sirviente con un cuerpo magnífico, ¿eh? Esos son los que te gustan, ¿verdad?

Quizá fuera porque no estaban cara a cara y no podía ver esa mirada penetrante por lo que Miranda se sintió con ánimos de seguir jugueteando con él. Cambió de posición y, entrelazando los dedos, se llevo las manos al vientre.

—Cuanto más guapo mejor — Miranda rió —. Por desgracia, aún no he encontrado a nadie así.

—¿Quieres decir que Freddie no tiene un cuerpo magnífico? — preguntó él con ligera curiosidad, como si solo estuviera pasando el tiempo.

—Es alto.

Y tenía buen tipo, aunque demasiado lánguido y delicado, pensó Miranda.

—¿Qué problema habéis tenido?

—El normal en estos casos. El otro día lo sorprendí con otra, una italiana morena y con curvas que no puede tener más de dieciocho años y que debería haber estado limpiando el chalet en vez de desabrochándose la blusa delante de mi novio — Miranda lanzó una desdeñosa carcajada —. Me puse como una fiera, salí de allí a toda prisa y… el resto ya lo sabes.

—¿Estabas celosa?

—Estaba enfadada, pero no celosa. No soy celosa.

Luke comenzó a masajearle el cuero cabelludo y ella emitió un quedo gemido de placer. Cepillado y sin nudos, el cabello se le movió al ritmo de los dedos de Luke.

—A juzgar por cómo lo dices, se puede pensar que no se te ha roto el corazón.

De repente, Miranda se sintió alarmada. Aquella conversación era demasiado personal, casi peligrosa.

—No, no se me ha roto — le informó ella —. Además, iba a romper con Freddie. Es un hombre aburridísimo. ¡No podrías creer la cantidad de botes de loción para después del afeitado que se ha traído! Se hace una limpieza de cutis una vez al mes.

—¿Nadie te ha roto nunca el corazón? — inquirió él en tono insinuante, tan placentero como sus dedos.

—No. ¿Y a ti?

—Cuando tenía trece años, tuve que enfrentarme al doloroso hecho de que mi profesora de francés no estaba enamorada de mí.

—¿Y esa es la mujer que más te ha hecho sufrir? — dijo Miranda en tono de broma.

—Sorprendente, ¿verdad? A mis treinta y cuatro años de edad, se me debería haber roto el corazón tres o cuatro veces.

—Quizá se deba a que, como te pasas la vida yendo de un sitio a otro, no dejas que ninguna mujer se te acerque tanto como para rompértelo.

—No es por eso, no — dijo él lanzando una ronca carcajada.

De repente, Miranda imaginó a Luke con otra mujer y sintió una amarga y primitiva emoción. Debía de haber habido muchas mujeres dispuestas a seguirlo al fin del mundo porque, como ella misma había podido comprobar, Luke podía ser absolutamente encantador e irresistible. Igual que en esos momentos…

Bruscamente, Miranda se incorporó en el asiento y, con las manos, se recogió el cabello en una cola de caballo.

—¿Tienes una cinta?

—¿Te sirve una goma?

—Las gomas cortan el pelo — le informó ella irritada —; en fin, supongo que voy a tener que conformarme con una goma.

Al cabo de unos instantes, Luke le dio una goma y ella se recogió

el pelo. Rechazó todo tipo de fantasía, centrándose en la realidad que la rodeaba. No iba a permitirse el lujo de soñar con una relación que no podía existir nunca.

—¿No ibas a enseñarme a cocinar? Aunque, por supuesto, no estoy reconociendo que no sepa.

—Creía que tu ama de llaves se encargaba de esas tareas tan degradantes.

Luke rodeó la mesa de la cocina hasta colocarse delante de ella.

—Yo no he dicho que cocinar sea una tarea degradante — le espetó ella.

Habían vuelto a su relación habituarse estaban ofendiendo mutuamente. Pero, al contrario que el primer y, el segundo día, él ya no la trataba con hostilidad.

Y ella había dejado de mostrarse defensiva. Su irritación era más una cuestión de hábito que de intención.

—Oh, había supuesto que…

—¡Pasas demasiado tiempo suponiendo cosas!

—¿A qué viene tanta agresividad, Miranda? ¿Es que no te ha gustado la charla que hemos tenido mientras te cepillaba el pelo? ¿O te ha dado miedo que me acercara demasiado a la verdadera Miranda?

¡Ese hombre era demasiado listo!, pensó ella echando chispas por los ojos mientras Luke sonreía con expresión felina.

—No eres tan superficial como pareces, ¿verdad? Vas por ahí con tus amigos, pero, por dentro, sientes cosas, ¿no? ¿Buscas otra cosa? No es una situación recomendable.

—¡Supongo que, con todo el tiempo libre del que dispones, no tienes mejor cosa que hacer que atacar cuando te encuentras en compañía de alguien! — le contestó Miranda, pero sus palabras no parecieron afectar a Luke, que sonrió —. ¡Me parece que estás ansioso de tener compañía! Quizá el dueño de esta casa debiera regalarte un perro.

Luke estalló en carcajadas.

—¡Esto es increíble! — exclamó él cuando logró dejar de reírse.

—¡Si no dejas de husmear en mi vida no vamos a comer nunca! — exclamó ella.

Quince minutos más tarde, Luke seguía sonriendo traviesamente, después de que ella le hiciera un resumen de su experiencia como

cocinera.

—En otras palabras, principiante — declaró Luke —. Bueno, será mejor que empecemos a solucionar eso si, ahora que ya tienes mejor el tobillo, queremos que empieces a compensar mi generosa hospitalidad cuidando de mí, para variar.

—No sabía que fuera parte del trato.

—¿No? En ese caso, siento no haberlo dejado claro. Vamos, saca unas cebollas de ese cajón. El ajo está en la nevera. Empezaremos preparando algo sencillo, ¿te parece? Primero, llena una cacerola con agua y ponla a hervir. Espero que encender el fuego y poner la cacerola encima no te resulte demasiado difícil.

Miranda estuvo tentada de colocarle la cacerola de sombrero.

—Ahora, pon un poco de sal en el agua. Pero solo un poco.

—Sí, lo sé.

—Estupendo. Y ahora pela las cebollas y pártelas en trozos.

Luke le pasó dos cebollas y Miranda las peló. Hacía mucho tiempo que no hacía nada en la cocina; en realidad, desde que le dieron clases de cocina en el colegio de pequeña.

En vez de ayudarla, Luke se apoyó en el mostrador de la cocina y se limitó a vigilarla.

—¿No os enseñaban alta cocina en el colegio; naturalmente, además de enseñaros la forma protocolaria de poner la mesa y qué copa es para qué tipo de bebida? Son cosas muy útiles.

—¿No tienes nada que hacer que no sea mirarme?

—No.

—Debo de ser más interesante de lo que pensaba. Bueno, ya he terminado con las cebollas. Ahora, ¿qué?

—Champiñones. Pero me temo que son de lata. Las verduras frescas ya se han acabado y, por evidentes razones, no puedo ir a la tienda más próxima esquiando. Y panceta.

Luke le dio un paquete con panceta y ella lo abrió.

—Ahora tienes que echar el arroz en el agua hirviendo — añadió él —. ¿Has hecho arroz alguna vez?

—Y tú, ¿has sido amable alguna vez?

Luke se echó a reír. Después, se apartó de la encimera y echó el arroz en el agua, junto con un poco de sal y unas especias.

A partir de ese momento, a Miranda le tocó el turno de observar. Luke tomó las riendas de la cocina y empezó a freír los ingredientes,

luego echó una lata de tomate a la que añadió unas gotas de tabasco.

—¿Y tú qué has hecho? Supongo que estudiar en la universidad de la vida.

Él asintió.

—Vía Cambridge — añadió Luke.

—¿Que has estudiado en Cambridge? ¡Ya, y esperas que me lo crea!

—¿Por qué no? — Luke dejó los cacharros sucios en la pila y le dio un estropajo a Miranda para que limpiara la encimera —. Me ofendes.

«Sí, como si pudiera ofenderte», pensó Miranda.

—¿Qué estudiaste en Cambridge?

—Derecho y economía.

Miranda estalló en carcajadas.

—¿Esperas que me crea que has ido a una de las mejores universidades de Inglaterra a estudiar derecho y economía y que has acabado haciendo esto?

—Espero que creas lo que quieres creer.

Luke empezó a fregar los cacharros con la experiencia de alguien acostumbrado a las tareas domésticas y, después de indicarle el trapo de secar, ella, a regañadientes, se puso a secar los cacharros.

—¿Por qué no te pusiste a trabajar como abogado? — quiso saber Miranda.

Le resultaba imposible creer que Luke tuviera un título universitario, a pesar de que había cosas respecto a él que no entendía.

—¿O como economista? — insistió ella.

—Ya sabes, la vida sencilla al aire libre en invierno, las ganas de ver el mundo…

Miranda lo miró con suspicacia mientras se preguntaba por qué tenía la sensación de que Luke estaba haciendo teatro.

—¿Y qué haces durante los veranos? ¿Adónde vas?

—¿Y adónde vas tú? — preguntó él a su vez.

—A veces voy al campo — contestó Miranda vagamente.

—Ah, sí, a explorar la belleza de las colinas inglesas, ¿verdad?

Por suerte, antes de que Luke pudiera seguir sonsacándole, el arroz empezó a hervir y el agua a salirse de la cacerola, por lo que

Luke se centró en la cocina, olvidándose de sus preguntas.

—Miranda, todavía tienes que hacer un par de cosas en la cocina, así que en marcha. En la nevera está el pan con ajo, mételo en el horno. Yo abriré una botella de vino.

—¿Para almorzar?

—Sí, ya sé que es muy decadente, pero es el acompañamiento esencial para nuestro modesto risotto.

A pesar de la compañía que frecuentaba, Miranda nunca había sido aficionada a la bebida. De vez en cuando, le gustaba tomar una copa de vino; pero, si se excedía, le entraban dolores de cabeza. Durante las últimas noches, había tomado vino con la cena, pero nunca se había acabado una copa entera.

—Bebe y disfruta — dijo él ofreciéndole una copa de vino —. ¿Quién sabe? Quizá mañana el tiempo mejore lo suficiente para que tu papá envíe un helicóptero para que te recoja. En cuyo caso, te verás libre de la primitiva vida en esta cabaña y podrás volver a tu jaula de oro.

—¡Y no te puedes imaginar las ganas que tengo! — le espetó ella.

Y tras esas palabras, se bebió la copa entera de tres tragos. Inmediatamente, tuvo que sentarse.

—Te equivocas, esta cabaña no es primitiva — anunció Miranda —. Es pequeña, pero cómoda. Y el mobiliario es viejo, pero de buena calidad.

—Lo has notado, ¿eh?

—¡Claro que lo he notado! ¿No sabías que fui a la universidad para estudiar cómo ir de compras? No se me escapa nada de calidad. Muy útil, ¿verdad?

—Solo si eres una ladrona.

Miranda se echó a reír.

—Eso si que no se me había ocurrido.

—El pelo te descubriría, demasiado rubio. Un peligro si fueras a robar por las noches — Luke se bebió su copa de vino y empezó a poner la mesa. Miranda se puso en pie para ayudarlo —. Aunque siempre podrías cortártelo y teñírtelo de negro.

Luke sirvió el risotto en dos platos y, a continuación, ambos se sentaron a la mesa.

—Te gustaría más así, ¿verdad? — dijo Miranda, comiendo

vorazmente. Su obsesión con comer poco para no engordar la había abandonado desde que estaba en la cabaña.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no haces más que quejarte de mi pelo.

Miranda se sirvió más vino.

—¿Cómo puedes decir eso después de haberme pasado un cuarto de hora cepillándotelo?

El tono de voz de Luke conllevaba cierta ironía; sin embargo, cuando sus miradas se cruzaron, ella notó que su expresión era ilegible, y un temblor de placer le recorrió el cuerpo. Era todo un hombre. No solo físicamente, sino en su comportamiento. Duro, áspero e increíblemente atractivo. Y cuando se acabó la segunda copa de vino, empezó a preguntarse cómo sería hacer el amor con él, estar tumbada en la cama, desnuda, dejando que aquella virilidad la envolviera. ¿Qué se sentiría al ser la única presa de esos penetrantes ojos azules nublados por la pasión?

«No tendría repercusiones», se dijo a sí misma en silencio. Luke no se movía en sus círculos, no conocía a ninguno de sus amigos y ella, cuando saliera de aquella cabaña, no volvería a verlo en su vida.

Pensar en la mejoría del tiempo, en la posibilidad de que, en veinticuatro horas, por helicóptero o esquiando, quizá se marchara de allí, le hizo sentir urgencia.

—Mi peluquero también me cepilla el pelo — dijo Miranda con ojos brillantes —, lo que no quiere decir que le guste o que me encuentre atractiva.

El comentario tuvo por respuesta un silencio mortal. A pesar de no estarle mirando, Miranda sintió el cambio en el ambiente. De repente, había electricidad entre ambos.

—La comida está exquisita. ¿Cómo has aprendido a cocinar? ¿Te ha enseñado alguien? ¿Has hecho un curso de cocina en los ratos libres que tenías entre los estudios de economía y derecho?

—La necesidad es la madre de todo conocimiento — murmuró Luke —. ¿No estás de acuerdo?

—Totalmente.

Miranda le lanzó una furtiva mirada y le sorprendió mirándola. Con un rápido movimiento, se quitó el elástico que le sujetaba el cabello y se sacudió la melena con un movimiento de cabeza.

Después, se recostó en el respaldo de la silla y suspiró.

—No puedo comer nada más — no era mentira, estaba llena —. No sé por qué, pero, desde que estoy aquí, estoy comiendo mucho. Y no es que tenga la disculpa del ejercicio, porque no me muevo.

Miranda, que se había vuelto a servir vino, vació la copa y añadió:

—Voy a volver a Inglaterra inflada como un globo. No me va a quedar más remedio que pasarme los próximos seis meses en el gimnasio para recuperar la línea.

Cambió de postura en la silla con el fin de examinarse la cintura, consciente de que Luke había dejado los cubiertos en el plato. Su expresión era ilegible y su postura perezosa, con las manos en la nuca.

—¡Tengo una idea! — exclamó Miranda, y se dio cuenta de que nunca en la vida se había sentido tan entusiasmada —. ¿Quieres que te diga mi idea?

—Me parece que no deberías beber más vino.

—Esa es una respuesta estúpida a mi pregunta — le informó Miranda con altanería.

—Quizá sea un estúpido.

Ambos sabían que eso no era ni remotamente verdad. Arrogante, misterioso, con enorme control de sí mismo, sagaz, inteligente… pero no estúpido.

—Creo que deberíamos salir — dijo ella —. Llevo días encerrada aquí dentro y necesito un poco de aire fresco, y algo de ejercicio. Sí, necesito algo de ejercicio. Nunca he sido sedentaria, nunca he pasado tanto tiempo sentada sin hacer nada. ¿No podríamos abrigarnos y salir afuera para hacer algo? Por favor…

—Es posible que no te venga mal — murmuró Luke; al cabo de unos segundos, se puso en pie.— Es decir, si es que puedes levantarte de la silla.

—¡Mi tobillo está bien! — exclamó Miranda contenta.

—No me refería a tu tobillo.

—¿A qué te referías entonces?

—Al nivel de alcohol que llevas en la sangre — respondió él burlonamente.

Miranda miró a la botella y se dio cuenta de que estaba casi vacía, y era ella quien había bebido la mayor parte.

Después de abrigarse, Miranda volvió la cabeza y miró a Luke, dispuesta a salir.

Iba a marcharse al día siguiente o, como muy tarde, al otro. Pero ese día… ese día era especial y no tenía intención de desperdiciarlo.

Capítulo 4

ENTRE el calor del vino y el del interior de la cabaña, Miranda sintió el frío como una bofetada. Sin embargo, poco a poco se fue adaptando y, con vacilación y como una invalida, empezó a caminar sin ayuda.

Seguía nevando, pero con menos intensidad. Aquella mañana, había llamado a su padre y le había dicho que volvería en cuestión de días; sin embargo, en esos momentos, su casa le había parecido un lugar muy distante. Pero en esos momentos, al aire libre, con la evidente mejoría del tiempo, ya no le pareció tan distante.

Luke se le había adelantado y estaba en el pequeño cobertizo, ella empezó a caminar hacia allí; el tobillo le dolía solo ligeramente.

—¿Qué tal el pie? — le preguntó Luke mientras contemplaba una pila de troncos en un rincón.

—Bien. Ya casi no me molesta — respondió Miranda acercándosele.

—Estupendo — Luke revolvió en la pila de troncos, sacó de ella un trozo de madera y lo colocó en una mesa para cortar que había a lo largo de una de las paredes —. ¿Qué vas a hacer cuando vuelvas?

Luke agarró un hacha y, de un golpe, cortó el madero en dos; después, repitió el proceso hasta llenar con los leños una cesta que había en el suelo.

—Quién sabe — respondió Miranda, deseando que, en vez de mirar a esos maderos, Luke la mirase a ella —. ¿Crees que debería intentar buscar trabajo como decoradora?

Miranda se acercó más a él. En ella se había despertado un apetito que necesitaba ser satisfecho. Solo de pensarlo se le aceleró el pulso.

—¿Por qué no? — Luke se encogió de hombros, pero aún sin mirarla —. Puede que te resulte más interesante que ir por el mundo en busca de distracciones.

—Sí, puede — Miranda adoptó una momentánea expresión reflexiva —. Aunque ir por ahí en busca de distracciones también puede dar sus frutos.

Luke la miró por fin, pero ella no logró interpretar su expresión.

—¿No te parece? — presionó ella.

—Supongo que eso depende de lo que quieras de la vida — respondió él —. Pero, en mi opinión, ir por ahí buscando constantemente con qué distraerte acaba siendo como una droga y, antes o después, el efecto se pasa; entonces, ¿qué? Las cosas a las que no te has enfrentado siguen ahí, esperándote.

—Este cobertizo está muy oscuro, ¿no? — comentó Miranda con la intención de evitar un tema que le resultaba deprimente. No quería pensar en eso —. ¿Por qué no salimos fuera a divertimos un rato?

—¿En qué clase de diversión estás pensando, Miranda?

Esa vez, Luke la miró fijamente; en la oscuridad del cobertizo, su mirada tenía una cualidad felina.

—Podríamos… construir un muñeco de nieve — sugirió ella —. Así, cuando me vaya y lo veas, pensarás en mí.

Miranda se preguntó qué recordaría de él y se dio cuenta de que no quería que fuera solo un recuerdo. Quería continuar a su lado, oír su voz, seguir discutiendo con él, mirarlo…

—Olvídalo, es evidente que no soy más que un estorbo para ti — dijo Miranda con voz tensa.

Al momento, salió del cobertizo y miró al cielo.

No había esperado que Luke la siguiera, pero él le dijo a sus espaldas:

—Está bien, vamos a construir un monumento en tu memoria, ¿te parece? Una muñeca de nieve.

—No es necesario que hagas un esfuerzo por complacerme — dijo Miranda de mal humor —. Sé que te parezco superficial y aburrida.

—¿Quién ha dicho eso? — Luke se volvió y, poniéndole un dedo en la barbilla, le alzó el rostro. ¿He dicho yo eso?

—No, pero lo piensas.

—¿Quién está haciendo suposiciones?

Miranda lo miró con expresión vacilante.

—La nieve espera, Alteza — Luke hizo una reverencia y ella se permitió una leve sonrisa —. Por supuesto, las curvas no van a salir del todo bien.

—¿Cómo vamos a hacer una muñeca de nieve esquelética?

—¿Esquelética? — Luke se echó a reír —. Por lo que puedo recordar, no eres tan esquelética, tienes bastantes curvas.

Luke se agachó y se puso a hacer la muñeca de nieve, Miranda se le unió.

—Espero que no te ofendas si no resulta muy parecida a ti — comentó Luke.

—Te prometo que haré lo posible por no ofenderme — contestó ella, pensando en cómo sería Luke en la cama —. Y tú, ¿pensarás en mí cuando veas la muñeca?

Sintiéndose sumamente atrevida, Miranda lo miró fijamente a los ojos, él le sostuvo la mirada.

—¿Por qué crees que voy a necesitar una muñeca de nieve para acordarme de ti? Por si no lo sabías, tengo una memoria excelente.

—¿Igual de excelente que tu modestia?

Luke lanzó una sensual carcajada.

—Ambas cosas son menos intensas que mi curiosidad. Y la curiosidad precisamente es lo que está haciendo que me pregunte a qué estás jugando en estos momentos.

—¿Yo? — Miranda agrandó los ojos con gesto inocente —. ¿Jugando yo?

—Y, por favor, no te molestes en aparentar inocencia — Luke le agarró las manos y la atrajo hacia sí —. Para ser una mujer de mundo, eres tan transparente como una quinceañera.

—¿Y qué es lo que ves en mi, al parecer, transparente rostro? — preguntó Miranda con las mejillas encendidas.

—Lo que cualquier hombre vería en una mujer que le sigue a todas partes con la mirada. Llevas coqueteando conmigo desde el almuerzo, ¿o creías que no lo he notado?

—¡Yo no he coqueteado contigo! — pero su protesta era falsa, Miranda lo sabía perfectamente.

Luke lanzó una triunfal carcajada.

—Mentirosa.

Permanecieron mirándose el uno al otro. Miranda sintió que el corazón estaba a punto de salírsele del pecho. Sus bocas estaban a apenas unos centímetros de distancia.

—Lo que quiero saber es el por qué — Luke se levantó, pero ella permaneció en la nieve con expresión confusa.

Después, Miranda también se puso en pie.

—No sé de qué estás hablando — dijo Miranda débilmente.

Pero sí, sí lo sabía. De lo que no se había dado cuenta era de lo claras que habían sido sus intenciones. A pesar de la agitada vida social que llevaba y de estar acostumbrada a que los hombres hicieran cola para salir con ella, desear a un hombre con aquella intensidad era una sensación completamente nueva para ella.

—¿Quieres que continuemos esta interesante discusión dentro?

—¿Y qué hay de la mujer de nieve? Aún no la hemos terminado — protestó Miranda sin convicción.

—Me parece que tu mujer de nieve puede esperar, ¿no? Como acabo de decir, la curiosidad es uno de mis puntos débiles, estoy deseando saber adónde quieres ir a parar.

Luke empezó a caminar hacia la cabaña. Al llegar, abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar.

Dentro, Miranda empezó a quitarse la ropa de esquiar que se había puesto para salir; y pudo oír que, de espaldas a ella, Luke estaba haciendo lo mismo. Sintió los ojos de él y la piel se le erizó.

—Bueno — dijo Luke cuando ella encontró el valor suficiente para darse la vuelta y mirarlo —, ¿vas a seguir negándolo todo o vas a decirme qué te traes entre manos?

—Me gustaría tomar otra copa de vino.

—Cobarde — Luke rió —. Siéntate, enseguida vuelvo.

Luke volvió con una copa de vino para compartir entre los dos y se sentó en el sofá al lado de Miranda.

—Y ahora, mírame y cuéntame qué pasa. Dime qué es lo que estás pensando. Te aseguro que sé escuchar.

Luke la estaba mirando perezosamente, y Miranda se llevó la copa a los labios con la esperanza de recuperar el valor que había sentido hacía un par de horas.

—¿Vas a echarme de menos, querida? ¿Quieres que te obsequie con un par de noches inolvidables para así, cuando estés sola en tu fría cama de Londres, tener algo en lo que pensar? Quizá, de esa manera, con los ojos cerrados, podrás acariciarte a ti misma y…

—¡Eso es una grosería! — exclamó Miranda; sin embargo, las palabras de Luke la sofocaron.

—Soy un hombre muy rudo, ¿verdad? ¿Es por eso por lo que te excito? ¿Te gusta que no me parezca en nada a esos niños mimados con los que sales?

El deseo de Miranda se intensificó

—¿Es a eso a lo que estás jugando? — Luke se inclinó hacia ella y le acarició un mechón de cabello —. ¿No te he prestado suficiente atención y es por eso por lo que, ahora que estás a punto de marcharte, intentas hacerte notar?

—Yo… — Miranda se interrumpió, no podía continuar, no podía hablar.

—Me parece que a tu padre no le gustaría — Luke le soltó el cabello.

—¡Mi padre no está aquí!

—Ah — Luke sonrió —. No está aquí, ¿verdad? En ese caso, dime, ¿qué quieres hacer ahora? Eres tú quien sabe las reglas del juego.

Miranda respiró profundamente.

—Vamos, no seas tímida.

—Esto es ridículo — dijo ella por fin, alzando la barbilla.

—El deseo no tiene nada de ridículo — le informó Luke seriamente —. ¿Quieres que tome las riendas de la situación, Miranda?

¡Como si eso fuera a ayudarla! Miranda intentó enfadarse; no obstante, la idea de que él tomara el control de la situación la excitó aún más.

De repente, Luke se levantó, se acercó a las ventanas y corrió las cortinas. Después, encendió dos pequeñas lámparas de mesa antes de volverse a sentar; esa vez, en un sillón.

—Desnúdate.

—¿Qué?

—Que te desnudes — repitió él —. No tiene por qué darte vergüenza; al fin y al cabo, ya te he visto desnuda. Aunque, por supuesto, una mujer desnuda, pero, dormida, es muy diferente a una mujer desnuda y despierta.

—¿Quieres ver cómo me desnudo? — preguntó Miranda perpleja.

Luke sonrió.

—Lo dices como si fuera algo perverso. No me digas que, cuando haces el amor, te metes en la cama vestida y te quitas la ropa debajo de las sábanas.

—No, pero…

—Siempre hay una primera vez para todo.

Despacio, Miranda se levantó y se puso delante de él. Se sintió vulnerable, pero también muy excitada. En el momento en que se tocó el bajo de la camiseta para sacársela por la cabeza, la sensación de vulnerabilidad desapareció, y sonrió cuando le vio inclinarse ligeramente hacia delante.

Lentamente, empezó a subirse la camiseta, descubriendo su piel desnuda… A Miranda le encantaba su ropa interior, siempre la elegía con sumo cuidado. Su sujetador, por supuesto, era de encaje negro. Le oyó lanzar un gruñido de intensa satisfacción cuando tiró la camiseta al suelo.

No tenía importancia que, al principio, él no hubiera mostrado interés sexual en ella porque ahora sí lo mostraba. Inequívocamente. Y eso la excitó aún más.

De hecho, ningún hombre la había excitado tanto en su vida. La penetrante mirada azul de Luke paseándose por su cuerpo era un poderoso afrodisíaco.

Deslizó los dedos por la cinturilla de los pantalones de chándal y los bajó hasta que el encaje negro de sus braguitas asomó.

Se bajó los pantalones despacio y, con los pies, los dejó al lado de la camiseta. Pero cuando se llevó las manos a la espalda para desabrocharse el sujetador, él la detuvo.

—Acércate.

Miranda lo obedeció.

—Ahora — dijo Luke recostándose en el respaldo del sillón.

Ella se desabrochó el sujetador y sus blancos senos se vieron libres.

—Tienes unos pechos preciosos — murmuró Luke .— Pezones grandes y bonitos. Déjame tocarlos…

Antes de acercarse más, Miranda, con un desconcertante deseo, se acarició los pezones con las yemas de los dedos, incitándolo.

Por fin, cuando se acercó lo suficiente, Luke le acarició el vientre y subió la mano para tocarle los pechos antes de volver a deslizarla hacia la cinturilla de las braguitas. La caricia fue leve, ligera y seductora.

—Me parece recordar haberte oído decir que no querías complicaciones — Miranda rió con voz ronca.

—Sí, eso dije.

Entonces, él le acarició el sexo por encima del fino tejido de las braguitas. Ella gimió. No estaba segura de que las piernas pudieran soportarla mucho más. Con desesperación, deseó quitarse la única barrera entre su piel y las caricias de ese hombre que continuaba acariciándola.

—¿Te gusta? — preguntó Luke.

Miranda gimió a modo de respuesta.

—¿Y esto? — preguntó Luke antes de sustituir sus dedos por su boca contra el húmedo encaje, pegándosela a la cara mientras le sujetaba las nalgas con las manos.

Ella pudo sentir la provocadora lengua antes de que Luke le pasara los dedos por los muslos para deslizarlos por debajo del elástico de las braguitas y acariciarle el sedoso vello que cubría su sexo.

Luke le bajó las braguitas por fin, dejándola completamente desnuda. Miranda tragó saliva, la acelerada respiración hacía que sus pechos subieran y bajaran. Quería la boca de Luke donde había estado recientemente, quería que la chupara, que la excitase; sin embargo, él se echó hacia atrás y se la quedó mirando con sonrisa de satisfacción.

—Inclínate sobre mí — le ordenó Luke —. Aún no he empezado a saborearte, cariño.

Miranda se inclinó sobre él, apoyando las manos en el respaldo del sillón a ambos lados de la cabeza de Luke, y sus pechos se balancearon delante de la boca de él. Luke movió el cuerpo con el fin de atrapar uno de los pezones mientras que, con la mano, empezó a acariciar el otro.

Miranda quiso gritar de placer.

Él quería tomarse su tiempo, no parecía dispuesto a apresurarse, y ella tuvo que obligarse a moverse al ritmo impuesto por Luke, a pesar de su imperiosa necesidad de alcanzar el éxtasis. El pezón estaba duro y erecto, y Luke lo saboreó sin compasión con boca y lengua. Cuando no pudo soportarlo más, Miranda se sentó encima de él para poder sentir la erección de Luke dentro de los pantalones.

—¿Es que no te vas a desnudar? — preguntó ella con urgencia.

—Cuando llegue el momento. Habíamos decidido que yo me iba a hacer cargo, ¿no?

Miranda asintió.

—En ese caso, échate hacia atrás y déjame continuar con tus hermosos pechos.

En vez de echarse hacia atrás, Miranda se agarró los pechos y se los subió, los pezones parecieron más grandes y más abultados que antes. Las rosadas aureolas asomaron por encima de sus dedos y las miradas de ambos se encontraron cuando él empezó a acariciarle los pezones una vez más. Continuaron mirándose, deleitándose en sus reacciones. Miranda nunca había hecho el amor de un modo tan explosivo, era como si se estuviera descubriendo a sí misma.

Miranda se preguntó si Luke estaría sintiendo lo mismo que ella.

Él se inclinó hacia delante y le chupó un pezón. Miranda le puso una mano detrás de la cabeza para estrecharle contra sí; entre tanto, con la otra mano siguió sosteniéndose el otro pecho, ofreciéndoselo como si se tratara de un fruto maduro.

Mientras Luke le chupaba el sensible pezón, ella sintió la mano de él en la entrepierna y comenzó a moverse al ritmo de las caricias de los dedos de él, gimiendo de placer.

Sin poder aguantar más, Miranda fue a desabrocharle los botones de los pantalones en un desesperado intento por sentirlo desnudo contra sí.

—¿Me deseas tanto como yo a ti? — susurró ella con voz ronca.

—¿Es que no lo notas?

—No lo suficiente.

—En ese caso, será mejor que lo deje claro.

Luke la hizo levantarse y ella, con fascinación, le vio quitarse la camisa antes de ponerse en pie para despojarse del resto de la ropa.

Era un hombre magnífico. En la tenue luz de la estancia, el torso de Luke brilló con la dura perfección de un luchador y, cuando se quitó los calzoncillos, su miembro se alzó, aclamando con orgullo el deseo que sentía por ella.

De pie, delante de ella, le tomó el rostro con ambas manos y la guió hacia el símbolo de su virilidad. Miranda le sintió temblar y lanzar un profundo gemido de satisfacción cuando, con la boca, le acarició el poderoso miembro.

Miranda se dio cuenta de que podía llevarlo al límite del placer con la misma rapidez que él a ella. Le lamió y le chupó hasta que Luke, ya no pudiendo soportarlo más, se apartó de ella.

—Hay demasiado poco espacio aquí para hacerte lo que quiero

hacerte — murmuró Luke.

Miranda lanzó una ronca y quebrada carcajada.

—¿Quieres que subamos? — preguntó Miranda con voz suave.

—No, no creo que pueda llegar arriba sin atacarte por el camino — contestó Luke.

Miranda volvió a reír.

En un rincón del cuarto de estar, había un desvencijado mueble de cajones. Miranda, tras sentarse en el sillón, lo vio acercarse al mueble y sacar de él un edredón, que extendió delante de la chimenea.

—Ven, túmbate aquí — le dijo Luke.

Miranda se le acercó, deleitándose en el placer con que la miraba, devorándola con los ojos. Sintiéndose increíblemente deseable, se tumbó y lo vio de pie, encima de ella, con una pierna a cada lado de su cuerpo desnudo.

—Ábrete a mí, cariño — murmuró Luke.

Ella lo obedeció, estirando los brazos y abriéndose de piernas.

—Y ahora, déjame que te dé placer.

Luke se agachó y le besó la boca y la garganta. Le lamió los pechos, pasándole la lengua por los sensibles pezones, oscurecidos por el placer. Después, siguió bajando su oscura cabeza hasta colocarla en la entrepierna de ella y, en esa ocasión, no había encaje que se interpusiera entre la lengua de él y su ardiente sexo. La lamió y la chupó una y otra vez hasta hacerla arquearse convulsivamente.

Y cuando Luke se dio cuenta de que ella ya no podía soportar más, la penetró. Se movió dentro de ella con ardorosa pasión hasta que ambos alcanzaron un clímax estremecedor y las oleadas de placer, poco a poco, se transformaron en una gloriosa satisfacción.

Miranda, agotada, se quedó adormilada junto a él. No sabía cuánto tiempo llevaba así cuando el estridente sonido del teléfono móvil la sacó de aquel estado.

Luke lanzó un gruñido y pasó las manos por el sofá en busca del teléfono; por fin, sentándose, contestó. Entretanto, Miranda empezó a acariciarle el vientre con las yemas de los dedos.

—Sí — le oyó decir ella —. Sí, perfectamente. Sí. Bueno, está aquí mismo. Hoy ha sido el primer día que ha salido y…

Luke la miró y sonrió traviesamente antes de añadir:

—Creo que el ejercicio la ha dejado completamente agotada.

Luke le pasó el teléfono para que hablara con su padre.

—Espero que no te hayas excedido — le dijo su padre, y ella hizo un esfuerzo por no estallar en carcajadas —. Tienes que tener cuidado con el tobillo. Ya sé que me has dicho que está casi bien del todo, pero no quiero que hagas ninguna tontería.

—No voy a hacer ninguna — tontería, papá — respondió Miranda con los ojos fijos en Luke, tumbado a su lado y jugando con sus pechos.

Miranda le dio un manotazo y le indicó el teléfono.

—Sí. el tiempo ha mejorado mucho. Sí, sí. Te llamaré para decírtelo. De acuerdo, adiós.

Luke le quitó el teléfono de las manos, lo volvió a dejar en el sofá y la miró con una expresión juguetona.

—Así que no vas a hacer ninguna tontería, ¿eh? — Luke se echó a reír y le acarició el pelo —. No sé qué pensaría tu padre si nos estuviera viendo ahora.

—¿Crees que he hecho una tontería? — preguntó ella con cierta angustia.

—Querrás decir que si creo qué hemos hecho una tontería, ¿no? Es posible.

Luke la besó con ternura en los labios, pero Miranda estaba demasiado inmersa en súbitas dudas como para responder.

—¿Por qué dices eso?

—El sexo suele tener repercusiones — contestó Luke acariciándole el vientre —. No eres una niña. Quizá este pobre hombre empiece a hacerse ilusiones respecto a tener la compañía de una mujer en estos solitarios días de invierno en los que cuida la cabaña…

Miranda notó que Luke no había especificado que quisiera tenerla a ella precisamente como compañía, sino a una mujer. Pero ella era la única responsable, ella se le había ofrecido libremente, sin ataduras ni compromisos. En ese caso, ¿por qué sintió de repente pánico al pensar que lo que había sido una experiencia única para ella podía ser algo completamente normal para él?

Miranda respiró profundamente para calmarse.

—Mi padre quiere saber cuándo voy a volver — dijo ella.

—¿Y qué vas a decirle?

—Que llegaré dentro de un par de días, cuando esté segura de que no hay peligro de una tormenta de nieve y pueda esquiar hasta el próximo pueblo. A propósito, ¿a qué distancia esquiando está el pueblo más próximo?

—A un kilómetro; esquiando, se puede decir que está aquí al lado. Yo voy ahí a comprar y, desde allí, tomo el telesilla y vengo esquiando a la cabaña desde donde me deja el telesilla.

—¿Esquías con las bolsas de la compra en las manos? Lo veo un poco difícil.

—No. Llevo una mochila y solo compro lo que me cabe en la mochila — aunque, por supuesto, podría esquiar con las bolsas de la compra en las manos — Luke sonrió maliciosamente —. Soy un esquiador experimentado, no como otros…

—¡Qué modestia la tuya! De repente, Luke la besó con renovada pasión.

—¿Y a ti, te parece esto una tontería? — el cálido aliento de él le acarició el rostro.

—Bueno, casi no te conozco… — murmuró ella —. Y puede que no me creas, pero no suelo acostarme con el primero que se me presente.

Luke le mordisqueó un pezón y ella gimió de placer. Podría pasarse el resto de la vida viendo aquella oscura cabeza paseándose por su cuerpo.

—Para ser alguien que no se acuesta con cualquiera, no se te da nada mal.

—Eso es culpa tuya — respondió Miranda rápidamente.

—¿Debo tomarlo como un halago?

Miranda se encogió de hombros.

—No estoy segura — respondió ella con voz ronca —. Necesito verte actuar algo más para decidir..

—Bruja — Luke se echó a reír.

—Es decir, si es que puedes — murmuró ella —. Personalmente, creo que es un mito eso de que los hombres puedan pasarse así una noche entera…

—En ese caso, me parece que no has conocido al hombre adecuado. Puedes ponerme a prueba todo lo que quieras, cielo — le susurró Luke al oído antes de lamérselo.

Y Miranda se olvidó del oscuro vacío al que tendría que

enfrentarse en el momento en el que volviera a la realidad de lo que siempre había sido su vida.

Capítulo 5

MIRANDA!

Miranda alzó la cabeza.

—¿Qué demonios es lo que te pasa?

—¡Nada!

Miranda bajó la cabeza y contempló el plato con el desayuno que con tanto optimismo se había preparado: beicon, huevos y tostadas. Las tostadas estaban a medio comer, y los huevos sin tocar.

Su padre la miró por encima de las gafas de leer y de la hoja de periódico que sostenía en las manos.

—¿Por qué no comes? — preguntó él.

Su padre decidió dejar de leer y puso el periódico encima de la mesa, centrando su atención completamente en ella. Era un hombre alto, delgado, de cabello plateado y ojos del mismo color que los de su hija. Iba vestido con la ropa que se ponía para jugar al golf. Todos los sábados por la mañana su padre iba al campo de golf con tres amigos, los mismos de siempre, amigos de su época universitaria.

—Vamos, suéltalo — dijo él —. Llevas toda la semana como una sombra. ¿Te encuentras mal, hija?

—No, no me encuentro mal. No tengo hambre, eso es todo.

Él ignoró la explicación.

—¿Qué haces en casa siendo fin de semana? ¿No deberías estar por ahí con esos amigos que tienes?

—No tengo ganas de ir con esos amigos que tengo.

—No me extraña, son una panda de inútiles. Lo único que espero es que no estés así por ese idiota de Freddie.

Miranda lanzó un gruñido de desagrado al oír mencionar aquel nombre. Freddie la había llamado dos veces y, en ambas ocasiones, ella la había mandado al infierno. La segunda vez que la llamó, ella le dijo exactamente lo que pensaba de él, directamente y sin ceremonias. Suponía que no se le volvería ocurrir llamarla.

—No puedes pasarte él tiempo así, sin hacer nada. ¿Me

permitirías recordarte… el curso de diseño que hiciste hace unos años?

Su padre se quitó las gafas, las metió en la funda y esta en el bolsillo de la camisa; después, se levantó y empezó a ponerse el jersey de jugar al golf.

—Quizá te venga bien trabajar — continuó su padre.

—No sabría por dónde empezar — contestó Miranda. — Si quieres, puedo hacer correr la voz en el club. Algunas de las mujeres de los que van al club se pasan la vida entera decorando sus casas; tan pronto como han terminado, deciden que es hora de volver a cambiar la decoración. Y después de hacerlo unas cinco veces, piensan que lo que necesitan es cambiarse de casa. No consigo comprenderlo.

—Ya correré yo misma la voz, papá.

Sin embargo, hacer eso le parecía una hazaña mayor que subir el Everest. Solo de pensarlo se veía presa del pánico. ¿Por dónde empezar? ¿Un anuncio en el periódico? ¿Un anuncio en una revista de decoración? ¿Repartiendo panfletos en la calle anunciándose?

Lo dejaría para la semana siguiente. En esos momentos, tenía otras cosas en que pensar.

Tan pronto como su padre se hubo marchado y se quedó sola, Miranda se tumbó en un sofá, cerró los ojos y revivió el recuerdo de su encuentro con Luke Decroix. Era puro masoquismo.

El último día en la cabaña se despertó muy animada. Habían pasado la noche haciendo el amor. El sol entraba por la ventana, iluminando la habitación. Cuando, adormilada, abrió los ojos, se encontró con los de él, completamente despejados.

—Se te ve muy satisfecha — murmuró Luke con una mirada penetrante —. No estarías pensando en mí por casualidad, ¿verdad?

Luke levantó el edredón y lanzó una mirada a los erguidos pezones rosados de ella; entonces, añadió:

—Sí, estabas pensando en mí.

—¿Qué hora es? — preguntó Miranda, estirándose en la cama doble.

El edredón se le bajó, descubriéndole los pechos. Nunca la había excitado tanto que un hombre la mirase. Luke sabía cómo despertar su deseo sin tocarla.

—¿Qué importancia tiene? Creo que hoy deberíamos olvidamos

de los relojes y de los horarios.

—¿Estás proponiendo que nos pasemos el día en la cama?

—No todo el día, no… — Luke le sopló alrededor del pezón y el aire frío lo endureció aún más.— Pero las mañanas tienen algo especial, ¿no te parece? ¿Para qué darnos prisa cuando podemos…?

Luke volvió a soplar y ella respondió con un suave gemido de placer.

—Charlar — concluyó él, terminando la frase.

—¿De qué quieres charlar?

—De lo que tú quieras, cielo.

En ese momento, Luke le puso una mano en el muslo, asegurándose así de que lo último en la mente de ella fuera charlar.

—No te preocupes por mí, soy todo oídos — añadió Luke con voz suave.

Luke le besó la boca y después todo el cuerpo, dedicándole una extraordinaria atención a sus pechos.

—¿Qué… vamos… a hacer… ? — Miranda se interrumpió y lanzó un gemido de satisfacción mientras él continuaba acariciándole el cuerpo con boca y manos.

Separó las piernas para darle más acceso, dejó que la llevara casi a la cúspide del placer antes de desacelerar el ritmo para, una vez más, volver a torturarla.

—¿Qué estabas diciendo? — preguntó él alzando la cabeza de los pechos de ella.

—¿Qué vamos a hacer hoy? — logró preguntar ella antes de que la boca de Luke se trasladara posesivamente al centro de su excitación.

—¿Por qué lo preguntas? Hoy te toca a ti mimarme… del todo.

Era un día hermoso, claro y brillante, y casi mediodía cuando, por fin, bajaron las escaleras con paso lánguido. Ella se movió por la cocina mientras Luke, sentado en una silla, la veía trajinar mientras le hablaba de sus viajes y le contaba anécdotas relacionadas con estos.

Sus ojos se agrandaron cuando Luke le habló del Lejano Oriente, de Canadá, incluso de China.

—¿Seguro que lo que me estás contando no es una invención? — bromeó ella —. No puedo creer que hayas comido ojos de oveja e insectos.

—Ya sabes lo que dice el refrán: «Donde fueres haz lo que vieres» — Luke se encogió de hombros y sonrió al ver su expresión de incredulidad —. Hay que respetar las creencias y las culturas de los otros. Por eso precisamente es por lo que hoy estás cocinando tú.

Miranda preparó un refrito estilo chino como almuerzo y la sorprendió comprobar que sabía bastante bien.

Nunca la habían entusiasmado las actividades culinarias. La verdad, pensó en ese momento, era que, al igual que con el diseño y que con todo lo demás, carecía de perseverancia. Mientras almorzaban, intentó explicarle a Luke precisamente eso, y la sorprendió la reacción comprensiva de él.

—Si te das cuenta de que no estás satisfecha con tu vida, ¿por qué no haces algo por solucionarlo cuando vuelvas a Inglaterra? — le dijo él haciéndola sentarse encima, hablándole con cariño y ternura.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque…

—¿Porque tienes miedo? — dijo él con voz suave y comprensiva —. ¿Tienes miedo al fracaso?

Luke le acarició el cabello y ella se dio cuenta de que la comprendía, comprendía las cosas que le había contado de sí misma a pesar de no habérselas contado nunca a nadie.

—Es más fácil lograr éxito por ser joven, guapa y despreocupada, que dejar que el mundo te juzgue por tus méritos, ¿verdad? — añadió Luke.

Miranda tuvo que hacer un esfuerzo por no estallar en sollozos. Le ocurría justo lo que él acababa de decir.

Lo que necesitaba era besarlo, no un psicoanálisis. Y cuando él la besó con ternura, ella le respondió con pasión al tiempo que se movía provocativamente encima de él.

Miranda lanzó un suave gemido de desesperación y miró el techo de la casa de su padre.

Revivir la memoria de cómo hicieron el amor era como ver una película. Si hubiera acabado ahí, ahora, aunque seguiría mirando el techo de la casa de su padre, lo haría con la dignidad intacta.

Pero las palabras de Luke sobre su miedo a fracasar habían

echado raíces. Eso junto con el temor a no volverlo a ver nunca más le habían hecho decir algo que debiera haberse callado. Después de hacer el amor, le había preguntado a Luke si quería que se quedara con él en la cabaña.

—Solo unos días más — se apresuró ella a añadir.

—No me parece una buena idea — le contestó Luke tras reflexionar —. No debes esconderte aquí con el fin de evitar enfrentarte a lo que debes enfrentarte al llegar a Inglaterra.

Su rechazo fue un duro golpe.

Luke no la quería con él. Se había acostado con ella porque ella se le había ofrecido, pero no la quería. No era su tipo y, de prolongar su estancia, sería un estorbo para él.

—Has entendido lo que he querido decir, ¿verdad, Miranda?

Y ella se limitó a asentir.

—No estaba hablando de matrimonio ni nada parecido — dijo ella por fin con el fin de salvar el poco orgullo y la poca dignidad que le quedaban.

—Lo sé — respondió él con impaciencia, siguiéndola al cuarto de baño para continuar con la conversación.

—Lo he dicho porque me ha parecido que podía ser divertido — dijo ella mientras se lavaba, incapaz de pedir un momento de intimidad después de lo que habían compartido —. Pero tienes razón, es mejor que me vaya.

Miranda se puso su ropa de esquiar y tuvo que permitirle acompañarla hasta el pueblo más próximo a la cabaña. Tal y como él había dicho, el pueblo estaba muy cerca. Allí, después de tomar una taza de café, se montó en el telesilla que la llevó al lugar donde había estado antes del accidente. Después de recoger su equipaje, se subió a un taxi que la llevó al aeropuerto.

Débilmente, se estiró en el sofá. Su padre volvería de su partido de golf en un par de horas, y no le gustaría verla paseándose por la casa como un fantasma. Quizá no entendiera muy bien la psicología femenina, pero era un hombre astuto y no le llevaría demasiado tiempo darse cuenta del motivo de la inexplicable depresión de su querida hija.

Después de cambiarse de ropa y ponerse un vestido de lana de manga larga y de recogerse el cabello en una cola de caballo, esperó a que llegara su padre y lo recibió con una radiante sonrisa.

—¿Qué tal el partido? — le preguntó ella siguiéndolo hasta la cocina, donde su padre empezó a quitarse los zapatos y los calcetines.

—¿Desde cuándo te interesa qué tal le ha ido a tu padre en el golf? Pero ya que lo has preguntado… ha sido un partido horrible. He metido la pelota en todos los sitios menos en los hoyos. Maldito Gordon, no ha hecho más que reírse a mi costa.

—He decidido buscar trabajo — declaró Miranda de improviso.

Su padre se quedó muy quieto y la miró.

—Estupendo — salió de la habitación que servía para varios menesteres domésticos y que daba a la cocina —. ¿Y qué es lo que te ha hecho tomar esa decisión?

Miranda se encogió de hombros.

—Estoy harta de no hacer nada — miró a su padre y sonrió traviesamente —. Ya soy una persona adulta, quizá me he dado cuenta de que los adultos no se pasan la vida divirtiéndose, sino trabajando y sufriendo.

Su padre se echó a reír y le dio una palmada en la cabeza antes de dirigirse a la tetera de calentar el agua.

—Así se habla. Dime, ¿por dónde vas a empezar?

—Voy a acercarme a la escuela de diseño para ver qué consejo pueden dar a las vagas como yo que quieren empezar a trabajar después de años de desperdiciar el tiempo.

—Quizá yo pueda ayudarte — dijo su padre.

—¿Con la gente del golf?

—Algo así. No olvides que tienes mucho talento, solo hace falta mirar tu portafolio para darse cuenta de ello.

Desgraciadamente, fue lo contrario a lo que le dijeron el lunes siguiente en la escuela de diseño, su portafolio era muy escaso. Además, habla pasado demasiado tiempo desde que finalizó su curso, las ideas habían avanzado, las de ella se habían quedado atrás. ¿Tenía contactos? Al parecer, ese era otro problema. Al final, le aconsejaron hacer un cursillo para ponerse al día.

Miranda salió de la escuela con un montón de folletos sobre nuevos cursos.

En vez de regresar a su casa para pasarse el día pensando en su falta de experiencia, Miranda se fue a almorzar con unas amigas. Habló de Freddie, pero no de Luke. En los pequeños círculos en los

que se movía, los rumores se extendían como el fuego.

A las seis y media de la tarde, entró abatida en su casa, sin trabajo y harta de su existencia sin sentido.

—Miranda, cariño — su padre salió del cuarto de estar con una copa en la mano.

Ella se estaba quitando el abrigo en el vestíbulo mientras se preguntaba qué iba a hacer con la lista de cursillos que no habían logrado despertar su interés.

—Papá, ¿cómo es que has vuelto tan pronto a casa hoy? — Miranda dejó el abrigo en la barandilla de la escalera, una costumbre que su padre encontraba deplorable, y se pasó los dedos por los cabellos —. No me digas que has decidido tomar la jubilación anticipada.

—¿Has tenido suerte con tu asunto?

Miranda lo miró con expresión apesadumbrada.

—Al parecer, necesito un portafolio mucho mayor y un montón de contactos, aunque ninguna de las dos cosas me serviría de nada porque mis ideas están pasadas de moda — Miranda indicó a su padre los folletos —. Me han aconsejado hacer un cursillo para ponerme al día, pero también me han advertido que, como es un campo de trabajo tan competitivo, quizá tampoco me sirviera de mucho.

—Bueno, no te preocupes, es posible que yo tenga la solución — dijo su padre con satisfacción.

—¿Cómo es eso, papá? ¿Vas a ofrecerme trabajo en una de tus empresas? ¿Quieres que te decore la oficina? — Miranda sonrió traviesamente —. Nunca me han gustado esos marrones y cremas, demasiado pasados de moda.

—Ven al cuarto de estar a tomar una copa — su padre le guiñó un ojo antes de girar sobre sus talones. Miranda lo siguió —. Y no tiene nada que ver con los marrones y los cremas de mi oficina.

—¿Con qué tiene que ver entonces?

En vez de responder, su padre se hizo a un lado para hacerla pasar por delante de él al cuarto de estar.

Miranda se paró en seco tras cruzar el umbral de la puerta.

¿Qué demonios estaba haciendo él ahí? ¿Qué estaba haciendo Luke Decroix en casa de su padre, sentado en uno de los sillones de su padre, con una copa en la mano y el otro brazo apoyado en el del sillón?

Miranda parpadeó.

—Creo que os conocéis — dijo su padre a sus espaldas.

Luke Decroix, por motivos que ella desconocía, había abandonado su trabajo al cuidado de la cabaña y había ido a Inglaterra.

—¿Qué quieres beber, hija? — preguntó su padre, sospechosamente animado.

—¡Agua! — exclamó ella; pero pronto recuperó el control sobre sí misma y se aclaró la garganta —. Pensándolo mejor, un vaso de vino. Gracias, papá.

—Bueno, volvemos a encontramos — Luke, que la había seguido con la mirada hasta el sofá en el que se había sentado, sonrió y alzó la copa que tenía en la mano a modo de saludo.

Miranda estuvo a punto de ahogarse.

—Qué sorpresa, ¿verdad? — le dijo su padre al darle la copa de vino.

—Me he quedado sin habla — logró contestar ella antes de beber vino con la esperanza de que le aclarara las ideas.

—Estás un poco pálida — comentó Luke burlonamente.

—No ha tenido un día muy bueno, por lo que acaba de decirme — comentó su padre —. No me extraña que la pobre chica esté tan blanca como la pared. Está obsesionada con ponerse a trabajar.

—Papá, no estoy obsesionada, lo estoy pensando.

—Me parece que los días que ha pasado en tu cabaña le han abierto los ojos.

—¿Su cabaña? Miranda abrió la boca para aclararle la situación a su padre respecto a ese punto; sin embargo, antes de poder pronunciar palabra, Luke entró en la conversación y empezó a engatusar a su padre con un largo y filosófico discurso sobre el aislamiento como la mejor cura para aclararse las ideas y recuperar la perspectiva. Y, por supuesto, su pobre padre le estaba creyendo todo.

—Bueno, ¿qué es lo que te ha traído aquí? — preguntó ella,

interrumpiendo el monólogo de Luke sobre las virtudes del aislamiento.

—Te estoy aburriendo, ¿verdad? — inquirió Luke con un tono seco.

—No, en absoluto. Lo que pasa es que no comprendo qué es lo que estás haciendo aquí cuando deberías estar en Francia. Me refiero a…

—Así que no hay mucho trabajo en el campo del diseño, ¿eh? Es un mercado muy competitivo.

—Eso ya lo sé — le espetó Miranda mientras su padre se aclaraba la garganta para recordarle sus modales —. He pasado dos horas oyéndole decir eso a la directora del departamento de diseño, así que no hay necesidad de que sueltes otro sermón sobre la imposibilidad de encontrar trabajo en el campo del diseño. Y aún no has contestado a mi pregunta.

—La verdad es que he venido a ayudarte.

Luke sonrió mientras ella pensaba qué había querido decir con eso.

Le vio dar unas palmadas en un portafolios en el que ella se fijó por primera vez desde su entrada, un portafolios que había en el suelo junto a él.

—Me parece que os voy a dejar para que habléis de esto con tranquilidad — dijo su padre, empezando a levantarse de su asiento.

—¡No es necesario que te vayas! — declaró ella casi gritando.

La idea de quedarse con Luke a solas en el cuarto de estar la hizo sudar. Luke la había utilizado, decidió ella, olvidándose de que había sido ella misma quien se le había insinuado.

—Luke ha venido para hablar contigo de negocios — dijo su padre —. Puede que yo dirija unas cuantas empresas, pero no sé nada de diseño y tampoco me interesa.

Su padre miró a Luke y le dedicó una sonrisa radiante antes de añadir:

—Como mi hija sabe muy bien.

En ese momento, Luke sacó unos papeles del portafolios. Miranda, que lo había estado observando con la boca abierta, apretó los dientes con fuerza.

—¿Por qué tienes un portafolios?

—Miranda, hija, por favor, sé razonable — la amonestó su padre.

Ella quiso decirle que, fuera lo que fuese lo que Luke le hubiera contado, era mentira.

—No te preocupes, sé cómo entenderme con tu hija — dijo Luke en tono irónico.

Miranda entendió el doble sentido de las palabras de él e, inmediatamente, sintió que las mejillas se le encendían.

—Dime, joven, ¿te quedarás a cenar con nosotros cuando acabéis con eso?

Miranda abrió la boca, pero antes de poder protestar, Luke asintió con la cabeza y se disculpó por no haber llevado una botella de vino. De haberlo sabido…

—¿Seguro que no tienes ningún compromiso? — preguntó su padre a Luke.

—Nada que no pueda posponer — contestó Luke amablemente.

Tan pronto como su padre los hubo dejado solos, Miranda se quedó mirando a Luke fijamente.

—¿Te importaría decirme qué te traes entre manos? ¡Cómo te atreves a engañar a mi padre y a meterte en su casa con sabe Dios qué propósitos! ¡Cómo te has atrevido!

—No pareces muy contenta de verme — observó Luke con aire perezoso —. ¿Por qué no iba a venir? ¿Después de todo lo que hemos compartidos?

—¿Cómo has averiguado dónde vivo?

—He llamado por teléfono a tu padre.

—¿Y qué le has dicho para conseguir que te invitara a nuestra casa?

—Le he dicho que tengo un trabajo para ti.

Miranda lanzó una incrédula carcajada.

—¡Bueno, pues se va a enterar inmediatamente de que ese trabajito no es más que una invención tuya! ¡Voy a decirle quién eres realmente!

Lo cierto era que la presencia de Luke le había causado una especie de estado histérico. También le recordó el amargo sabor del rechazo. Tuvo que reprimir el impulso de estrangularlo.

Pero Miranda también notó, de repente, que Luke parecía perfectamente cómodo en aquel ambiente y nada preocupado por

que se descubriera su supuesta mentira.

—¿Por qué crees que he venido aquí, Miranda?

—Para sacarle dinero a mi padre, aunque no sé cómo — contestó ella groseramente —. ¿Cómo?

—¿Qué es esto? — preguntó Luke, ofreciéndole los papeles que había sacado del portafolios.

Miranda miró el que estaba arriba.

—Mis diseños de la casa de tu jefe — Miranda alzó los ojos y lo miró —. ¿Por qué los has traído? Creía que los habías borrado del ordenador. ¿Qué significa esto?

Inmediatamente, su hostilidad se tomó en confusión.

—¿Sabe tu jefe lo que te traes entre manos?

—Me parece que ha llegado el momento de que tú y yo tengamos una breve conversación — declaró él.

Capítulo 6

MIRANDA bebió más vino, una costumbre que parecía haber adquirido desde su estancia en la cabaña, y se quitó los zapatos. Y cuando fue a dejar la copa de vino en la mesa, se dio cuenta de que las manos le temblaban. Rápidamente, se cruzó de brazos a la altura del pecho.

—¿Para qué has venido? Quiero la verdad — preguntó ella controlando la voz —. ¿Qué estás haciendo con mis diseños y qué le has dicho a mi padre?

—¿A qué pregunta quieres que conteste primero?

—Me da igual. Lo único que quiero es que contestes a todas y que luego salgas de la casa de mi padre y desaparezcas de mi vida.

En vez de responder, Luke se recostó en el respaldo del sillón y se la quedó mirando por encima del borde del vaso que tenía junto a los labios. Bebió un sorbo de su bebida; después, dejó la copa encima de la mesa auxiliar que tenía al lado y entrelazó las manos.

Durante aquel silencio, Miranda tuvo tiempo de fijarse en él y en la ropa que llevaba, que no se asemejaba en nada a las prendas usadas con las que le había visto en la cabaña. Iba muy elegante. Los pantalones eran de sastre y la camisa azul se veía cara. Aunque, por supuesto, podía haberse vestido así para ir a ver a su padre y dar una falsa impresión si lo que tenía en mente era sacarle dinero.

—No le he dicho nada a tu padre sobre lo nuestro — declaró Luke bruscamente.

—¡Lo «nuestro» no existe! ¡No hay nada entre los dos!

—Está bien, lo diré mejor. No le he dicho a tu padre que su niña querida decidió lanzarse a pasar dos días de apasionada aventura amorosa sin compromiso de ningún tipo. No me ha parecido apropiado.

—Yo no me lancé…

—Sí, claro que lo hiciste. Pero no te preocupes, seguirá siendo nuestro pequeño secreto.

¿Estaba Luke ahí para hacerle chantaje?

—Si has venido a chantajearme…

—¿Qué? — respondió él mirándola fríamente.

—¡Sería tu palabra contra la mía! Mi padre me creería a mí.

—Tranquilízate, no me dedico a esa clase de juegos. Por si te interesa saberlo, siento mucho respeto por tu padre…

—¡Cómo si lo conocieras de toda la vida! — exclamó Miranda despectivamente.

Miranda agarró su copa de vino y bebió otro sorbo con el fin de calmarse.

—No de toda la vida, eso no.

A Miranda le llevó unos segundos comprender el significado de esas palabras; cuando lo hizo, se quedó mirando a aquel hombre. Debía estar soñando. En cualquier momento se despertaría y se daría cuenta de que había sido una pesadilla.

Parpadeó, pero Luke seguía allí.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué estás hablando?

Luke se levantó del asiento y empezó a pasearse por la habitación con gesto reflexivo. Después, se sentó en el brazo del sillón que había ocupado antes y estiró las largas piernas.

—Miranda, conocía ya a tu padre. Nos hemos visto en algunas ocasiones.

—Eso es mentira.

—Sé que te parece difícil de creer, pero…

—Es mentira. ¿Por qué me estás mintiendo? ¿Qué es lo que quieres demostrar?

—No estoy tratando de demostrar nada, Miranda — dijo él con impaciencia —. Te agradecería que me escucharás sin interrumpirme. Ya tendrás ocasión luego de dar tu opinión.

Luke se mesó los cabellos y la miró. En otras circunstancias, ella habría disfrutado contemplando a aquel fuerte y alto hombre, seguro de sí mismo. Pero en esos momentos, temiendo lo peor de él…

—Cuando te presentaste en mi cabaña…

—¿Tu cabaña?

Luke le lanzó otra mirada impaciente.

—Exacto, mi cabaña.

—Pero dijiste que…

—Supongo que es demasiado pedir que te calles y me escuches en silencio. Sí, sé perfectamente lo que dije.

Luke volvió a pasearse por la estancia, exasperado, sin hablar.

—¡Te agradecería que te sentaras y me dijeras lo que has venido a decirme! — le espetó ella.

Luke se encogió de hombros y se sentó; pero, desgraciadamente, lo hizo en el sofá, al lado de ella.

Miranda se vio presa del pánico, pero hizo un esfuerzo por controlarlo.

—No te dije exactamente que fuera un guardés — dijo Luke midiendo las palabras —. Lo que hice fue no sacarte de tu engaño, nada más.

—¿Por qué? Esto no tiene sentido.

Miranda sacudió la cabeza. Se sentía como si estuviera en medio de un laberinto del que no consiguiera encontrar la salida.

—¿Que por qué lo hice? La cuestión es que soy el propietario de la cabaña. Sé que te dije que no era mía, pero lo es. Es mi refugio. Todos los años, desaparezco durante tres semanas y me voy allí para liberarme del estrés de la vida cotidiana. No veo a nadie porque no invito a nadie. Es mi tiempo, solo mío. Por eso, puedes imaginarte la poca gracia que me hizo cuando apareciste tú con tu tobillo dislocado y tus modales de niña rica y mimada.

Miranda seguía tratando de reconciliarse con la idea de que aquel hombre era el propietario de la cabaña.

—En ese caso, ¿a qué te dedicas? — preguntó ella completamente confusa.

—Trabajo en Londres.

—Trabajas en Londres — repitió ella con la mente ausente.

—Me pareció típico de una mujer como tú suponer que un hombre como yo, metido en una cabaña que solo ofrece servicios básicos, no podía ser nada más que un pobre guardés. Y admito que tu suposición me hizo gracia. Me hizo gracia y me resultó conveniente. No tenía intención de acabar siendo el centro de atención de una mujer que acababa de salir de una relación e iba en busca del siguiente hombre rico que le saliera al paso.

Miranda sintió que las mejillas le ardían.

—Me mentiste — dijo ella bajando la cabeza.

—Mírame — Luke le tocó las manos y ella dio un respingo como si se hubiera quemado. Sin embargo, lo miró.

—Admito que me convino. Pero cuando me dijiste tu nombre,

me di cuenta de que conocía a tu padre. ¿No te paraste a pensar en lo poco que le preocupó a tu padre que estuvieras en esa cabaña conmigo?

—Creí que… creí que se debía al alivio de saber que estaba sana y salva.

—Claro que estaba aliviado, pero mucho más cuando se enteró de que habías tenido la suerte de dar con alguien a quien él conocía personalmente.

—Pero… ¿cómo es que no te he visto antes si os conocíais?

Luke sacudió la cabeza.

—Miranda, tú no tienes nada que ver con la gente con la que tu padre tiene relaciones profesionalmente. Apuesto cualquier cosa a que no conoces al noventa y cinco por ciento de las personas con las que tu padre hace negocios.

Era verdad, reconoció Miranda.

—Y una de esas personas soy yo. Hace años, tu padre ayudó a recaudar el dinero necesario para poner en marcha el negocio de mi padre; desde ese momento, mi padre y él se hicieron muy amigos. A pesar de que tu padre viene de una familia rica, siente mucho respecto por el trabajo duro y por la gente que consigue el éxito gracias al esfuerzo personal. Por eso respetaba a mi padre. Muchos años después, yo acudí a tu padre para consultarle sobre una empresa que quería comprar y fusionar con la mía.

A Miranda todo le parecía demasiado complejo en esos momentos.

—Así que mi padre y tú mantuvisteis una pequeña charla sobre mí y… ¿decidisteis que era mejor que no supiera quién eras? ¿Cómo ha podido hacerme eso mi padre? ¿Y cómo has podido hacérmelo tú?

Las lágrimas asomaron a los ojos de Miranda.

—No fue así exactamente — dijo Luke suavemente —. Hablé con tu padre por teléfono y…

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Te fuiste a la cocina para hablar…

—Le dije que estabas conmigo y le conté que creías que era un guardés. A tu padre le hizo gracia, nos reímos un poco de eso y luego dijo que quizá fuera buena idea dejarte que siguieras creyéndolo porque, en su opinión, no te iba a venir mal trabajar

algo. Yo me mostré de acuerdo.

—¡Trabajar algo!

—Por favor, Miranda, no te exaltes — dijo Luke seriamente —. Trata de verte a ti misma como te vería una persona que no te conoce. Has llevado una vida privilegiada, mimada por tu padre… Dudo mucho que haya habido alguien que, automáticamente, no haya hecho lo que tú has querido. Créeme, tu padre no tuvo que hacer grandes esfuerzos para convencerme de que te siguiera la corriente. Yo colaboré plenamente. Pensé que te haría bien no salirte con la tuya por una vez en la vida. Además, no tenía intención de ceder a los caprichos de una niña rica.

—¿Y qué fue lo de dejarme jugar con tu ordenador, parte del cursillo educativo? — inquirió ella con amargura.

—La verdad es que me pareció que podría ser algo que te mantuviera ocupada — contestó Luke secamente —. Tu padre mencionó que tenías talento y a mí me entró la curiosidad por ver si era verdad o no.

—Y, por supuesto, los diseños eran para tu casa, ¿no? — dijo Miranda.

—Sí, mi casa.

—¿Y lo de hacer el amor? — preguntó ella de repente —. ¿Qué fue eso, parte del cursillo para convertirme en una mujer adulta y responsable?

Miranda hizo un esfuerzo por contener las náuseas.

—Eso fue… eso fue algo inesperado.

—¿Debo sentirme halagada? ¿Alegrarme de que no formara parte del plan? ¿Quieres que te lo agradezca?

—No había ningún plan.

Miranda lanzó una amarga carcajada cargada de lágrimas contenidas.

—Deja de ser tan egoísta — le dijo él —. A tu padre le pareció que te podía venir bien la experiencia de, por ejemplo, cocinar, buscarte entretenimientos tú sola, hacer un millón de cosas que jamás has hecho porque no has tenido necesidad de hacerlas.

Luke lanzó un suspiro y añadió:

—Puede que te sientas traicionada, pero piensa un poco. Ahora al volver a Inglaterra, no te ha apetecido volver a tu vida de siempre, ¿verdad?

Miranda se negó a contestar.

—¿Te ha apetecido o no? — insistió él duramente.

—Yo…

Miranda alzó sus ojos azules y lo miró.

—Has ido a buscar trabajo porque no puedes soportar la idea de volver a esa vida sin sentido que llevabas, ¿no es cierto? Estás harta, ¿verdad, Miranda? Harta de ir con la misma gente a los mismos sitios para hacer lo de siempre. Has tenido tiempo para pensar…

—¡Y supongo que tengo que darte las gracias por ello!

—Y quieres cambiar de vida — concluyó él —. Y es por eso por lo que te has puesto a recorrer las calles de Londres en busca de trabajo.

—No he hecho cosa semejante — le informó Miranda —. No me he puesto a recorrer ninguna calle, he ido a la escuela de diseño, nada más.

Luke se encogió de hombros con gesto de no darle importancia a ese último punto.

¡Y ese era el hombre del que se había enamorado! Le resultó difícil comprenderlo, a pesar de saber que, al margen de lo que él había hecho y dicho, seguía atrayéndola locamente.

—A la escuela de diseño en la que te han dicho el precio que tienes que pagar por años de despreocupado abandono.

—No es necesario ser un genio para llegar a esa conclusión — le espetó ella —; sobre todo, teniendo en cuenta que mi padre te lo ha dicho.

—¿Cómo te encuentras? — preguntó él súbitamente.

Miranda, sorprendida por el suave tono de voz, lo miró a los ojos. Si Luke creía que iba a admitir que lo que le había dicho tenía sentido estaba muy equivocado. Se sentía como un conejillo de Indias.

Ahora comprendía perfectamente por qué Luke no había querido que se quedara unos días más en la cabaña, el experimento había concluido y el conejillo de Indias debía volver a casa.

Con autocompasión y sentimiento de víctima, respiró profundamente y trató de recuperar la compostura.

—Nunca me he sentido mejor — contestó ella con voz gélida —. Acabo de descubrir que he sido la víctima de una trama planeada

entre mi padre y tú, y también que me hizo el amor alguien que, probablemente, no me soportaba y sigue sin soportarme. ¿Por qué no iba a sentirme bien?

Luke la miró empequeñeciendo los ojos peligrosamente.

—¿Quién ha dicho que no te soportara? Y si lo que quieres es insultar a mi inteligencia al sugerir que he hecho el amor con una mujer a la que no soporto, lo has conseguido. Jamás le he puesto el dedo encima a una mujer que no me gustase y espero no hacerlo nunca.

Algo era algo, pensó Miranda con resentimiento. Al menos, le gustaba, aunque eso no significara nada.

—Y mientras sientes compasión de ti misma y te tragas el orgullo herido, ¿por qué no te paras a pensar en mí un momento?

—¿En ti? — preguntó ella con incredulidad, acompañada de una histérica carcajada —. ¿Por qué iba yo a pensar en ti?

—Sean los que sean los motivos por los que crees que hice el amor contigo, piensa en los tuyos, puede que la integridad de estos sea bastante cuestionable.

Miranda se quedó boquiabierta.

—Te presentaste a mi puerta quizá no con el corazón destrozado, pero sí con el orgullo ligeramente herido por lo de Freddie. Consciente o inconscientemente, ¿qué mejor manera de recuperar el ego herido que teniendo una aventurilla con un sano y robusto campesino?

—Tú no eres un campesino — fue lo único que se le ocurrió decir a Miranda para refutar las palabras de él, no faltas de lógica, pero completamente equivocadas.

Sin embargo, ¿cómo iba Luke a imaginar siquiera el pánico que le entró cuando se enfrentó a la idea de no volverlo a ver?

Decidió que había llegado el momento de cambiar de conversación y señaló los papeles con sus diseños.

—Así que has venido a ofrecerme trabajo, ¿no? ¿Te lo ha sugerido mi padre?

—No, tu padre no me ha sugerido nada — Luke agarró los papeles.

—No necesito tu compasión — le informó Miranda —. No he tenido mucha suerte en la escuela, pero confío en lograr trabajo por mi misma. Quizá vaya a buscar trabajo en alguna empresa de

diseño para empezar; después, ya veré.

—Lo que te ofrezco es que trabajes para mí.

—¡No necesito tu ayuda!

—Por supuesto, tienes que hacer algunos cambios, mejorar un par de cosas.

—¿Mejorar un par de cosas? — repitió ella enrojeciendo de ira.

—No tienes por qué alterarte — Luke revolvió entre los papeles que tenía encima de las piernas y sacó uno de ellos, el del plano de la cocina —. Jamás conseguirás trabajo si te alteras así cada vez que tu cliente te hace un comentario.

—¡Tú no eres mi cliente!

—No me gusta esta encimera en el centro, ocupa mucho espacio y no necesito tantos armarios para guardar cosas. Es innecesario.

Miranda le quitó el papel e indicó una parte del dibujo con un dedo.

—Solo hay armarios a un lado. En el otro lado, hay espacio para taburetes con el fin de que te puedas sentar y comer algo rápido y de forma informal. También hay sitio para un televisor con el fin de poder comer y ver la televisión al mismo tiempo.

Antes de echarse hacia atrás con el fin de darle tiempo para darse cuenta de su error, Luke sacó otro papel y le indicó las estanterías que ella había diseñado para su estudio. Y después de preguntarle sobre dimensiones, le informó que no le había dejado espacio suficiente para trabajar.

—¿Para qué necesitas un estudio tan grande si tienes un despacho en Londres'? — inquirió ella despectivamente.

—Esa no es la cuestión, la cuestión es que quiero un estudio grande. Además, para tu información, tengo intención de trabajar más tiempo en casa y menos en Londres. Seguiré con mi apartamento en la ciudad, pero lo voy a utilizar solo cuando no me quede más remedio que pasar la noche aquí. Y otra cosa, no has dejado espacio para la piscina.

Aquello era ridículo. No obstante, se sintió obligada a hacerle la observación de que no le había mencionado ninguna piscina.

—He decidido que quiero una.

—En ese caso, llama a una empresa de piscinas para que te hagan una. Tienes terreno suficiente para diez piscinas si quieres.

—Quiero una dentro de la casa.

—No te cabe.

—En el piso bajo. Más bien un jacuzzi que una piscina — dijo él pensativo —. Con murales en las paredes, un par de columnas estilo romano y un jacuzzi donde pueda relajarme por las noches con una copa de champán.

La imagen evocada fue suficientemente atractiva como para hacerla pensar en las posibilidades inmediatamente. No obstante, Miranda se obligó a volver a la realidad.

—No tiene sentido que hables de esto conmigo, no acepto tu oferta de trabajo.

—De acuerdo.

Con pesar, Miranda le vio recoger los papeles y meterlos en el portafolios.

—Espero que no te importe que otro trabaje sobre la base de tus diseños porque, en conjunto, me parecen muy buenos. Muy imaginativos. Justo lo que quería.

Miranda le lanzó una furiosa mirada.

—¡No puedes darle mis diseños a otro!

—¿Por qué no?

—¡Porque… porque son míos!

—¿De dónde has sacado eso?

—¡Deja de poner esos ojos de inocencia! ¡Sabes perfectamente que yo he hecho ese trabajo!

—En lo que a mí concierne, no mencionaste nada de dinero cuando los hiciste.

—¡Porque no se me ocurrió que fueras a utilizarlos!

—Tu padre se va a sentir muy desilusionado. En fin, qué le vamos a hacer. Estás decidida a buscar trabajo por ti misma, aunque eso suponga rechazar el que yo te estoy ofreciendo y por el que te pagaría bastante, además de las ventajas que le supondría a tu portafolio. La gente te habría tomado en serio después de un trabajo como este; sobre todo, al saber la identidad del cliente. Puede que no se sepa quién soy en los círculos de los niños ricos de moda y en los clubs deportivos exclusivos, pero se me conoce en el mundo de las finanzas. Se te habrían abierto muchas puertas. En fin, tú sabrás lo que haces. ¿Te parece que vayamos ya a reunimos con tu padre?

Luke se levantó y se volvió para mirarla.

—¡Tienes toda la razón! Si voy a trabajar en el campo del diseño, lo haré a mi manera, sin ayuda de nadie.

—Porque tú jamás aceptarías ayuda de nadie, ¿verdad, Miranda? — comentó él en tono ligero.— No me extraña, nunca has necesitado ayuda. Siempre has sido el centro de atención y nunca has necesitado nada hasta el punto de tener que recurrir a pedir ayuda para obtenerlo.

—Porque jamás aceptaría ayuda de ti.

—En ese caso, no me va a crear ningún problema de conciencia darle a otro los diseños que has hecho y que esa persona se lleve los laureles. No te equivoques, me ayudarías tú a mí.

—No quiero ayudarte.

Los ojos del uno se clavaron en los del otro. Aunque Luke estaba esperando a que ella se levantara para salir de la habitación, Miranda descubrió que no podía moverse.

—El orgullo provoca muchas caídas, Miranda — murmuró Luke.

El peso de la derrota hizo que se le hundieran los hombros. Derrota y reto. El reto que suponía enfrentarse a ese hombre otra vez, a pesar de lo mucho que la había humillado.

—La única razón por la que voy a aceptar este trabajo es porque me has amenazado con darle mis diseños a otro.

Luke volvió a sentarse, se recostó en el respaldo del sofá y cruzó las piernas a la altura de los tobillos.

—Y tampoco significa que acepte el modo como te has portado conmigo. Te has burlado de mí.

—Eso es una tontería.

Miranda no estaba dispuesta a entrar en una discusión sobre el porqué de lo que había ocurrido o había dejado de ocurrir. Luke y su padre le habían tendido una trampa con el fin de enseñarle una lección. A ella le daban igual las razones que Luke le ofreciera, se sentía víctima de un ejercicio destinado a humillarla.

Sin embargo, él tenía las mejores cartas y lo sabía. Ella había cambiado, quizá lo hubiera hecho de todos modos, sin su interferencia. Pero quería el trabajo que Luke le estaba ofreciendo y él llevaba la voz cantante.

—No voy a volver a mencionar nada de lo ocurrido; lo pasado, pasado está. Trabajaré para ti, pero va a ser una relación exclusivamente profesional.

Miranda extendió una mano, pidiéndole así sus diseños, y Luke le lanzó una perezosa mirada.

—No tan rápido. ¿Por qué piensas que voy a darte los diseños sin firmar antes un contrato?

Miranda le lanzó una mirada ofendida.

—¿No te fías de mí?

—En el mundo de los negocios, nadie se fía de nadie — le respondió él en tono ligero —. En los círculos en los que me muevo, se trata de la supervivencia del más fuerte. Te sorprendería saber cuántos logran sobrevivir a expensas de otros.

—Supongo que tú incluido, ¿no?

—Estás decidida a pensar mal de mí, ¿verdad?

—¿No lo harías tú si estuvieras en mi lugar? — le espetó Miranda —. Podrías haberme dicho la verdad…

—¿Cuándo? — preguntó él seriamente —. A lo mejor quería hacerlo, pero no encontré el momento.

—¿Qué más mentiras me has contado? — preguntó ella con voz débil —. ¿Estás casado? ¿Tienes novia?

—Conoces perfectamente las respuestas a esas preguntas, así que no comprendo por qué las has hecho.

—No sé nada de ti — contestó ella.

—No tengo esposa y no tengo novia. Y tampoco tengo hijos ilegítimos.

—Me sorprende que no haya montones de mujeres esperando a que les prestes un poco de atención.

¿Por qué había dicho eso? ¿No quería mantener su relación exclusivamente a un nivel profesional? Al parecer, su corazón iba por un lado y su cabeza por otro.

—Al fin y al cabo, como tú mismo has dicho, eres soltero, rico y atractivo — añadió Miranda —. ¿No fue precisamente por eso por lo que te prestaste encantado a hacerte pasar por un guardés que se daba por satisfecho con cortar troncos y cuidar de la propiedad de su patrón?

—No creo haber visto ningún montón de mujeres agolpadas a la puerta de mi casa últimamente. Rompí con mi última novia hace seis meses — Luke lanzó una carcajada al notar la expresión de incredulidad de ella —. Mi novia quería matrimonio, hijos y todo lo demás, y yo no podía dárselo.

—Así que te portaste como un caballero, ¿no? — dijo Miranda sarcásticamente —. ¿Cómo era?

—Alta y morena — Luke se encogió de hombros —. Con una extraordinaria seguridad en sí misma.

«Al contrario que yo», pensó Miranda con un ataque de celos.

—¿A qué se dedicaba?

—¿Te refieres a cómo se ganaba la vida?

Ella asintió, decidida a seguir por ese camino aunque era como caminar sobre ascuas.

—Era abogada.

—Ah, abogada. No me extraña que yo te pareciese un cero a la izquierda.

—No es eso lo que me pareciste.

Pero Miranda siguió recreándose en su masoquismo.

—Una chica con el orgullo herido en busca de un hombre rico que sustituyera al anterior — lo miró con ira —. ¿Qué te hace pensar que no vaya a utilizar mis artimañas femeninas contigo ahora que sé lo que vales?

Luke sacudió la cabeza y se puso en pie.

—Tu padre debe estar preguntándose qué nos ha pasado — dijo Luke acercándose a la puerta; después, esperó a que ella lo siguiera —. Tendré el contrato preparado para que lo firmes el miércoles; después, iremos a mi casa para que te la enseñe.

—¿Los dos?

—Es mi casa, Miranda — respondió Luke en tono burlón —. Y tengo intención de participar en el proceso. Así que, si eso va a ser un problema para ti, será mejor que me lo digas ahora.

—¿Un problema? ¿Por qué iba a ser un problema? — Miranda ladeó la cabeza —. Como ya te he dicho, Luke, de ahora en adelante nuestra relación será exclusivamente profesional.

Capítulo 7

TRES semanas más tarde, Miranda apenas recordaba qué le hizo suponer que Luke sólo aparecería ocasionalmente para ver cómo progresaba el trabajo en su casa.

Desde luego, lo que no había imaginado era que lo tendría merodeando por allí todo el día, casi todos los días, mientras ella vigilaba a los trabajadores y les decía lo que tenían que hacer. Cada vez que agachaba la cabeza para examinar algún aspecto de sus diseños con el fin de poderlo discutir con Tom, el arquitecto, la oscura cabeza de Luke siempre estaba al lado de la suya, examinando el mismo plano, haciendo preguntas, señalando algún cambio menor en el diseño original.

Luke no parecía tener otra cosa que hacer, y la estaba volviendo loca.

Por consiguiente y, debido al constante contacto, Miranda se sentía excesivamente consciente de su presencia. Casi, sin verlo, podía sentirlo. Y dado que Luke nunca la avisaba de cuándo iba a aparecer, ella se pasaba el día en una constante tensión nerviosa. El hecho de que estuviera muy orgullosa de su trabajo le servía de poco consuelo.

—¿No tienes otro sitio en el que colocarte? — le preguntó ella con irritación un día a primeras horas de la tarde.

Miranda estaba examinando uno de los dormitorios con la intención de visualizar cómo se vería y qué color de muebles sugerirle.

—Sí.

Luke se acercó al ventanal y se apoyó en el alféizar plantándose directamente frente a ella. Como de costumbre aquellos días, Luke se había quitado la chaqueta del traje para sustituirla por una vieja de lana y llevaba unas botas llenas de barro.

Aunque las obras no eran de excesiva envergadura, la casa no estaba para llevar ropa de calle. La casa entera estaba en obras.

—Sigues estorbándome.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy tratando de imaginar que desapareces y me dejas hacer mi trabajo.

—No sabía que te molestara… — Luke arqueó las cejas con gesto inocente y Miranda chascó la lengua para demostrarle su impaciencia.

Luke había respetado su requerimiento de mantener la relación estrictamente profesional. No había mencionado la cabaña ni una sola vez, ni la experiencia que a ella le había cambiado la vida. Quizá, para él, no hubiera significado nada. Sin embargo, su caso era completamente diferente.

—Pues sí, me estás molestando — replicó Miranda sin poder evitar posar los ojos en aquel formidable cuerpo.

—Me parece que estás cansada — comentó Luke. Miranda le lanzó una irónica mirada.

—Estoy cansada de que me sigas a todas partes.

Miranda suspiró, se sentó en el suelo, apoyó la espalda en la pared y cerró los ojos. Bostezó y se dio cuenta de que la observación de Luke había sido muy acertada. Estaba cansada y tenía hambre.

—Luke, ¿no tienes que atender a tus negocios? Creía que solo podías permitirte tres semanas de descanso al año.

Con los ojos aún cerrados, Miranda le sintió acercarse, oyó sus pasos y el roce de su ropa al sentarse a su lado.

Tembló involuntariamente y se preguntó si Luke se había dado cuenta de su reacción. Se había pasado aquellas tres semanas haciendo ímprobos esfuerzos por controlarse a sí misma y disimular el efecto que ese hombre tenía en ella.

—El vicepresidente se está encargando de mis asuntos — murmuró él, acariciándole el oído con el aliento —. Además, tengo teléfono y un ordenador portátil para mantenerme en contacto por si hace falta.

Tras esas palabras, ambos guardaron silencio durante unos momentos.

De repente, Miranda notó un silencio más profundo que el que había entre ambos, un silencio imposible cuando había obreros en la casa trabajando. Inmediatamente, abrió los ojos.

—¿Dónde están los obreros?

—Se han ido ya. Les he dejado que se marcharan antes, es viernes

—¿Que se han ido? Pero si solo son… — se miró el reloj y jadeó —. ¡Pasan de las seis ya! Tengo que marcharme.

Miranda se puso en pie y rebuscó en los bolsillos de su chaqueta en busca de las llaves del coche.

—Tengo que volver a Londres inmediatamente, se me ha hecho muy tarde. Debería haberme ido a eso de las cinco.

—¿Adónde tienes que ir?

Miranda bajó las escaleras corriendo y él la siguió.

—¿Dónde he puesto los libros?

Los encontró en el suelo al lado de la ventana que había abajo al lado de las escaleras. Los agarró, se sacó las llaves del coche de un bolsillo, salió y abrió la portezuela del vehículo.

—Te he preguntado que adónde vas.

—Voy a salir esta noche.

—Tendrás que cancelar el compromiso — dijo él, haciéndola detenerse antes de entrar en el coche.

—¿Qué quieres decir? Quedé hace una semana y no tengo intención de cancelar nada. ¡Llevo semanas sin salir a ningún sitio!

—Lo siento — dijo él con calma, pero sin dar la impresión de estar ofreciendo una disculpa.

—Mi tiempo libre no te pertenece.

—Completamente de acuerdo. Sin embargo, tengo que marcharme al extranjero el jueves y Tom quiere que, antes de marcharme, me decida sobre dónde quiero el invernadero. Y, por supuesto, tengo que discutirlo contigo.

—¿No puede esperar? — preguntó Miranda, temiendo que tendría que olvidarse de la obra de teatro que iba a ver con sus amigos.

—¿Y lo tuyo, no puede esperar?

—¿Cuánto tiempo necesitas para que hablemos de ello?

—Una hora como máximo — respondió él, permitiéndole subirse al coche —. ¿Por qué no nos reunimos…? ¿A las ocho te parece bien? En la brasería Searpetta, en Hampstead. Hablaremos del invernadero mientras cenamos.

Miranda se pasó la lengua por los labios con gesto nervioso mientras trataba de pensar en una disculpa. Sin embargo, bajo la azul mirada de Luke, se oyó a sí misma asentir.

Una hora y media más tarde, Miranda se miró en el espejo del

vestíbulo. Estaba radiante. Quizá demasiado radiante, pensó con cierta aprensión; sobre todo, teniendo en cuenta que no quería ir a un restaurante a cenar con él. Al menos, eso fue de lo que quiso convencerse a sí misma.

Se había puesto unos pantalones vaqueros negros y un jersey escotado de color rosa. Un abrigo negro completaba el atuendo.

—Muy guapa — dijo su padre a sus espaldas —. ¿Qué obra de teatro vas a ver?

—He tenido que cancelar lo del teatro — respondió Miranda volviéndose de cara a su padre —. Han cambiado los planes.

—¿Y eso?

Su padre arqueó las cejas y ella sonrió traviesamente.

—¡El teatro es muy aburrido! Mis amigos y yo hemos decidido irnos a París en avión a pasar el fin de semana.

Su padre no ocultó su horror.

—¡No es posible que hables en serio!

Miranda se echó a reír.

—No, era una broma. Lo que ha pasado es que a mi jefe se le ha ocurrido que tenemos que hablar de un asunto de su casa y me ha obligado a cancelar la cita que tenía para ir al teatro.

—¿Que te ha obligado? No creía que fuera posible obligarte a ti a nada.

—Lo comprenderías si lo conocieras mejor — respondió Miranda apesadumbrada —. Ese hombre consigue siempre lo que se propone. Bueno, papá, el taxi va a llegar en cualquier momento. Si me necesitas por cualquier cosa, llámame al móvil.

—Cariño, por nada del mundo se me ocurriría interrumpirte durante una cena con Luke.

Miranda abrió la boca para informar a su padre de que la cena con Luke no iba a tener nada de divertido, pero la llegada del taxi se lo impidió.

La brasería estaba llena de gente, cosa que alegró enormemente a Miranda. No había luces íntimas ni música de fondo; y Luke, que ya estaba sentado a una mesa, esperándola, tenía el portafolios a su lado y estaba examinando unos planos de la casa.

Como Luke estaba concentrado con los planos, Miranda aprovechó la oportunidad para fijarse detenidamente en él. Llevaba un jersey de cachemira de color crema y unos pantalones verde

oscuro. La ropa nunca lograba disimular la perfección de su cuerpo. En todo caso, Luke era uno de esos hombres que despertaban la imaginación de quien lo miraba; cualquier mujer podía darse cuenta de que, debajo de la lana, el algodón y la seda, había un cuerpo perfecto para hacer el amor.

Miranda aún lo estaba contemplando cuando Luke levantó el rostro y la sorprendió. Al momento, las mejillas de ella se encendieron.

—¿Has conseguido cancelar tus planes? — le preguntó Luke guardando los planos mientras ella se sentaba frente a él.

—Si no recuerdo mal, no me has dado alternativa.

—No, ¿verdad?

Luke llamó al camarero y pidió una botella de vino; después, se recostó en el respaldo del asiento y se la quedó mirando sin disimulo.

—Vas maquillada — observó Luke —. Y te has dejado el pelo suelto. Me había acostumbrado a verte con la cara sin pintar y el pelo recogido, ahora me siento como si estuviera con otra persona.

—Siempre me maquillo cuando salgo — contestó Miranda con voz algo ahogada.

—Mmmm. Es una pena que hayas tenido que cancelar tu cena — Luke la observó en silencio mientras el camarero, que había vuelto a la mesa, les servía el vino —. ¿Ibas a ir a algún sitio interesante?

Luke bebió un sorbo de vino sin dejar de mirarla, la expresión de sus ojos era ilegible.

Brevemente, Miranda consideró responderle con una mentira, pero lo consideró una tontería. Luke no la creería si le dijera que tenía pensado ir a París a pasar el fin de semana. En cierto modo, parecía conocerla muy bien. Por ejemplo, sabía que ya no le interesaba la vida superficial que había llevado hasta hacía poco. Se lo había sonsacado durante una de sus interminables visitas a la casa; no obstante, ella también había conseguido enterarse de algunas cosas respecto a él.

—Lo habría sido para mí — respondió Miranda con sinceridad —. Iba a ir al teatro a ver Los Miserables. Ya sé que lleva siglos en cartelera, pero, aunque no te lo creas, aún no he visto la obra.

Miranda pasó las yemas de los dedos por el borde de la copa antes de llevársela a los labios para beber.

—Te creo — confesó Luke con una queda carcajada —. Los horarios del teatro no concuerdan con los de los clubs.

Miranda lo miró y asintió.

—Bueno, da igual. Lo he arreglado para ir el sábado que viene. En fin, querías hablar del invernadero, ¿no? No sabía que hubiera problema con eso.

—No hay problema, es solo que quiero estar completamente seguro de dónde va a ir — murmuró Luke antes de acabarse el vino que le quedaba en la copa —. Al fin y al cabo, esta casa no va a ser como mi piso.

—¿No? — la curiosidad despertó en ella —. ¿Cómo es tu piso? Has despertado la curiosidad de la diseñadora que hay en mí.

Miranda quiso aclarar que no era una invitación a su casa lo que estaba buscando.

—Mi piso es… anodino y muy masculino. Bueno, quizá «masculino» no sea la palabra que lo describa mejor. Lo que le pasa es que carece de un toque femenino, creo que es eso. Todo es muy funcional.

—Creía que te gustaba lo funcional — comentó Miranda en tono ligero antes de decirle lo que iba a comer al camarero. Después, volvió a dirigirse a Luke —. Me dijiste que no te gusta que las mujeres organicen la vida en tu casa, lo que me ha hecho suponer que no quieres jarrones con flores ni adornos.

—Sí, te dije eso, ¿verdad? — Luke pareció reflexionar unos momentos —. Sin embargo, ahora… ahora creo que mi estilo de vida en el piso ha llegado a su fin. He acabado hartándome de los muebles minimalistas, la cocina minimalista y los aparatos de ejercicios en la habitación de huéspedes.

—Así que ahora estás buscando la perfecta casa familiar, ¿eh? — dijo Miranda con una tensa sonrisa.

—Tampoco hay que exagerar. — No obstante, quizá haya llegado el momento de pensar en echar raíces y ver lo que pasa.

—¿Tienes en mente a alguien para hacerte compañía? — Miranda, sintió un nudo en el estómago al hacer la pregunta.

Por supuesto, era natural que un hombre quisiera formar una familia. Quizá la casa le hubiera hecho pensar en ello, o quizá la casa fuera el resultado de esas necesidades. ¿Qué era primero, el huevo o la gallina? Le pareció irónico estar decorando la casa del

hombre al que amaba con el fin de que él pudiera ofrecérsela a la mujer con la que acabaría compartiendo su vida.

—Si no te importa, prefiero no contestar a esa pregunta.

Luke lanzó una carcajada como si respondiera a una broma que solo él conocía.

—¿Tienes intención de tener hijos? — preguntó ella en tono educado, conteniendo una náusea—. Tu casa es ideal para tener familia. Mucho espacio y un jardín muy grande.

—Sí, es ideal para una familia, ¿verdad? Jamás tendría hijos en Londres. Yo me crié en Warwichshire, así que no puedo imaginar lo que es pasar la infancia en el asfalto e ir al parque los fines de semana; es decir, si el tiempo lo permite.

Aquel comentario dio paso a una conversación sobre las ventajas del campo sobre la ciudad durante la excelente cena. Miranda habría disfrutado de la conversación de no haber sido porque, en el transcurso de la misma, sacó la impresión de que ahora había una mujer en la vida de Luke.

Por fin, cuando estaban terminándose los cafés, Miranda recordó el motivo de su encuentro. No habían mencionado aún los planos del invernadero, y Luke sugirió que fueran a su piso para examinarlos con tranquilidad.

—No has venido en coche, ¿verdad? — preguntó él.

Miranda negó con la cabeza.

—Estupendo. En ese caso, mi chófer te llevará a casa cuando acabemos.

—Es un poco tarde…

—Sí, es culpa mía — dijo él humildemente, alzando las manos en señal de disculpa —. Sin embargo, es necesario que veamos los planos juntos antes de que me vaya de viaje, con el fin de que Tom sepa lo que quiero. Si piensas que tu padre va a estar preocupado, ¿por qué no lo llamas por teléfono? Te prometo que volverás a tu casa sana y salva.

Luke le dedicó una encantadora sonrisa y ella no pudo negarse.

Al momento, Luke llamó por el móvil a su chófer para que fuera a recogerlos a la puerta del restaurante.

El trayecto no duró más de veinticinco minutos; sin embargo, a ella le parecieron horas. Oyó a Luke decirle a su chófer que estuviera preparado en una hora. Ella salió del coche hecha un

manojo de nervios; luego, lo siguió hasta el vestíbulo del edificio, de suelos de mármol, y subió con él al tercer piso.

El salón del apartamento parecía sacado de una revista de decoración. Luke no había mentido al decir que el mobiliario era minimalista. La ausencia de colores brillantes resaltaba el negro del cuero de los asientos y la naturaleza funcional de la iluminación. El único objeto que daba calor y color era una alfombra persa en medio del salón.

Pero Miranda no pasó mucho tiempo examinando la decoración de la estancia ni tomando nota mentalmente de los pequeños detalles porque aquel hombre le ocupaba la mente.

Luke la llevó a la cocina, que era casi tan grande como el salón y modernamente equipada, y en la que había una impresionante cafetera.

—Soy adicto al café — dijo él siguiendo la mirada de ella —, sobre todo, al capuchino. La nata espumosa me parece exquisitamente decadente.

Las palabras «exquisitamente decadente» hicieron que Miranda se sonrojara. Recordó un par de cosas decadentes que ella había hecho, y no se referían precisamente al café.

Luke encendió la cafetera y, después de unos minutos, ella se vio con un capuchino en la mano.

A continuación, Luke extendió los planos de encima de la mesa de la cocina. La mesa era de madera negra, simple de líneas, y unas sillas metálicas la rodeaban. Miranda miró las sillas con escepticismo; después, lo miró a él y lo vio sentarse con la taza de humeante café en una mano.

—Esto no tiene sentido — dijo ella con voz débil mientras se acercaba a la mesa para sentarse.

Ahora que se le habían pasado los efectos del vino, tenía la mente clara. Clara, pero confusa.

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

Luke se había quitado el jersey y se había subido las mangas de la camisa hasta los codos. El era intensamente real; sin embargo, ahí, en su apartamento, Miranda se sentía como si acabara de descubrir otra faceta de aquel misterioso hombre. ¿Cuántas caras podía tener una persona? ¿No podía ser ella quien fuera misteriosa? No le extrañaba que Luke la hubiera encontrado superficial, quizá

siguiera pareciéndoselo. Desde luego, no era tan profunda, complicada y enigmática como las abogadas con las que él salía.

—Esto no se parece en nada a la cabaña, ¿verdad? — dijo Miranda con brusquedad —. Aquí todo es negro y metálico, pero el mobiliario de la cabaña es rústico y viejo. ¿Qué clase de hombre eres?

Miranda hizo la última pregunta en tono acusatorio, Luke arqueó las cejas.

—Lo dices como si me consideraras un esquizofrénico que sufriera desdoblamiento de personalidad — comentó él con una sonrisa —. ¿Toda tu ropa es de la misma clase? ¿Todos tus zapatos son del mismo color? Soy un hombre al que le gusta la variedad, como a todos.

—Sabes perfectamente lo que he querido decir.

—Sé lo que has querido decir — reconoció Luke —. Digamos que la cabaña es más de mi estilo, vieja y desvencijada. Pero hace tres años, una persona vino a decorarme el apartamento y ella debió de pensar que yo era la clase de hombre al que le gustaban las casas de alta tecnología.

Luke se encogió de hombros y añadió:

—Este piso es cómodo, funcional. Duermo aquí.

—¿Por qué no te quejaste si no te gustaba cómo te estaba decorando el piso? — preguntó Miranda con sarcasmo —. A mí no me dejas casi ni respirar. No comprendo por qué dejaste que te decorara el apartamento a su gusto.

—Eramos amantes cuando decoró el piso — declaró Luke bruscamente —. Incluso teníamos pensado en que ella se vendría aquí a vivir conmigo; sin embargo, cuando se acabó de decorar esto, también acabamos nosotros nuestra relación. Después… no he encontrado el momento apropiado para cambiar nada.

—¿Es por eso por lo que te muestras tan cínico respecto a las mujeres? — preguntó ella con voz queda —. ¿Es porque sufriste un desengaño amoroso?

Luke bajó la mirada.

—Es posible. No me gusta sentirme vulnerable, ¿a qué hombre le gusta? Pero quizá lo sea en algunos momentos. Quizá exista una parte de mí que no ha conseguido recuperarse de aquella desastrosa relación, de ahí mi incapacidad para deshacerme de todo esto —

Luke se encogió de hombros —. Quizá, inconscientemente, piense que si me deshago de esto, tendré que despedirme para siempre de la única mujer que logró destrozarme el corazón. Quién sabe, es posible que el asunto de decorar mi casa represente para mí la esperanza de recuperar lo que he perdido.

Miranda sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Esperaba que fueran lágrimas de comprensión para aquel hombre que estaba delante de ella, que estaba admitiendo su fragilidad con humildad. Desgraciadamente, sospechaba que eran lágrimas de autocompasión. Cada palabra que él había pronunciado había sido para ella como una puñalada en el pecho.

—Lo siento — susurró ella.

Miranda le puso una mano en la muñeca. La cálida mano de él se movió bajo la suya y Luke entrelazó los dedos con los de ella.

—Espero que no me desprecies por lo que he dicho — murmuró Luke sin mirarla —. Siento haberme puesto tan emocional.

—Sé que no te resulta fácil expresar lo que sientes — dijo Miranda con voz queda —, pero no te avergüences de ello.

—¿Vas a consolarme?

—¿Que si qué?

De repente, Miranda vio cómo los hombros de Luke se movían, pero no debido al sentimiento… sino a la risa. Luke estaba tratando de contener la risa.

Miranda apartó la mano de la de él y se recostó en el respaldo del asiento.

—Eres… eres…

—Perdona, no he podido evitarlo — dijo Luke entre carcajadas.

—¡Estoy harta! ¡Eres un cínico y me voy!

—Vamos, Miranda, ¿es que no tienes sentido del humor? — preguntó él poniéndose más serio—. La última vez que me puse a filosofar contigo en la cabaña fuiste tú quien decidió hacerme callar.

Luke le lanzó una sonrisa traviesa y Miranda tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír también. Después, adoptó una actitud de indiferencia.

—Dime, ¿es mentira todo lo que me has contado?

—No lo de que éramos amantes — admitió Luke —. Es verdad que tuve relaciones con Lizzie y que ella me decoró el piso cuando

me fui a Nueva York por dos semanas en viaje de negocios, lo hizo para darme una sorpresa. Y también es verdad que teníamos pensado que se viniera a vivir conmigo, pero la relación se estropeó. No nos entendíamos.

Luke la miro fijamente y añadió:

—Pero seguimos siendo amigos. Ella volvió a América y se casó a los seis meses de que rompiéramos; ahora, tiene una hija y está embarazada de nuevo.

Miranda no contestó y Luke se vio obligado a continuar con su explicación.

—No he vuelto a decorar el piso porque no me ha merecido la pena. Siempre estoy demasiado ocupado y supongo que me he acostumbrado — Luke sonrió —. Deberías haberte visto la cara que has puesto.

A pesar suyo, Miranda se sintió aliviada.

—Si has terminado ya con tus bromas… ¿te parece que nos pongamos a trabajar?

—Ah, sí, por supuesto.

Por fin, Luke empezó a concentrarse en los papeles que había sobre la mesa y, durante la media hora siguiente, examinaron los planos con los diseños.

Cuando hubieron terminado, Luke le dio los planos a ella y después, recostándose en el respaldo del asiento, se cruzó de brazos.

—Esto te está divirtiendo, ¿verdad?

Miranda lo miró con perplejidad.

—Has hecho que cancele los planes que tenía para esta noche, ¿cómo puedes decir que me estoy divirtiendo? Reconozco que ha sido una velada agradable, la cena estaba muy buena y supongo que la compañía…

Miranda se interrumpió. Se interrumpió por la forma como él la estaba mirando.

—Bueno, supongo que, cuando quieres, puedes ser agradable… — añadió ella.

¿Por qué se engañaba a sí misma? Estar con él era como estar en el paraíso. Sin él, la vida no tenía sentido.

—Me refería a tu trabajo, que te gusta y te divierte tu trabajo.

A Miranda le llevó varios segundos darse cuenta de que había malinterpretado el comentario de Luke; cuando lo hizo, enrojeció

violentamente.

—Sí, por supuesto. Me gusta hacer algo que me parece útil.

—Te gusta.

—Eso es, me gusta. Dime, ¿a qué hora le has dicho a tu chófer que venga a recogerme?

Al momento, Miranda se puso en pie y dio la coincidencia de que, simultáneamente, sonó el interfono.

Luke se levantó y empezó a caminar hacia la puerta.

—No tienes por qué ponerte nerviosa cuando estás conmigo, Miranda. ¿No he cumplido mi promesa de mantener la relación a un nivel estrictamente profesional?

—Sí y me alegro; de lo contrario, no estaría haciendo este trabajo.

Luke abrió la puerta y llamó al ascensor. Al cabo de unos segundos, las puertas de este se abrieron.

—Gracias por la cena — dijo ella disponiéndose a entrar en el ascensor.

—Te acompaño hasta abajo.

Antes de que Miranda pudiera protestar, Luke entró con ella y pulsó el botón de bajada al vestíbulo.

—Por si no lo sabías, te confieso que he tenido que hacer un gran esfuerzo.

Las puertas se abrieron y Miranda salió del ascensor.

—¿No quieres saber a qué me refiero?

—¡No!

—Cobarde. Claro que quieres saberlo — Luke la acompañó hacia la puerta de entrada del edificio —. De todos modos, voy a decírtelo.

Al llegar a la puerta, Luke le puso un dedo bajo la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Miranda, cuando recuerdo los momentos en los que hicimos el amor, me cuesta mucho no seducirte otra vez.

Miranda contuvo la respiración y cerró los ojos. Luke iba a besarla y ella quería que la besara, lo quería con desesperación.

—Pero los negocios son los negocios — añadió él con los ojos fijos en los labios entreabiertos de ella —. Buenas noches.

Capítulo 8

QUÉ había querido decir con eso, que la deseaba? El deseo era temporal, el amor no.

El deseo estaba bien cuando los dos participantes en el juego querían lo mismo, pero en su juego había un desequilibrio. Un desequilibrio que a ella la tenía desesperada.

Frunció el ceño mientras contemplaba las muestras de azulejos que tenía en las manos. Debería haberse sentido tranquila aquella semana trabajando sin que Luke pudiera interrumpirla, sin que la perturbara con su presencia. Pero echaba de menos las palpitaciones de su corazón cada vez que oía el coche de él. Echaba de menos aquellas conversaciones con segundos sentidos. Y las sonrisas de él. Y las miradas de él.

Se sentía como una mujer que, por fin, había encontrado a un verdadero rival y había perdido el control. Sí, lo peor era que Luke la controlaba a ella. En la desequilibrada relación que mantenían, ella era la perdedora y la que más tenía que luchar para mantener la compostura.

Luke debería haber regresado el jueves, pero había llamado para decir que iba a pasar más tiempo fuera del que había previsto y que no podía volver hasta principios de la semana siguiente.

—Tienes que elegir los azulejos de la cocina — le había dicho ella en tono acusatorio.

—Elígelos tú por mí.

—¿Yo? Yo no puedo hacer eso.

—¿Por qué no? Confío en tu gusto.

Miranda no quería elegir los azulejos por él. Lo que quería era tenerlo a su lado, diciéndole lo que quería y excitándole con su proximidad. Pero ahí estaba ella, eligiendo los azulejos.

Estaba deseando que llegara el día siguiente. Iba a ir al teatro con unos amigos y salir la distraería. Quizá lo que necesitara fuera la compañía de unos hombres para sacarla de aquella obsesión.

Iba a vestirse para impresionar, algo que no hacía últimamente. Iba a reírse y a comportarse provocativamente. Iba a coquetear con

los tres hombres a los que Claire y Jesse habían llamado para que las acompañaran.

Iba a divertirse, se dijo a sí misma con decisión. Iba a divertirse costara lo que costase.

Por consiguiente, el sábado se fue a comprar ropa para salir aquella noche después de que su padre murmurara algo sobre lo mucho que se alegraba de ver que iba a salir.

—Creía que nunca llegaría el momento en que fuera a decirte esto, cariño, pero es hora de que salgas a divertirse — su padre arqueó las cejas —. Tus amigas y tú vais con compañía masculina, ¿verdad?

—Tres chicos y tres chicas, papá. Quién sabe, puede que encuentre al hombre de mis sueños.

Sin embargo, el poseedor de ese título estaba a miles de kilómetros de allí, en América, y seguramente pasándoselo bien.

—Aunque también podrías encontrar a otro Freddie — le advirtió su padre.

Cosa muy probable, pensó Miranda horas más tarde mientras se vestía para ir al teatro. Pero, al menos, los tres hombres que iban a acompañarlas trabajaban.

Miranda se había comprado un vestido negro escotado y ceñido que le llegaba a media pierna. Su rubio cabello parecía casi blanco en contraste con el negro. Solo se puso una pulsera de plata y una gargantilla con un colgante de aguamarina.

Se vio sumamente guapa y se dijo a sí misma que actuaría como tal, cosa que hizo, sonriendo a su acompañante mientras tomaban una copa antes del comienzo de la función. Claire había cumplido su promesa de no presentarle a otro Freddie, y James era físicamente su opuesto: alto, moreno, con gafas y obsesionado con los ordenadores.

Su necesidad de resaltar la hizo charlar animadamente con su acompañante, a quien hizo todo tipo de preguntas sobre un tema por el que no tenía el más mínimo interés.

—Bueno, háblame de ti — dijo James tan pronto como fueron al bar a tomar una copa después de que se encendieran las luces para anunciar el intermedio.

—¿Qué quieres que te cuente? — Miranda bebió un sorbo de vino blanco y pestañeó coquetamente, pero se sintió falsa mientras

fingía ser una jovencita despreocupada.

—Miranda se ha hecho trabajadora — interpuso Claire riendo.

El comentario de Claire hizo que Miranda se sintiera obligada a hablar de su trabajo como diseñadora.

—¿Y quién es tu cliente en estos momentos? — preguntó James.

—Oh, nadie de especial interés. Luke Decroix. No creo que hayas oído hablar de él.

—Todo el mundo ha oído hablar de él — dijo James apesadumbrado —. Es un tipo muy importante en esta ciudad.

—¿En serio? — dijo Miranda con indiferencia —. No comprendo cómo puede ser tan importante si le sobra tanto tiempo para preocuparse por la decoración de su casa. A mí, desde luego, no me lo parece.

—¿No?

Todos se volvieron y Miranda parpadeó al ver a Luke, que se les había acercado y la estaba mirando con ojos burlones.

¿Qué estaba haciendo allí?

—Así que no te parezco importante, ¿eh?

Miranda, que tenía la boca abierta, la cerró.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No estabas en América?

—¿No vas a presentarme a tus amigos? ¿Qué ha pasado con tus modales?

—No me habías dicho que fueras a venir a ver esta obra de teatro.

—No sabía que tuviera que darte cuenta de todos mis movimientos.

Sus cinco compañeros estaban observándolos con curiosidad. Por fin, Miranda hizo las presentaciones e iba a volverse hacia James cuando Luke señaló a alguien a sus espaldas.

—Esta es Eleanor — anunció Luke echándose a un lado para hacer sitio a la alta morena de rostro anguloso.

Eleanor no poseía una belleza clásica, su atractivo se debía a la sugerencia de una poderosa inteligencia. Llevaba el cabello recogido en un moño en la nuca y sus ropas, en vez de ser frívolas, eran prácticas.

«Completamente lo opuesto a mí», pensó Miranda con un sobrecogedor ataque de celos que la hizo apoyarse en James para no caerse al suelo. Sí, la ropa de esa mujer era lo opuesto a su negro

vestido ceñido que no hacía concesiones a la modestia. Su vestido la hizo sentirse estúpida al compararlo con el práctico traje pantalón de Eleanor.

Luke vació su copa y miró a Miranda y a sus acompañantes.

—Vamos a ir con unos amigos a un club de jazz después de la obra, ¿por qué no venís con nosotros?

—Nosotros teníamos pensado ir a comer algo después del teatro — anunció Miranda inmediatamente.

—Pero no tenemos ningún problema en cambiar de planes — intervino Claire rápidamente —. A Miranda no le vendría mal divertirse un poco.

—Buena idea — le dijo James a Miranda al tiempo que, posesivamente, le ponía una mano en la cintura. Cosa que ella no podía reprocharle dado su comportamiento —. Eso nos dará la ocasión para conocernos mejor.

Miranda iba a protestar cuando sorprendió a Luke mirándola fijamente, pero con expresión ilegible.

De repente, Miranda lanzó una queda carcajada.

—¿Por qué no? — dijo ella en tono animado —. Podría estar bien. La última vez que fui a un club de jazz fue hace cuatro años con mi padre. Le gustaría pensar que estoy recuperando mi sensibilidad para la música.

Luke les dio la dirección del club y luego, al tiempo que el timbre anunciaba el fin del intermedio, se dio media vuelta y, con una mano en la espalda de Eleanor, se alejó del bar para volver a ocupar su asiento.

Miranda, del brazo de James, hizo lo mismo. Quizá no fuera una intelectual como la acompañante de Luke, pero tenía un cuerpo bonito, pensó ella con sentimientos de venganza.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, mientras salían del teatro, Miranda no logró ver a Luke. Y cuando el taxi se detuvo delante del club, a ella ya se le habían quitado las ganas de ir.

En un ataque de sinceridad, le había dicho a James que, a pesar de ser un hombre muy agradable, no se sentía atraída hacia él.

—Siento mucho haberte dado una falsa impresión — le dijo Miranda, reteniéndolo a la puerta del club para explicárselo.

—No te preocupes, me he dado cuenta de que no estamos a la misma altura — respondió él con un suspiro de resignación —. De

todos modos, me ha gustado conocerte.

James la miró fijamente y añadió:

—Yo diría que estás más a la altura de Luke Decroix. Tú te pareces más a una botella de champán y yo a una de vino de la casa.

—¿A la altura de Luke? ¿Yo una botella de champán? No, te equivocas.

Y la botella de champán se sintió como si se le hubieran ido las burbujas al entrar en el club de jazz.

Durante el trayecto en el taxi, había tenido tiempo para pensar en la relación de Luke con Eleanor, fuera del tipo que fuese, y en el deseo pasajero que sentía por ella. Era para él como un juguete de navidad con un envoltorio colorido que, mientras se abría, excitaba, y quizá siguiera gustando durante unos días o un par de semanas; pero luego, cuando la novedad se disipaba, acababa en un rincón en el armario para ser sustituido por otros juguetes.

Sin embargo, Eleanor era el juego duradero que, aunque no pareciera tan excitante, nunca acababa en el armario.

La sensación de reto que le había hecho aceptar la sugerencia de Luke de reunirse en el club la había abandonado; ahora, lo que quería era irse a su casa y acostarse.

Fue entonces cuando vio al grupo de Luke. Como era de esperar, él sobresalía entre los demás. Para empezar, todos estaban sentados, a excepción de él, que estaba de pie lanzando miradas hacia la puerta. Ella buscó con los ojos a Eleanor y la vio entre dos hombres, charlando y gesticulando; evidentemente, expresando una opinión sobre algo. Lo más probable, pensó ella con malicia, era que estuviese hablando de política o de algo igualmente relevante.

Miranda caminó detrás de James, siguiendo a sus amigos entre las mesas, todas ellas ocupadas.

El grupo de jazz estaba encima de un estrado tocando una música lenta y triste.

Se hicieron las presentaciones entre los dos grupos; a continuación, algunas de las parejas salieron a la pista de baile. Tras un revuelo de sillas y acoplamientos, Miranda se encontró sentada al lado de Eleanor, con Luke detrás de ellas. Por las palabras sueltas que pudo oír de la conversación, Luke estaba preguntándole a James a qué se dedicaba, también le oyó preguntarle dónde vivía y

luego algo sobre ordenadores.

Desentendiéndose de las voces que oía a sus espaldas, Miranda hizo un desesperado esfuerzo por recuperar el ánimo festivo. Logró averiguar que Eleanor trabajaba como abogada y estaba especializada en impuestos, pero el volumen de la música la impidió enterarse de más detalles.

Al cabo de un rato, Miranda se puso en pie y se volvió hacia James, ignorando a Luke, que era casi diez centímetros más alto que el genio de los ordenadores y que despedía un vibrante magnetismo.

—¿Te apetece bailar, James? — gritó ella para hacerse oír.

—De acuerdo, pero te advierto que no bailo bien. Así que ten cuidado con los pies.

—¿No vas a invitar a Eleanor a bailar, Luke? — preguntó Miranda con voz gélidamente educada. No puedes dejarla ahí sola, pobrecilla.

—No te preocupes, tengo intención de bailar — contestó Luke inclinándose sobre ella —. Cuando me apetezca.

Miranda se llevó a James a la pista de baile, su cuerpo moviéndose al ritmo de la música.

A propósito, Miranda se alejó lo más que pudo de la mesa para bailar con el fin de no caer en la tentación de mirar para ver qué pasaba entre Luke y Eleanor. De espaldas a ellos, podía imaginar que no estaban allí y así tratar de evitar la tensión que le había provocado un nudo en el estómago.

Estaba bailando con James cuando, de repente, sintió una mano en el hombro. Luke, sin disculparse, la hizo darse la vuelta y la tomó en sus brazos. James tuvo que conformarse con girar sobre sus talones, regresar a la mesa y charlar con Eleanor.

—Ya te he dicho que bailaría cuando me apeteciera — le murmuró Luke al oído.

—¿Qué hay de tu novia? — le preguntó Miranda —. ¿No te parece una grosería abandonarla para bailar con tu empleada?

—Desde luego, sería una grosería ignorar a mi novia, pero dudo que a Eleanor le importase.

—Ah, entiendo. Tenéis esa clase de… relación, ¿verdad? Los dos sois liberales, libres, independientes, cada uno hace lo que quiere y a Eleanor se le niega el privilegio de protestar, ¿no es eso?

—Ah, ahora estás poniéndote de parte de Eleanor, ¿eh? Me sorprende porque lo que creo es que estás celosa…

—¡Tú no me conoces! — exclamó Miranda —. ¿Por qué iba yo a estar celosa de una mujer que tiene un trabajo aburrido y que se viste con ropa que le sentaría bien a un hombre?

—Eleanor no parece un hombre — comentó Luke en tono ligero —. Es más, a muchos les parece una mujer muy guapa. Y se merece todo el respeto del mundo por no dejar que su ambiente de trabajo, dominado por los hombres, haya afectado a su feminidad.

—Si tanto te gusta Eleanor, ¿qué estás haciendo bailando conmigo? — le espetó Miranda.

—Estoy teniendo una refrescante conversación.

—Pues has elegido a la persona equivocada. ¡Esta noche no me siento refrescante! ¡Habla con tu novia!

—Para empezar, Eleanor no es mi novia. Vive en Chicago y ha venido en viaje de negocios por unos días. Estoy con ella porque quiero que se entretenga. Da la casualidad de que somos muy amigos, y también soy amigo de su marido y el padrino de su hija menor. Bueno, muñeca, ¿te sientes mejor ya?

—Ni mejor ni peor, eso no tiene importancia para mí.

—Sí, claro que la tiene. ¡Estabas muerta de celos! Igual que yo lo estoy de ese genio de los ordenadores. Así que no creas que voy a soltarte hasta que no me digas que hay entre tú y él.

Miranda no pudo evitar sentir una inmensa alegría.

—¿Quién es? — preguntó Luke —. ¿De dónde lo has sacado?

—Sabes perfectamente quién es. Se llama James y no lo he sacado de ningún sitio. Es un analista de sistemas y es muy interesante.

—Sí, si te gustan las conversaciones interminables sobre los misterios de los ordenadores.

—Me parece un tema muy educativo. ¿Sabías que hay gente que piensa que las bibliotecas van a quedar obsoletas porque se va a poder acceder a los libros por Internet? — dijo Miranda con satisfacción —. Yo te aconsejaría que no tiraras esas novelas de misterio viejas que tienes en la cabaña, puede que algún día se conviertan en objetos de coleccionista.

—No es posible que te interese un tipo así — Luke la abrazó con más fuerza y ella se sintió casi mareada.

—¿Por qué no? Me gusta mucho.

—Sé que estás mintiendo — le susurró Luke al oído.

—¿Sí, no me digas?

—Sí, te lo digo. ¿Crees que necesitas una distracción para no pensar en lo que hicimos en la cabaña? ¿Por qué no vamos a un sitio tranquilo a charlar de este asunto? Lo digo por si vas a cometer una equivocación.

—¡No puedes dejar a Eleanor sola! — protestó Miranda.

Pero, en ese momento, volvió la cabeza y descubrió que Eleanor estaba entretenida charlando con uno de los hombres del grupo.

—No creo que Eleanor vaya a echarme de menos por el momento.

Luke la había llevado a un lado de la pista de baile y, en el momento en que la música dejó de sonar, le puso un brazo sobre el hombro y la condujo a una sala lateral tranquila y acogedora. La sala tenía mesas con periódicos y una zona de bar que estaba cerrada.

—Pareces conocer este sitio…

—Sssss — en vez de llevarla a una mesa, Luke la empujó contra la pared —. Te he echado de menos.

—Querías hablar — dijo Miranda con voz débil.

—Sí. Quería hablar del motivo por el que estamos luchando contra la atracción que sentimos el uno por el otro. Quería hablar de lo mucho que me deseas y de lo mucho que te deseo yo a ti.

Luke volvía a hablar de deseo, pero no de amor.

—Yo no te deseo — contestó Miranda.

Sin embargo, podía sentir sus pechos apretados contra el encaje del sujetador, anticipando las caricias de él. Sabía que, si Luke la tocaba, se vería presa de un anhelo que la haría querer más, mucho más. Querer más de lo que él estaba dispuesto a darle.

—Sí, sí que me deseas — Luke enterró los dedos en los cabellos de ella, sus ojos ardientes e intensos —. Quieres que te bese, que te posea aquí y ahora. Lo sé, puedo olerlo.

Miranda cerró los ojos y sintió los labios de él descender sobre los suyos; después, la amarga felicidad de la boca de Luke devorándola, la lengua entrelazada con la suya, instándole a sucumbir al deseo.

Y eso fue lo que Miranda hizo. Durante un instante en el que sus

buenas intenciones se desvanecieron. Respondió al beso de Luke con la misma pasión que él, sin protestar cuando sintió sus manos en los muslos, subiéndole el vestido hasta poder acariciarle el liguero de seda.

¡Lo había dicho en serio! ¡Estaba dispuesto a poseerla ahí, en ese momento!

Se trataba del más puro deseo. Era algo que retaba a todo comportamiento convencional y derribaba todos los obstáculos que se oponían a la egoísta satisfacción. Ella también lo sentía. Sentía una pasión que le corría por las venas como la lava.

El violento empujón que dio a Luke lo tomó por sorpresa, lo que Miranda utilizó para liberarse de él.

—¡No! — dijo ella temblando.

Con un inconsciente gesto defensivo, Miranda se abrazó a sí misma.

El brillo de los ojos de Luke disminuyó al darse cuenta de lo que ella estaba diciendo. Miranda se acercó a una de las sillas y se sentó.

—¿Que no? — él la siguió; sin embargo, en vez de sentarse, la miró con la intensidad de un ángel exterminador —. ¿Que no?

Luke sacudió la cabeza, aunque Miranda no sabía si era de incredulidad o de irritación.

—¿Por qué no? — preguntó él en tono exigente —. ¿No te parece un poco tarde para dártelas de doncella ofendida?

—No me importa lo que pienses — le dijo Miranda con voz temblorosa.

—Esto es ridículo — Luke plantó las manos en el respaldo de la silla opuesta a la que ella ocupaba y se inclinó hacia delante —. Miranda, ya hemos hecho el amor, ¿o es que tengo que recordártelo? Hemos hecho el amor de todas las maneras posibles. ¡No me vayas a decir ahora que se te ha olvidado!

—Yo… Luke, he tenido tiempo para pensar — respondió Miranda en tono apenas audible, por lo que Luke tuvo que inclinarse más para poder oírla —. Yo… he cambiado y hacer el amor ya no es un pasatiempo para mí

—Así que has decidido hacerte célibe, ¿no? — dijo él con una cínica sonrisa.

—He decidido que desear a un hombre no es motivo suficiente

para acostarme con él.

—¿Y qué motivo es suficiente, Miranda?

—Quiero… una relación. Quiero… no sé lo que quiero.

—Te estoy ofreciendo una relación.

—No, me estás ofreciendo una diversión.

—¿Hay alguna diferencia?

Miranda lo miró con expresión de desconsuelo.

—¿Estás tratando de vengarte de mí? — preguntó Luke con voz suave —. ¿Es eso? ¿Estás tratando de vengarte de mí por lo que a ti te parece una traición? No, no es eso, ¿verdad? Entonces, ¿qué es? ¿Estás esperando que te pida que te cases conmigo? ¿Es eso?

A Miranda se le aceleró el pulso.

—¿Y si lo hiciera? ¿Y si te pidiera que te casaras conmigo? ¿Te parecería bien acostarte conmigo?

—¡No! — los ojos de ella brillaron de ira al notar el tono de burla de la voz de Luke.

Luke se estaba burlando de una mujer a la que consideraba una cazafortunas que, de repente, había decidido aferrarse a unos principios morales como modo de lograr mayores beneficios que los que lograría aceptando un compañero de cama temporal.

—¿No, qué? ¿Que no te casarías conmigo o que no te acostarías conmigo? ¿Preferirías esperar a tener el anillo en el dedo?

—¡Ni loca me casaría contigo, Luke! Lo que ha habido entre los dos… es agua pasada. ¿Y qué si aún me gustas? Eso no significa que vaya a tener que meterme en la cama contigo. Estoy empezando a darme cuenta de que la vida es algo más que una serie de placeres pasajeros. En la vida hay que asumir las responsabilidades y las consecuencias de…

—Estabas dispuesta a acostarte conmigo cuando te encontraste perdida en medio de la nieve, pero ahora que estás en tu ambiente es diferente, ¿verdad?

—¡Sí! — contestó Miranda con gesto desafiante.

Que creyera lo que quisiera. Que creyera lo que fuera con tal de que no sospechara la verdad. Porque si Luke siquiera sospechara que estaba enamorada de él, lograría lo que quería. Y ella estaría perdida para siempre.

—¡De acuerdo!

Luke se enderezó y se volvió de espaldas a ella.

—Lo siento — dijo Miranda impulsivamente y con sinceridad.

Sí, sentía no haberle dado lo que quería porque era lo que ella misma deseaba más que nada en el mundo.

Luke, de nuevo, se volvió para mirarla.

—¿El qué? — Luke lanzó una despreciativo carcajada —. Lo creas o no, considero que una mujer tiene derecho a decir que no y que ese derecho hay que respetarlo.

Eso no era lo que Miranda quería oír. No quería una demostración de su sentido de la justicia.

—Si no quieres que continúe con el diseño de tu casa, dímelo. Te aseguro que lo comprenderé.

—¿Por qué demonios dices eso? — Luke frunció el ceño y sonrió sin humor —. Hemos firmado un contrato, Miranda, un contrato que nos obliga a los dos. No tengo intención de permitirte que rompas con tu parte del contrato porque, de repente, te resulte inconveniente tener que tratar conmigo. Al fin y al cabo, los negocios son los negocios.

—Creía que…

—¿Qué? ¿Que me has destrozado la vida? — Luke sonrió burlonamente —. No te preocupes por mí, sobreviviré.

Miranda sabía que Luke sobreviviría, sabía que apartarse de ella no era un problema para él. Había perdido aquella baza, eso era lo único.

—En ese caso, te veré el lunes…

—Sí, el lunes. Y será mejor que establezcamos una fecha de entrega de todos los diseños completos; de esa manera, podremos terminar lo antes posible. Es lo mejor, ¿no te parece?

—Completamente de acuerdo — respondió Miranda con expresión distante.

Sería difícil, pero posible, pensó Miranda al verle alejarse.

Capítulo 9

EL lunes siguiente, Luke y Tom interrumpieron su conversación en el momento en que Miranda entró por la puerta. Luke se miró el reloj como si no supiera qué hora era.

—Creía que vendrías antes — dijo Luke.

—Antes de venir, he ido por unos libros sobre tejidos para las tapicerías.

—De haber sabido que ibas a venir tan tarde no habríamos llegado tan pronto.

—¿Quiénes?

—Ah, claro, que no lo sabes… — Luke fingió despiste y alzó la voz —. ¡Helen, ya ha venido la diseñadora de interiores!

Helen salió de la cocina y Miranda no pudo evitar abrir la boca de la sorpresa. Al ver a la bien formada rubia, Miranda apretó los dientes. Helen tenía el rostro en forma de corazón y la clase de peinado que demostraba informalidad al tiempo que un buen peluquero.

Miranda también notó que, fuera quien fuese aquella mujer, no iba vestida para pasearse por una casa en obras. La falda del traje de chaqueta color esmeralda era excesivamente corta y los tacones demasiado altos.

—Helen… — Luke le puso una mano sobre los hombros y ambos se quedaron mirando a Miranda —. Te presento a la diseñadora de interiores.

—Que se llama Miranda — dijo Miranda dándole los libros a Tom.

—Esta casa es fabulosa, ¿verdad? — los rasgados ojos verdes de Helen se clavaron en Miranda, y esta tuvo que tragar para contener las bilis.

—Sí, fabulosa — respondió Miranda con voz carente de entonación.

—Cuando Luke me dijo que estaba haciendo obras en una casa, no tenía ni idea de que por casa quería decir mansión.

—¿En serio? — Miranda no sabía qué decir.

—A Helen le ha gustado lo que has hecho — dijo Luke jugueteando con una hebra del cabello de su acompañante.

Miranda se cruzó de brazos y forzó una sonrisa, ladeó la cabeza y adoptó una actitud de fingido interés.

—Podría acompañarte un rato mientras trabajas, ¿te parece? ¿También podría ayudarte a elegir los colores… o lo que sea? Cuatro ojos ven más que dos, ¿no estás de acuerdo, Miranda? — preguntó Luke.

—Trabajo mejor sola — respondió ella tensamente.

—Sin embargo, yo creo que su opinión sería útil. Además, yo soy el jefe.

—Desde luego.

Los felinos ojos de Helen brillaron de satisfacción. Miranda le devolvió la mirada, pero con un brillo mortal.

—¿Quieres seguirme, Helen? Empezaremos por la cocina, ¿te parece?

—Creo que voy a acompañaros.

Aún con el brazo sobre los hombros de Helen, Luke y esta siguieron a Miranda hasta la cocina.

—Lo mejor es que nos sentemos y así podrás enseñamos lo que has traído para que veamos — dijo Luke.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos durante los cuales se vio obligada a dar explicaciones de todo lo que había elegido, desde los baldosines del suelo al papel de las paredes, Miranda pensó que iba a volverse loca. Se había visto sometida a presenciar pequeñas muestras de afecto, una caricia intencionada, un roce disimulado, y a soportar la aguda y juvenil voz de aquella mujer que contradecía la fría y calculadora expresión de su rostro.

Cuando Helen preguntó dónde estaba el cuarto de baño más próximo, Luke la mandó al piso de arriba y siguió todos los movimientos de su voluptuoso cuerpo con los ojos hasta que desapareció de la cocina.

—¿No te parece una mujer muy refrescante? — le preguntó Luke a Miranda.

—No me he fijado.

—¿No? — Luke parecía tener dificultad en apartar los ojos del asiento que su última conquista había ocupado —. Me sorprende, porque Helen nunca ha conseguido entrar en ningún sitio sin atraer

las miradas de todo el mundo, tanto de hombres como de mujeres. Es delineante, ¿lo sabías? Hace años salí con ella y ayer, por casualidad, tuve la fortuna de encontrármela.

Miranda cerró el libro que tenía delante ¿Y dónde había tenido la fortuna de encontrársela? ¿En su agenda?

—Puede que sea delineante, pero no es posible que quieras seguirle la corriente y pintar la cocina de naranja. Y no me importa su opinión sobre el feng shui.

—A mí me ha parecido una encantadora sugerencia.

—Encantadora, pero horrible. La cocina de naranja estaría horrorosa.

—Según tú.

—Según cualquiera con un mínimo de gusto.

—Es posible. Danos las muestras de la pintura otra vez, por favor — y Luke examinó las muestras concienzudamente —. Sí, quizá sea un poco estridente. Déjame las muestras unos días para que me lo piense.

—Creía que querías terminar lo antes posible — le recordó Miranda con malicia.

—Sin pausa, pero sin prisas. Y ahora, cuando venga Helen, ¿te parece que vayamos a ver el dormitorio? — Luke arqueó las cejas significativamente y Miranda le dedicó una tensa sonrisa.

En ese momento, oyó el taconeo de Helen a la entrada de la cocina.

—¿Estabais hablando de dormitorios? — dijo Helen traviesamente.

Miranda apretó los dientes y se puso en pie.

—¡Oh, es maravilloso, Luke! — exclamó Helen extendiendo los brazos como si con el gesto quisiera abarcar la habitación entera.

Miranda tuvo que admitir que era un dormitorio magnífico. Grande y claro, con dos enormes ventanales que daban al jardín.

—¿Dónde va a ir la cama? — preguntó Helen acercándose a una de las ventanas.

Al recostarse contra la ventana, Helen miró con coquetería a Luke, que, con las manos en los bolsillos, examinaba la habitación.

—Me parece apropiado decorar esta habitación en tonos cremas y verdes — interrumpió Miranda, dejando los libros encima de una mesa.

—Eh, un momento. Aún no he contestado a la muy pertinente pregunta de Helen. Mmmm. ¿Dónde puedo poner mi cama?

—En cualquier sitio que no sea con el cabecero debajo de la ventana — declaró Helen —. Eso es muy mal feng shui. Y yo, personalmente, creo que el feng shui en un dormitorio es muy importante.

—No sabía que los delineantes estuvieran tan bien informados sobre el diseño oriental — declaró Miranda casi groseramente.

Miranda encontró la página del libro que estaba buscando y señaló la combinación de colores que tenía en mente.

—Mmmm. Un poco soso, ¿no te parece, cariño? Queremos algo vibrante, atrevido… algo más interesante — Helen giró el libro de cara a ella, pasó las páginas y, por fin, señaló una combinación de rojos y negros —. Mira, Luke, ¿no te parece mucho mejor esto? Sería muy fácil persuadir a cualquier mujer de hacer lo que fuese en una habitación con estos colores. Son apasionados, incitan al abandono completo, ¿no te parece?

—Lo pensaré — murmuró Luke.

—¿Algo más? — dijo Miranda frunciendo el ceño —. Si me decís qué rojos os gustan, encargaré hoy mismo el papel de las paredes. Helen, creo que has dicho este, ¿no?

Miranda señaló un delirante papel para paredes en tonos rojos, dorados y negros.

—Como he dicho, lo pensaré — Luke cerró el libro y se la quedó mirando —. Vas a tener que seguir sin nosotros. Elige los colores de las otras habitaciones.

—¿Yo sola? — Miranda abrió los ojos desmesuradamente —. ¿No me va a ayudar Helen?

—Tengo que volver a Londres. Tengo una reunión al mediodía.

—En ese caso, ¿por qué no se queda Helen para echarme una mano? Estoy deseando ver qué otras ideas innovadoras se le ocurren para el resto de la casa.

A Miranda le produjo un gran placer verle tragar saliva.

—Helen no puede quedarse, viene conmigo a Londres.

—¿Pero no vas porque tienes una reunión? — insistió Miranda.

—Algunas cosas pueden esperar. Así que arréglatelas sin nosotros y mañana al mediodía dime qué has decidido. ¿Crees que serás capaz?

—Por supuesto.

—Estupendo. En ese caso, te dejamos.

Pero al llegar a la puerta Luke se detuvo y, con un brazo en la rubia, se volvió.

—No, se me acaba de ocurrir una idea. No es necesario esperar hasta mañana, quiero dejar zanjado este asunto lo antes posible. Helen y yo vamos a ir a cenar a mi club esta noche. Miranda, ¿por qué no vienes tú a tomar una copa antes de que cenemos y traes las muestras que creas que van a gustarme?

De esa manera, podré tomar una decisión esta misma noche y tú podrás ponerte en marcha a primera hora de la mañana.

—Esta noche tengo una cita.

—Pues tendrás que cancelarla, ¿no? — Luke le dio la dirección de su club como si los compromisos de ella carecieran totalmente de importancia —. Ven a las siete. De esa manera, habremos terminado para las ocho y media y, a partir de entonces, podrás hacer lo que quieras.

Cuando Miranda llegó al club algo pasadas las siete de aquella tarde y la condujeron a una sombría zona salpicada de pequeñas mesas y desvaídas alfombras persas, no vio a Helen por ninguna parte.

—No es necesario implicar a nadie más en este asunto de momento — dijo Luke antes de llamar al camarero para pedirle una botella de vino blanco.

—¿No? No parecías pensar lo mismo esta mañana — Miranda se recostó en el respaldo del asiento y cruzó las piernas.

Con los muestrarios, que había dejado en el suelo, y su traje austero, casi podía hacerse la ilusión de que la relación que tenía con Luke era puramente profesional.

—Quizá le diera demasiada importancia a contar con otra opinión — contestó él en voz baja.

—Bien, ¿te parece que nos pongamos a elegir los colores? — dijo Miranda agachándose para recoger los muestrarios.

—Les echaré un vistazo dentro de un rato — el camarero apareció y les sirvió dos copas de vino.

—¿No deberíamos mirar los muestrarios antes de que venga Helen? Puede que no le guste tu elección y tampoco que no se cuente con su opinión.

—No va a venir.

—¿No?

Luke la miró frunciendo el ceño.

—Exacto, no.

—¿Qué ha pasado? — preguntó Miranda con inmensa satisfacción, aunque tuvo que recordarse que el hecho de que una mujer desapareciera de la vida de Luke no significaba nada. Él no iba a transformarse de repente en alguien dispuesto a comprometerse.

—He decidido que no me interesan las mujeres que quieren decorar un dormitorio en tonos rojos.

—¡Pero si parecíais hechos el uno para el otro! — Miranda bebió un sorbo de vino y miró a su alrededor con gesto perezoso —. Además, parecía loca por ti. ¡Pobre mujer, debe haberse llevado una gran desilusión!

—Quizá, pero se recuperará pronto; sobre todo, teniendo en cuenta las cosas tan horrorosas que le he contado sobre mí.

—¿Qué le has contado?

—Que soy un mujeriego empedernido — Luke vació su copa de vino y después se sirvió otra.— En fin, qué le vamos a hacer. Como se suele decir, «a rey muerto… »

Miranda no quiso aceptar el reto.

—No tenemos toda la tarde — dijo ella educadamente —. Así que, si no te importa…

Lo vio tensar la mandíbula.

—Sí, naturalmente. La verdad es que yo tampoco dispongo de toda la tarde. ¿Nos ponemos a trabajar?

Pasaron la siguiente media hora mirando los muestrarios que ella había llevado, pero Miranda notó que Luke no parecía poder concentrarse. Se mostró de acuerdo con lo que ella le enseñó, pero lo hizo movido por el deseo de acabar cuanto antes la decoración de la casa y de deshacerse de ella, no porque coincidiera con sus gustos.

—Entonces, ¿te parece que haga el pedido? — preguntó Miranda con cierta incertidumbre.

Luke se encogió de hombros, sin molestarse en mirarla. En realidad, no hacía más que mirar hacia la puerta.

Miranda le siguió la mirada y se quedó petrificada cuando una

alta morena apareció. Después de mirar a su alrededor, la morena vio a Luke y agitó una mano a modo de saludo.

—Candice — dijo él en voz baja —. Pensé que acabaríamos antes, pero…

—¿Candice?

Luke volvió a encogerse de hombros y luego le dedicó una encantadora sonrisa.

—¿Quieres quedarte para conocerla? Creo que os entenderíais bien. Se dedica a las casas…

—¿Es diseñadora de interiores?

—No, no. Se dedica a comprar y vender propiedades. En realidad, sería un buen contacto para ti.

Luke se levantó y Miranda, apresuradamente, lo imitó. Pronto se encontró estrechando la mano de Candice; esta, a su vez, le dijo lo mucho que apreciaba su trabajo y que su empresa estaba buscando nuevos diseñadores.

—Debes de ser buena si Luke te ha confiado su casa.

—Miranda llevaba bastante tiempo sin trabajar, yo solo le he echado una mano — comentó Luke con una sonrisa.

Miranda se puso tan furiosa que no supo qué contestar.

—¿Y qué hacías antes? — preguntó Candice empequeñeciendo sus oscuros ojos.

—Miranda solo…

—Viajaba. Bueno, tengo que marcharme ya. Que os divirtáis.

Miranda salió de allí a toda prisa. Ojalá James la hubiera acompañado, pensó maliciosamente cuando llamó a un taxi para volver a su casa.

Miranda se despertó a la mañana siguiente con la pesada sensación de no haber dormido bien.

Ahora que la mayor parte del trabajo estructural estaba a punto de finalizar y los diseños y colores ya elegidos, su presencia en la casa de Luke era menos importante. Quizá solo necesitara ir una vez cada dos días para cerciorarse de que todo iba bien, nada más. Tampoco Luke necesitaba aparecer allí con regularidad.

Por lo tanto, no la sorprendió no verlo cuando llegó.

Se pasó por las diferentes habitaciones sin poder concentrarse en el trabajo, no podía dejar de imaginar a Luke en los brazos de otra mujer.

Impulsivamente, Miranda llamó a James y se citó con él aquella tarde.

—Podríamos ir a cenar por ahí y luego ir a mi casa a tomar café — sugirió ella desesperadamente —. Mi padre está pasando unos días fuera y yo… Necesito hablar con alguien.

—Como amigos, ¿no?

—Sí, solo como amigos.

—Bien, de acuerdo. ¿Te parece que vaya a recogerte a las siete? Iremos a cenar y luego volveremos a tu casa para que te confieses y me hables de él.

—¿De quién?

—Del hombre que te ha destrozado el corazón — James se echó a reír —. Miranda, tengo tres hermanas, sé todo lo que hay que saber sobre las mujeres. Y cuando las mujeres dicen que necesitan hablar con alguien es por problemas sentimentales.

Ojalá se hubiera enamorado de James en vez de haberlo hecho de Luke, pensó Miranda aquella tarde en el restaurante italiano al que había ido con James.

Se pasó casi toda la cena hablándole de sus problemas; luego, le prometió no ser tan aburrida en la siguiente cita.

—Solo está tratando de ponerte celosa — le dijo James cuando ella acabó de hablarle de Candice.

Miranda lanzó un gruñido.

—Naturalmente que está tratando de ponerme celosa. Pero lo hace porque quiere que me dé cuenta de lo mucho que lo deseo y así poder librarse de toda responsabilidad. Quiere demostrarme que, por mucho que él me haya deseado, no ha sido lo suficiente como para amargarlo cuando lo rechacé.

Eran casi las nueve y la hora de ir a su casa, el vino la había puesto contenta y la conversación la había aliviado algo.

Al entrar en su casa, Miranda tomó a James de la mano y, riendo, lo guió hacia el cuarto de estar mientras palpaba la pared en busca del interruptor de la luz.

—Mi padre tiene la manía de apagar todas las luces — susurró ella, aún palpando la pared y riendo —. Le he dicho millones de veces que no tiene sentido pensar que se está ahorrando luz cuando se usa una secadora eléctrica, pero no me hace caso. Tú sí me entiendes, ¿verdad, James?

Miranda se dio cuenta de que estaba pidiendo más de una respuesta a aquella pregunta. En realidad, le estaba preguntando que encontrara por ella una justificación respecto a haberse alejado de Luke cuando, en lo más íntimo de su ser, una voz le repetía constantemente que debía haber aceptado lo que él estaba dispuesto a ofrecerle.

Miranda estaba apoyada contra James cuando encontró el interruptor de la luz y el cuarto de estar quedó iluminado en el centro, dejando los rincones en penumbra.

—En serio, James, ha sido estupendo estar contigo — dijo Miranda con voz ronca —. No sabes cuánto me alegro de que hayamos salido juntos. ¿Te apetece un café? Así, si no estás demasiado cansado, podemos seguir…

De repente, Miranda se dio cuenta de que algo andaba mal al ver la extraña expresión de James.

Miranda se volvió y la voz de Luke le llegó a los oídos antes de poder verlo en un sillón de la estancia.

—¿Qué estabas diciendo, Miranda, sobre lo de seguir… ? Por favor, no te interrumpas.

—Quizá será mejor que me vaya — dijo James.

—¡No! — gritó Miranda.

Al momento, Miranda entró en la habitación y miró a Luke.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No te parece mejor acompañar a tu amigo a la salida antes de lanzarte a una conversación conmigo? — Luke se llevó las manos a la nuca con gesto relajado y miró a James —. Vamos, chico, lárgate ya.

—No hay nada que no puedas decirme en presencia de James — declaró ella.

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo. Vamos, chico, ¿vas a irte por tu propio pie o quieres que te eche yo? Porque, desde luego, no tendría ningún problema en ponerte de patitas en la calle.

—¿Estás de acuerdo en que me vaya, Miranda? — le preguntó James.

—Sí, no te preocupes por ella — contestó Luke.

—¡No le creas ni una palabra! — exclamó Miranda —. ¡Ya te he dicho que es un mentiroso!

—Así que has estado hablando de mí, ¿eh? — Luke se levantó

del sillón y caminó hacia ellos.

Con un suspiro de frustración, Miranda se volvió a James y le dijo:

—James, será mejor que te vayas.

—Buen consejo — añadió Luke —. Te doy diez segundos para desaparecer; después, amigo, quiero oír esa puerta cerrarse a tus espaldas.

Capítulo 10

PARECE que se ha ido — dijo Luke con una triunfar sonrisa —. ¿Por qué no te sientas?

—Llámame conservadora si quieres, pero me parece un delito forzar la entrada en una casa. ¡Y no voy a sentarme!

—No tenías buen aspecto al entrar, estabas bebida, ¿verdad? A los hombres débiles les resulta más fácil aprovecharse de una mujer si está borracha.

—¡Yo no estoy borracha!

—¿No? Pues estás un poco colorada para no estar borracha.

—¡Eso es por lo furiosa que estoy! ¿Qué estás haciendo aquí y cómo has entrado? — le preguntó Miranda echando chispas por los ojos.

—Siéntate.

—¡No voy a sentarme! ¡Y deja de darme órdenes en mi propia casa! ¡No sé cómo te atreves! No sé cómo has conseguido entrar..

—¿Crees que he entrado por la fuerza? ¿Que he roto los cristales de una ventana y me he metido por ella?

—Entonces, si no es así, ¿cómo?

—No voy a responder a más preguntas si no te sientas. Y tampoco voy a marcharme.

Miranda se dejó caer en el sofá y la falda corta se le subió por los muslos hasta mostrar los bordes del liguero. Apenas notó la mirada de Luke, absorta en su piel, ni le oyó lanzar un suspiro.

—He entrado por la puerta — contestó Luke —. Y he desconectado la alarma porque tu padre, amablemente, me ha dado el número.

—Mi padre…

—Tu padre sabe que estoy aquí. ¿Por qué vas vestida así?

Sorprendida, Miranda solo logró responder:

—¿Vestida cómo?

—Como una cualquiera.

—Como una… ¡Cómo te atreves!

Inconscientemente, Miranda se llevó una mano a la garganta.

—¿Has salido esta noche con la intención de provocar? ¿Es por eso por lo que llevas una falda que apenas te cubre la ropa interior? — dijo él casi sin poder controlar su irritación.

—¡Esta falda no tiene nada de malo! — le espetó Miranda, pensando aún en lo extraño de la forma como Luke había entrado en su casa.

—Espero que no hayas sido lo suficientemente estúpida como para dejar que ese niñato te tocara.

—¿Niñato? ¡James no es ningún niñato! Además, ¿qué harías tú si te dijera que he dejado que me tocara? — preguntó Miranda desafiante —. No creo que puedas hacer gran cosa al respecto, ¿no te parece?

—Yo que tú no estaría tan segura — dijo Luke en voz baja y grave. Y antes de que Miranda pudiera reaccionar, Luke fue al sofá donde estaba sentada ella —. Me parece que no te gustaría saber lo que haría.

Luke se acercó tanto a ella, que tuvo que echarse a un lado para evitar el contacto físico. Luke deslizó un brazo por el respaldo del sofá y le agarró un mechón de pelo, haciéndola su prisionera.

—No te confundas conmigo, no me tomes por uno de los civilizados hombres de negocios a los que estás acostumbrada y a quienes podría romperles la cara en un momento.

—Qué duro — dijo Miranda en tono burlón.

A pesar de mantener la cabeza rígida, podía sentir el peso de la mano de Luke en sus cabellos. El provocativo escote del jersey había hecho que considerase inútil ponerse sujetador, por lo que se sintió incómoda al ser consciente del contacto de sus pechos con la lana.

—Además, ¿qué importancia tiene eso? — preguntó Miranda con voz temblorosa —. Nosotros no tenemos una relación, Luke. ¿O es que tú te crees con derecho a catarlas a todas mientras esperas que yo me quede en mi casa mordiéndome las uñas? ¡No quiero que estés vigilando todos mis movimientos! Soy una mujer libre y hago lo que me apetece. ¡Y con quien me apetece!

—Yo no he estado catándolas a todas — murmuró Luke enrojeciendo.

Se hizo un profundo silencio que duró solo unos segundos.

—¿Qué me dices de Helen, la delineante? ¿Y de Candice, la que

compra y vende casas?

—Entretenimientos.

De repente, Miranda se vio presa de un ataque de ira e hizo lo que jamás había hecho en su vida: se volvió y le dio una bofetada. La dura mandíbula de Luke enrojeció inmediatamente; después, él se la quedó mirando con una mezcla de incredulidad y divertimento.

—Yo, lo siento — balbuceó ella —. ¿Te… duele? Ahora mismo voy por un trapo mojado…

Miranda se había medio levantado cuando él, agarrándole la muñeca, tiró de ella y la obligó a sentarse de nuevo. Luke no le soltó la muñeca.

—Déjalo. La verdad es que me lo he merecido.

—¿Que te lo has merecido?

—Por ser un imbécil.

Miranda lo miró y entreabrió los labios. Él le lanzó una burlona mirada.

—Buen derechazo. ¿No has considerado la posibilidad de dedicarte al boxeo?

—Nunca había pegado a nadie en mi vida — respondió ella con perplejidad.

—En ese caso, considero un privilegio ser el primero. En cierta ocasión me dijiste que no eres una mujer celosa; sin embargo, los celos indican sentimientos, ¿no te parece? Yo, personalmente, creo que es uno de los sentimientos humanos más primitivos. Cualquier cosa puede provocarlos y, cuando ocurre, se apoderan de ti y te controlan por completo. Sé que no debería haber utilizado la palabra «entretenimiento», pero eso es lo que Helen y Candice han sido para mí, entretenimientos… fallidos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no me he acostado con ninguna de las dos y tampoco quería, a pesar de sus evidentes atributos físicos.

Miranda sintió una oleada de alivio.

—Creía que… que ellas podrían hacerme olvidarte, pero no ha sido así. Y tú tampoco puedes olvidarme, ¿verdad? — Luke lanzó una irónica carcajada —. Te lo noté en la cara cuando viste a Helen en mi casa, y te aseguró que me encantó ver la expresión que pusiste porque lo que quería era que sintieras celos. Quería volverte

loca de celos para que te dieras cuenta de lo mucho que me deseabas y de que no querías compartirme con nadie. Quería que sintieras por mí lo mismo que yo siento por ti.

Otra vez el deseo, pensó Miranda con un amargo suspiro. No obstante, las palabras de Luke habían sido un gran alivio para ella. Había luchado contra el amor que sentía por ese hombre con la única herramienta que tenía a mano: su moralidad. Pero no había sido suficiente, lo que sentía por él era demasiado intenso.

Luke le tomó las manos en las suyas y le acarició los dedos.

—No estaba preparado para esto — murmuró Luke con voz apenas audible —. Al principio de que aparecieras en mi cabaña, lo único que quería era deshacerme de ti. Creía que conocía el suficiente número de mujeres de tu clase como para saber que no eras más que una cara bonita sin cerebro.

—Lo sé, me lo diste a entender.

—Sí, ¿verdad? Fue entonces cuando me di cuenta de que sabía quién eras, tu padre me había hablado de ti. Tu padre está muy orgulloso de ti, a pesar de que no te hayas servido de tu talento; al menos, hasta hace poco.

—Muchas gracias. No hay nada como ser directo.

—Es la verdad — Luke hizo una pausa —. Fue como si el destino te hubiera puesto en mi camino. Es más, debo confesarte que tu padre, discretamente sugirió en una ocasión que quizá tú y yo… ¿Podríamos entendemos? Cuando lo mencionó, yo me eché a reír; sin embargo, cuando te conocí… en fin, ya sabes lo que ocurrió. De haberse tratado de otra persona, jamás habría hecho ningún esfuerzo para tratar de enderezarte.

Luke suspiró antes de continuar.

—No obstante, enseguida me di cuenta de que mis prejuicios eran infundados, que eras una mujer más compleja de lo que había supuesto; y, cuando tu padre sugirió que podría ser una influencia positiva para ti, contesté que sí sin pensarlo. Me dije a mí mismo que había aceptado por el reto que suponía, nada más, pero sí se trataba de algo más. Por supuesto, no sabía qué era, yo nunca había sentido por una mujer lo que siento por ti.

—No sabía que conocieras tan bien a mi padre.

—Nuestras relaciones han sido, sobre todo, de tipo profesional; pero de vez en cuando cenábamos juntos con el fin de cimentar la

amistad que él había tenido con mi padre — Luke suspiró y la miró fijamente —. ¿Empiezas a entender? Estoy intentando explicar la situación, aunque me siento confuso cuando estoy contigo.

Miranda se puso de pie, abrasándose a sí misma mientras se acercaba a la ventana.

—Entiendo que aparecí en tu cabaña y, prácticamente, te obligué a acostarte conmigo — Miranda se volvió y lo miró.

—¿Es eso lo que hiciste? Yo creía que también había participado en la decisión — respondió Luke.

—¿Qué hombre diría que no a una mujer que se le echa encima? — preguntó Miranda con una carcajada sin humor.

—Éste que tienes aquí delante.

—Es posible — Miranda se encogió de hombros —. Dime, ¿por qué te sientes confuso conmigo? ¿Porque no esperabas que una noche de pasión se convirtiera en una aventura?

Miranda hizo una pausa en la que empezó a juguetear nerviosa con el cuello de su jersey.

—Supongo que debería sentirme halagada, ¿no? O quizá nuestra aventura habría acabado de no ser porque soy decoradora y tú tenías una casa que decorar. De no ser así, es posible que no hubieras tenido ninguna excusa para encontrarme trabajo y liberarme de mí misma; y de no haber sido por eso, quizá no me hubieras visto y no hubieras recordado unas horas de pasión, que es lo que te hacen querer unos días o unas semanas más de aventura, lo que tardes en aburrirte de mí.

Miranda no podía soportar mirarlo, por eso clavó los ojos en la puerta.

—Y sabías que ganarías, ¿verdad? Lo único que tenías que hacer era ser paciente y, al final, sabías que me daría por vencida y cedería a tus caprichos.

—Por el amor de Dios, Miranda — Luke se pasó los dedos por el cabello con gesto de frustración —. ¿Por qué haces que parezca tan sórdido?

—Para ti no soy más que una aventurilla, Luke. No estoy haciendo que parezca sórdido, sino realista.

—Pues deja de ser tan realista. No tienes ni idea de lo que he pasado…

—Puedo imaginarlo perfectamente. Noches sin dormir pensando

en cómo conseguir llevarme a la cama.

—¡Para!

—¿Por qué? Sé lo que quieres, ¿para qué andarnos con rodeos? Y tienes razón, yo tampoco he podido dejar de desearte.

—¡Miranda, calla!

—¿Por qué? Es lo que quieres de mí y los dos lo sabemos.

—No, no es eso.

Luke se levantó, se acercó a ella y le alzó la barbilla para obligarla a mirarlo.

—Estaba ciego, Miranda.

—No digas nada — rogó ella con voz suave.

—No tengas miedo — le susurró Luke al oído —. Nunca ha sido mi intención hacerte daño. Lo que pasa es que no quería darme cuenta de lo mucho que significabas para mí porque me asustaba. Siempre he tenido mi vida bajo control y contigo me sentía perdido. Sé que tenía una excusa con lo del diseño de la casa; pero de no haber tenido esa excusa, te habría buscado porque, cuando te marchaste de la cabaña me di cuenta de que no podía vivir sin ti.

Miranda se quedó inmóvil al oír aquellas palabras.

—Te necesito, Miranda, y te aseguro que eso no se lo he dicho a nadie en mi vida. Te necesito, te deseo y te amo.

—¿Qué?

—Te amo — Luke dio un paso atrás para poder ver la sonrisa de perplejidad de ella —. Me ha llevado todas estas semanas darme cuenta de lo mucho que el amor cambia las cosas…

Epílogo

MIRANDA entró en la habitación y sintió a Luke, a sus espaldas, rodearla con los brazos, apoderarse de sus pechos posesivamente…

Era una habitación pequeña con dos ventanales semicirculares y vistas al jardín, y con una puerta que daba a su dormitorio. La intención primera había sido utilizarla como estudio auxiliar, por si Luke tenía que trabajar un rato por la noche y no quería hacerlo en el enorme estudio del piso bajo.

En esos momentos, los rayos del sol entraban por la ventana iluminando la estancia con un brillo suave y dorado.

—Me gusta mucho el papel de estas paredes — Miranda suspiró.

—Podríamos dejarlo como está — Luke le acarició el oído con la

boca y ella se frotó contra él.

—Sabes que no podemos. Es demasiado azul, demasiado varonil.

—¿Y qué sugiere mi decoradora de interiores?

Luke metió la mano por debajo del jersey para sentir el peso de los pechos de ella y los erectos pezones. Después, le pasó la mano por el vientre y Miranda lanzó un quedo gemido de placer. Sintió la erección de él a sus espaldas y sonrió antes de hacer un esfuerzo por concentrarse en lo que tenían que hacer.

—¿Qué tal algo naranja?

—Un poco estridente, ¿no te parece?

—Pero muy buen feng shui. Además, a los niños les gustan los colores chillones…

Miranda contempló la habitación y la imaginó llena de amarillos, naranjas y turquesas con montones de patos pintados en las puertas y en la cuna. Imaginó a su bebé tumbado, de oscuros cabellos; después, lo imaginó de pequeño corriendo por toda la casa.

Miranda se llevó las manos al vientre. Estaba embarazada de cinco meses y se le notaba. Luke le cubrió las manos con las suyas.

Juntos, contemplaron el dormitorio, conjurando las mismas imágenes.

Luke la hizo volverse de cara a él y le sonrió con ternura.

—¿Te he dicho lo mucho que te quiero? — le preguntó Luke con voz suave.

—Me lo dices todos los días.

—¿No te importa oírlo otra vez?

—No.

—Te quiero, señora Decroix.